

Albert Soesman

NUESTROS DOCE SENTIDOS

Manantiales del alma

Cómo los sentidos sanos renuevan el alma

**Introducción a la antroposofía y a la psicología espiritual basada en los estudios de
Rudolf Steiner sobre los sentidos**

Versión en español de María Teresa Gutiérrez, traducida de la versión en inglés de Jakob M.
Cornelis [*Our Twelve Senses – Wellsprings of the Soul* – Hawthorn Press (UK) - 2001]

Título original en holandés: *Twaalf Zintuigen*

ÍNDICE

Introducción de Cheryl Sanders	3
Prefacio	8
1. El sentido del tacto y el sentido vital	10
2. El sentido del movimiento propio y el sentido del equilibrio	24
3. El olfato y el gusto	39
4. La vista y el sentido térmico	58
5. El oído	71
6. El sentido del lenguaje, el sentido del concepto y el sentido del Yo	85
Sinopsis:	102
- Representación esquemática de los doce sentidos	103
- Los doce sentidos como seis polaridades	104
- Las dos polaridades de los cuatro sentidos del alma	106
- El oído como primer sentido espiritual	106
Apéndice I: John Davy – <i>Recobrando el sentido</i>	107

Introducción

A pesar del extraordinario avance de la medicina, la biología, la química y la psicología evolutiva, todavía existen muchos misterios sobre el ser humano. *Nuestros doce sentidos* nos abre una ventana sobre algunos de ellos. He aquí una guía para llegar hasta el núcleo de nuestra humanidad por la vía más obvia, el cuerpo mismo.

En esta obra se describe a los doce sentidos en cuanto a su actividad. Pero, más importante aún, el Dr. Soesman nos demuestra cómo los sentidos están involucrados en aspectos de la experiencia que nunca antes les habían sido atribuidos. Nos ofrece una visión de la naturaleza de las actividades espirituales de los sentidos, y de los dones que, en consecuencia, los sentidos nos traen. Se describen además algunos sentidos que no son habitualmente considerados como sentidos, tales como el sentido vital, el sentido del movimiento, el de la palabra, el del pensamiento o sentido conceptual, y el sentido del “Yo” ajeno. Algunos de estos sentidos nos resultan nuevos, algunos parecen extraños, otros obvios.

Mirar al ser humano desde perspectivas inusuales no significa sólo percibir cosas que antes habían pasado desapercibidas. Soesman propone preguntas sobre la naturaleza de la percepción que van más allá de la fisiología. Preguntas que nos permiten comenzar a ocuparnos del mundo de una manera más particular, otorgándoles así a nuestras percepciones mayor importancia que de costumbre. Por ejemplo, ¿dónde, en el sentido del tacto, termina el cuerpo? Uno podría pensar que termina en la frontera de la piel. Pero ¿no es acaso cierto que cuando tanteamos en la oscuridad con un palo o un bastón, “sentimos” hasta en la punta del bastón? O si estamos acostumbrados a manejar un auto pequeño, y un día tomamos prestado uno grande de un amigo, no tenemos acaso que ajustar nuestro sentido del propio límite para hacerlo de pronto mucho más extenso que cuando estamos en nuestro propio auto?

Hay un renovado interés por los sentidos. Se pueden conseguir ahora muchos libros sobre las maravillosas propiedades de los cinco sentidos: el olfato, el oído, el gusto, el tacto y la vista. Se trata de obras notables, algunas incluso poéticas. Pero la poesía de la descripción de los sentidos en acción –por más que avive la memoria de, por ejemplo, la primera imagen de nuestro recién nacido, o el persistente dolor del contacto con un ser querido que acaba de morir –ni siquiera se acerca a los sentidos como portadores de dones espirituales. En consecuencia, cada libro sobre un sentido en particular apunta a la profundidad de significado de ese sentido, pero no avanza más allá para internarse en las cualidades más profundas que ese sentido manifiesta. Ahí es donde Soesman contribuye a remediar esa generalizada comprensión parcial de los sentidos. Un gran secreto se revela en este libro. Los sentidos son los cimientos mismos de las virtudes del alma. A través de los sentidos, adquirimos a nivel corporal capacidades para la verdad, la belleza y la bondad. También descubrimos la fuente de donde provienen nuestra conciencia, nuestro sentido del destino, y la capacidad de vivir en comunidad. Los sentidos son más que la mera actividad de percibir; constituyen, en verdad, los cimientos para que el alma se exprese a través del cuerpo.

Este libro nos abre una ventana hacia muchos de los misterios del desarrollo humano. Esta nueva comprensión nos ayuda a comenzar a tratarnos unos a otros como seres humanos completos, y no sólo como síntomas de tal o cual conducta. ¿Qué significa esto? Por ejemplo, si un niño parece no poder aprender a leer, es posible que los expertos diagnostiquen dislexia. Se le organiza, entonces, un programa de trabajo de recuperación en lectura, y se aminora el paso de su proceso educativo, o incluso se vuelve a comenzar desde el principio. Se opera a partir de lo que se ha descubierto en el campo de la ciencia de la educación en los últimos 20 años aproximadamente.

Cuando un niño comienza a leer no son sólo las letras, los sonidos y los significados los que están involucrados. Es también el sentido del movimiento. El sentido del movimiento, tan elocuentemente descrito por el Dr. Soesman en el Capítulo 2, debe funcionar de manera saludable para posibilitar el aprendizaje de la lectura. Este sentido es tan innato, tan básico, que no lo experimentamos tanto como sentido sino más bien como una habilidad que nos ha sido conferida por naturaleza. Pero este libro nos ayuda a entenderlo como un sentido y a aprender sobre las cualidades de ese sentido. Podemos entonces darnos cuenta de que el movimiento como sentido puede verse afectado negativamente y sufrir trastornos. Los trastornos pueden tener repercusiones que van más allá de la gracia o la torpeza al moverse. Se podría considerar que el niño con dificultades para la lectura no puede seguir el movimiento de las letras como formas, como combinaciones, como algo que avanza a lo largo de la página. Además de las letras que dibujan formas particulares, de las formas que se combinan en grupos particulares, y de los grupos que se alinean en una secuencia ordenada, está el ojo, que debe seguirlos; el cuerpo, que debe quedarse quieto.

En la época actual, el sentido del movimiento puede sufrir enormes trastornos –y los sufre. En todas las personas. Las causas de los trastornos incluyen, por ejemplo, los campos electromagnéticos oscilantes y de baja frecuencia que emiten los televisores, las computadoras y los electrodomésticos. Nadie puede escapar a estas fuerzas perturbadoras, pero hay algunos que son más afectados que otros.

¿Podría ser que este aumento de actividad electromagnética contribuyera a la dislexia? El electrostress afecta aspectos muy sutiles del sentido del movimiento. De modo que la conexión entre electromagnetismo y dislexia tal vez no sea tan descabellada como podría parecer en un primer momento. Por otra parte, nuestros movimientos son reflejo de los movimientos del mundo que nos rodea, y están, pues, delicadamente relacionados con nuestro entorno. A medida que se desarrolla su capacidad de movimiento autónomo, el niño imita las actividades de las otras personas. Cuando nosotros, como adultos, nos movemos en relación con los sonidos de voces y música reproducidos eléctricamente, nos movemos de manera diferente que cuando lo hacemos con relación a los sutiles ritmos de la naturaleza. El movimiento se vuelve más mecánico, menos rítmico, más robotizado.

El entorno del niño pequeño puede ofrecerle una atmósfera calma que permita el desenvolvimiento de la gracia rítmica del ser humano. Pero también puede el movimiento del niño estar restringido por el sonido de voces eléctricamente simuladas que se mueven a un incesante compás carente de relación con los ritmos del cuerpo. Los niños son muy sensibles a los matices de su entorno. No pueden distinguir entre los sonidos relacionados con el movimiento saludable y aquellos que pueden ser destructivos. Vemos a muchos niños afectados de esta manera y rara vez reconocemos la

causa. Por ejemplo, una madre que le canta a su hijo, o le cuenta un cuento, para hacerlo dormir, calma y elimina la tensión y la agitación del cuerpo del niño, permitiéndole un sueño relajado y reparador. Los niños que se duermen con música grabada, con la televisión o incluso con un cuento grabado, se quedan dormidos por agotamiento. La continua estimulación no permite el sueño reparador y relajado, y los niños se vuelven irritados, comen mal y pierden rápidamente la paciencia con lo que los rodea.

Este es un ejemplo de las profundas posibilidades de una nueva comprensión que nos ofrece el recuperar los doce sentidos. Tomamos nuestras percepciones en serio, si bien no muy conscientemente. El sentido del movimiento determina no sólo que leamos con facilidad o no, sino también que establezcamos relaciones o no. Pues, como lo sugiere el Dr. Soesman, el sentido del movimiento tiene la sorprendente tarea de darnos un sentido de nuestro destino. Nos da un sentido de la dirección de la vida, de orientación. ¿Por qué estamos aquí? ¿Puede esta pregunta ser verdaderamente contestada a través de la comprensión de lo que se siente en el movimiento? Y si pudiéramos conocer la respuesta, ¿no viviríamos aquí de manera diferente, quizás más conscientemente, con los demás? Llegamos aquí a la frontera de un nuevo conocimiento, un conocimiento que involucra más aspectos de nuestro ser que el dualismo imperante.

La relación de los sentidos con los misterios más profundos de la bondad y la maldad, el amor y el odio, el progreso o la destrucción masiva resulta obvia cuando nos damos cuenta de que los sentidos constituyen los cimientos de aquellas cualidades que más apreciamos. El sentido de que somos básicamente buenos, de que podemos confiar y recibir confianza, de que la belleza es inherente en nosotros así como en la naturaleza, son cualidades que anhelamos en medio de la desesperanza causada por la creciente codicia y violencia. No se puede señalar individualmente a ninguno de los sentidos con sus particulares trastornos como causa exclusiva de los males sociales. El trastorno está presente en todos ellos, en todos nosotros. Y la sanación que todos ansiamos sólo puede ocurrir a nivel individual. El mundo no necesita desesperadamente un nuevo sistema educativo, políticos honestos o valores familiares. No se convertirá en un lugar seguro reformando la codicia corporativa, aumentando el número de policías o de soldados, o volviendo al fundamentalismo. El sencillo acto de cuidar y nutrir a los sentidos bien podría ser más efectivo para la sanación del mundo que todos nuestros programas e invenciones.

Empezamos entonces a ver que el cuerpo mismo encierra la capacidad para sanar al mundo, si sólo comprendiéramos y viviéramos en equilibrio con los dones de los sentidos. El ataque a los sentidos opaca la experiencia de vivir en nuestros cuerpos. Los sentidos pueden darnos la capacidad de reconocer los aspectos del mundo que son fuente de trastornos. Pero no estamos alertas a estas sutiles señales. No nos hacemos las preguntas correctas, no buscamos las respuestas a la condición humana en los lugares indicados. Al buscar afuera de nosotros mismos, nos perdemos el único territorio que encierra los secretos. Sólo podemos producir los cambios que buscamos para la reforma social desde dentro de nuestro ser individual. Esta es una tarea para todos.

Es improbable que la condición del mundo mejore rápidamente. Si se continúa ocasionando trastornos a los sentidos, es muy probable que empeore. ¿Cuánto tiempo más podemos continuar en la oscuridad? Lo más difícil de lograr en nuestra época es transformar nuestra conciencia. Pero ¿y si pudiéramos llevar equilibrio a nuestra percepción? Esta obra es una guía. De ahora en más no tenemos excusas para no recrear

el mundo y hacerlo un lugar armonioso. Debemos tomar conciencia de nuestros sentidos no a través del conocimiento sobre la mecánica de su fisiología, sino despertándonos en los sentidos por medio del conocimiento imaginativo del mundo y de nosotros mismos “a través” de ellos.

Cuando Rudolf Steiner investigó los sentidos a comienzos del siglo veinte, el mundo conservaba aún cierto equilibrio. Pero creo que ni siquiera Steiner podría haber predicho el desastre sensorial causado por la tecnología y los cambios en el entorno social. Al acelerar al mundo más allá de la velocidad del sonido, alteramos enormemente el sentido del oído. Perdemos la capacidad de ver lo que está delante de nosotros con el aumento impresionante de la estimulación visual y la traducción de imágenes a representaciones gráficas. Con todos los sentidos han ocurrido cambios similares.

Tal vez nuestra mayor locura sea olvidar que el mundo no está simplemente para ser manipulado y consumido. ¿Nos asombramos de lo que ha sucedido con el mundo cuando perdemos la capacidad de percibirlo como parte de nosotros mismos, y no sólo como un objeto fuera de nuestro cuerpo? Una vez que hemos colocado al mundo “allá”, por así decirlo, también colocamos al cuerpo humano “allá” como un objeto. El mundo está más distante, pero también lo está nuestro propio cuerpo, nuestra humanidad misma. Los sentidos no son tan sólo los cimientos de nuestra relación con el mundo; están íntimamente entrelazados con el mundo, haciendo y deshaciendo la realidad. Si nos mantenemos inconscientes del mundo que nos ofrecen nuestros sentidos, tal vez nunca podamos encontrar el significado de por qué estamos aquí, cuál es nuestra tarea, cómo podemos ayudar. En este momento de la historia, el significado de la vida simplemente ya no puede ser más lo que vaya a ocurrir después. Debemos comprender el hecho de que nuestros sentidos mismos son los que nos dan la capacidad de ser seres humanos y, por lo tanto, de crear un mundo. Entonces, quizás, podamos comenzar a llevar de nuevo, conscientemente, sanación y equilibrio al reino de los sentidos y al mundo.

Si albergan sentimientos hacia la tierra, los demás y el futuro, ningún otro libro quizás les resultará tan importante como el que ahora sostienen en sus manos. Esto se debe a que nos conduce a desarrollar aquellos sentidos que nos son más desconocidos, los sentidos superiores o espirituales. Estos son los sentidos del oído, el lenguaje, el pensamiento y el Yo. El desenvolvimiento y desarrollo de estos sentidos puede ayudarnos a concretar las oportunidades de sanación que buscamos. Estos sentidos recién están comenzando a manifestarse en nosotros como sentidos.

Los sentidos espirituales nos resultan menos familiares, pero los podemos reconocer. Un ejemplo es cuando viajamos al extranjero. Experimentamos un paisaje diferente y oímos sonidos extraños. No tenemos idea de qué es lo que estamos oyendo, salvo de que se trata de un lenguaje humano. La percepción del lenguaje, del habla humana, como capacidad sensorial forma parte de nosotros y, sin embargo, no está tan reconocida como un sentido. También tenemos la capacidad de sentir la actividad del pensar del otro, la presencia de la individualidad, del “Yo” del otro. Nos causa asombro pensar que al despertar a estos sentidos, descubriremos profundas verdades espirituales, incluyendo la naturaleza de la verdadera comunidad.

Con la guía que esta obra proporciona, se puede despertar el conocimiento interior, que nos conducirá a nuestra verdadera humanidad. El mundo se volverá un lugar más

sentido y sensible, ya que sólo a través nuestro es posible restablecer la armonía y el equilibrio. El camino es recuperar los doce sentidos.

Cheryl L. Sanders, MS
The School of Spiritual Psychology
Great Barrington, Massachusetts, 1998

Prefacio

Durante las últimas décadas he dado frecuentes charlas y cursos sobre los sentidos basándome sobre el trabajo de Rudolf Steiner. A menudo en tales ocasiones recibí el pedido de que escribiera un libro sobre lo que había disertado. Al parecer a mucha gente le intriga la visión que tiene Steiner sobre los sentidos (¡después de todo estamos ocupados con los sentidos en todo momento!). Pero mucha gente apenas si puede seguir, cuando mucho, el contenido de las transcripciones estenográficas de las conferencias de Steiner sobre el tema. Esto resulta aún más lamentable debido a que Steiner distinguía no cinco sentidos, como es lo habitual, sino tantos como doce.

No obstante, siempre me negaba a este pedido de los participantes de mis cursos y conferencias. Esto se debía, en parte, a mi trabajo como médico de familia, que no me permitía tomarme el tiempo necesario para poner mis pensamientos por escrito, pero también, en parte, al hecho de sentirme mucho más cómodo con la palabra hablada que con la escrita. Como conferenciante, uno puede responder a las reacciones del público, a sus rostros inquisidores, a sus bostezos, etc. Como escritor, uno no sabe exactamente a quién le está hablando.

Con el correr del tiempo, sin embargo, la demanda de un libro se hizo más urgente, de modo que finalmente, luego de mucho titubear, di mi permiso para que el texto de uno de mis cursos vespertinos, que había sido grabado, fuera editado y adaptado al formato de libro, con la condición de que el carácter de la palabra hablada sería preservado. El resultado de esta gigantesca empresa, llevada a cabo por la editorial Vrij Geestesleven de Holanda, es la presente publicación.

Espero sinceramente que el lector, o la lectora, puedan ponerse en el lugar del oyente sentado en un auditorio. Mucho de lo que digo debe tomarse como imágenes. Junto con mis oyentes siempre trato de construir una imagen gradualmente hasta completarla totalmente. Al igual que en el modelado con arcilla, al principio se tiene una masa informe, que en determinado momento comienza a tomar forma, lenta pero seguramente. La forma final, la correlación entre los distintos componentes, y las proporciones internas sólo se hacen visibles cuando se completa la escultura entera.

Específicamente, lo que he tratado de hacer en este curso es reproducir y clarificar lo que Rudolf Steiner reveló acerca de los sentidos en una difícil serie de conferencias que dio el 23, 25 y 26 de octubre de 1909 en Berlín (Gesamtausgabe N° 115: *Anthroposophy-Psychosophy-Pneumatosophy*), y de hacerlo de tal modo que el tema resulte entendible para cualquiera. He tratado de elegir un enfoque y unos ejemplos que permitan a aquellos que no están familiarizados con la antroposofía encontrar una vía de acceso a esta cosmovisión. (En este sentido, este curso puede ser considerado como una introducción a la imagen antroposófica del hombre.) Espero, al mismo tiempo, interesar e inspirar a aquellos que ya tienen muchos conocimientos sobre la obra de Steiner.

Los lectores encontrarán que para cada sentido doy alguna indicación sobre su relación con determinado signo del zodiaco. Los que deseen saber más sobre este tema pueden

hallar más información en las conferencias dictadas por Steiner en Berlín el 20 de junio y el 18 de julio de 1916 (Gesamtausgabe N° 169: *Weltwesen und Ichheit*).

Quiero, por último, referirme a la sinopsis que se incluye al final del libro. Aunque con esto siempre se corre el riesgo de que algo que ha sido presentado de forma viva e imaginativa se convierta en algo rígido, y aunque es muy difícil, de todos modos, presentar a los sentidos de manera esquemática, he pensado que debía figurar en el libro. Quienes lo encuentren útil podrán entonces repasar esto o aquello de manera abreviada después de estudiar las seis conferencias.

Albert Soesman

Capítulo 1

El sentido del tacto y el sentido vital

Quiero intentar dar un curso introductorio de antroposofía en seis entregas. Hay muchas maneras de acercarse a la antroposofía. La forma en que me propongo hacerlo es tomar un tema específico como punto de partida. Podemos comenzar con la antroposofía en general y proceder desde allí a introducirnos en un tema específico, pero podemos también, y esto es interesante, comenzar con un tema particular e ir remontando desde allí hacia la antroposofía en general, dentro de lo que resulte posible en el curso de seis conferencias. Espero que vuestras almas logren seguir este sendero inverso –comenzar con algo específico para terminar con algo general.

Como fuera anunciado, este estudio se basará en los de Rudolf Steiner. Rudolf Steiner dijo alguna vez que el estudio de los sentidos es en realidad el primer capítulo de la antroposofía. Si bien esto suena bastante simple, tendré que comenzar diciendo, antes que nada, algo sobre esa palabra “primer”. Generalmente, al leer un libro común, una vez leído el capítulo 1, hemos terminado con el capítulo 1. Luego viene el capítulo 2 y a continuación el 3, etc. Así es, de hecho, como están escritos muchos libros. Pero no todos los libros están escritos de esa manera. Cuando leemos *La República* de Platón, por ejemplo, encontramos algo muy particular acerca de ese libro. Su estructura no es: capítulo 1, capítulo 2, capítulo 3, etc.; leer ese libro es, en cambio, algo así como internarse en el edificio de un inmenso templo. Todo el libro está construido como un templo griego; no es simplemente una secuencia que uno sigue. Y con frecuencia sucede lo mismo con la obra de Rudolf Steiner. Al principio uno tiene que acostumbrarse –acostumbrarse a que, en realidad, todo hasta el último capítulo, ya está contenido en el capítulo 1. Y lo mismo ocurre con el capítulo 2 –ya está todo ahí.

Así también es como serán mis conferencias. De modo que me tendrán que tener paciencia. A algunos de ustedes les resultará extraño que no siga una secuencia lógica –que tengan que considerar los temas como parte de una composición. Cuando diga algo que les resulte inusual, deberán tener paciencia y estar preparados para esperar a ver. En alguna medida tendrán que abandonar el pensamiento lineal. Espero que les suceda que, cuando algo les resulte extraño, lo que le sigue inmediatamente pueda compensarlo. Tendrán que tomar estas conferencias como una pieza musical. Cuando escuchamos música, no pensamos: “Muy bien, aquí está el primer tono, ahora ¿dónde está el segundo, el tercero?” En lugar de esto, simplemente esperamos a que termine toda la pieza y luego sí podemos decir: “Eso fue terrible”, o “Sí, me produjo algo...”, o lo que fuera. Ese es el tipo de consideración que les pido –tenerme paciencia hasta que aparezca el elemento compositivo. Sé que les estoy demandando mucha paciencia, pero espero que al final encuentren que ha valido la pena.

Así pues, lo que vamos a tratar son los sentidos. Parece una buena manera de entrar a la antroposofía. Ustedes conocen lo suficiente de Rudolf Steiner como para saber que a él le gustaba hablar sobre el mundo espiritual, y que lo que dice nos conduce hacia tremendas alturas. Pero, por otro lado, uno no puede imaginar persona más práctica que Rudolf Steiner. Él podía dar consejos sobre las cuestiones cotidianas de índole más práctica, y, en realidad, nos abrió los ojos en muchas de esas cuestiones prácticas de

todos los días. Por eso es que el estudio de los sentidos es una buena manera de entrar a la antroposofía. Todo lo que diga puede ser verificado. ¡Se trata, después de todo, de nuestros sentidos cotidianos!

La antroposofía comprende una ciencia espiritual que se propone complementar a la ciencia natural desde un punto de vista especial. Por lo tanto, traeré a colación mucho material de las ciencias naturales y les demostraré que muchos enigmas de las ciencias naturales se pueden resolver si les agregamos un componente espiritual. Tal vez voy a hablar de muchas cosas que ustedes ya conocen bien pero que tal vez nunca han visto en este contexto.

Ustedes saben que todos tenemos cierto número de sentidos. Para nombrar sólo algunos: vista, oído, tacto. Resultan todos muy familiares. Lo que es mucho menos conocido es que estos sentidos están conectados unos con otros. Lo que el aporte de Rudolf Steiner tuvo de absolutamente nuevo y original fue la idea de que estos sentidos constituyen un orden, o, para usar una vieja, y acertada, expresión de Pitágoras, juntos forman un *cosmos*. Un cosmos es una totalidad bien ordenada. Este es el resultado sorprendente que puede surgir luego de que trabajemos juntos durante unas seis sesiones, es decir, que una cosa está inseparablemente ligada a la otra, y que juntas forman una tremenda y maravillosa composición. Y sólo debido a esta composición es que podemos lograr la comprensión. No se puede, en verdad, describir ninguno de los sentidos sin estar familiarizado con todos los demás. Eso es, en realidad, lo que es nuevo sobre esto. Por eso es que no puedo tratar arbitrariamente sobre un sentido aquí y otro allá. Tengo que tomar en cuenta este cosmos, este orden general.

Comenzaré por enumerar este orden. Así por lo menos ustedes sabrán de qué hablaremos en los seis encuentros. Empezaré con uno muy conocido –el sentido del *tacto*. Viene después uno que probablemente les resulte nuevo: el *sentido vital*. Le sigue el *sentido del movimiento propio*. Después viene nuevamente un fenómeno bien conocido: el *sentido del equilibrio*. A continuación siguen el *olfato*, el *gusto* y la *vista*. Llegamos luego al *sentido térmico* y, luego, al del *oído*. A estos les seguirán un grupo de sentidos que probablemente aún les resulten desconocidos: el *sentido del habla* –o *sentido del lenguaje*; el *sentido del pensamiento* –o *sentido conceptual*; y finalmente el *sentido del Yo*.

Si los numeramos llegamos a 12. Podemos ver que esto es un cosmos –estos 12. Pero tendré que explicarles por qué es así. Una vez que se familiaricen con este concepto de “cosmos”, comprenderán que el hombre no tiene simplemente cualquier número de sentidos, que no podría igualmente tener algunos más o menos. Por supuesto, podemos imaginarnos todo tipo de cosas. Podemos fácilmente imaginar un hombre en la luna. Lo lamento, pero no hay un hombre en la luna, ni tampoco en Júpiter. Podemos imaginar cualquier cosa que queramos. Pero si queremos comprender el concepto de “cosmos”, veremos que pueden haber sólo 12 sentidos, ni más ni menos. Así es simplemente como un cosmos es.

Hoy quiero comenzar con el sentido del *tacto*. Todos ustedes lo conocen. Todos podemos tocar algo. Y ahora inmediatamente se nos presenta un problema. Ya lo he dicho antes: para comprender un sentido, tenemos que concentrarnos totalmente en ese sentido. También he dicho, sin embargo, que esto es imposible, ya que cada uno de los sentidos por separado sólo puede entenderse si se consideran también los demás

sentidos. Allí tenemos ciertamente un gran problema. Y se lo puede ver de inmediato cuando, por ejemplo, yo toco esta mesa. Siento la mesa y está fría. Sí, pero eso no es tacto, eso tiene que ver con el sentido térmico. Al mismo tiempo, mientras la toco me impulso hacia atrás, alejándome en cierto modo. Cambio mi equilibrio. Por supuesto, a través del esfuerzo de cambiar mi equilibrio tomo conciencia de algo. Pero entonces no utilizo sólo mi sentido del tacto. Necesito al mismo tiempo mi sentido del equilibrio. Puedo también, desde luego, deslizar la mano sobre la mesa y percibir entonces si es lisa o áspera. Aunque esto resulte algo más difícil de entender (volveré sobre ello más adelante en más detalle), lo que quiero decir es que con esta última acción he puesto en juego mi sentido del movimiento propio. Ese es el sentido con el cual advierto mi propio movimiento. Como pueden ver, un sentido nunca funciona solo. Siempre necesita la ayuda de otros sentidos. Lo que hace que este concepto sea un poco difícil es que al reflexionar sobre un sentido debemos dejar de lado todos esos otros aspectos que se agregan a ese sentido cuando está activo. Tenemos que tratar de concentrarnos en el secreto de lo que verdaderamente es ese sentido individual —el tacto.

Traten de imaginarlo funcionando totalmente solo. ¿Qué nos muestra? ¿Qué es lo que en verdad nos revela? ¿Qué portal del alma se abre? ¿A qué mundo entramos por causa de ese sentido específico?

Con el sentido del tacto no siento si algo es frío o caliente, si es áspero o liso. No percibo que mi equilibrio cambie. ¿Qué es lo que en verdad noto, entonces, cuando uso solamente el tacto, dejando de lado todo lo demás? ¿Qué es lo que me queda, y qué es lo que esto me dice? Hagamos un ejercicio. Primero tenemos que apagar las luces, porque generalmente cuando tocamos algo también lo miramos. Ahora debemos tratar, en la total oscuridad, de ser exclusivamente seres de tacto. Disculpenme, pero ¿podrían tratar de ser una lombriz desnuda? Imagínense una lombriz, sólo una lombriz en la oscuridad absoluta. La temperatura alrededor de esta lombriz es igual a la de la propia lombriz; ella no siente frío ni calor. Pero la lombriz no se desliza simplemente alrededor de las cosas. Pueden probarlo ustedes mismos esta noche en su habitación sin el pijama puesto. Resulta difícil hacerlo en la propia habitación puesto que en cuanto uno se tropieza con una silla, uno ve esa silla en su mente. Así que, esta noche, todos ustedes tienen que mudarse a una habitación extraña. Sólo de esa manera se podrán dar una idea, por primera vez, de la forma en que funciona el sentido del tacto, en un ambiente totalmente extraño, sin recuerdos ni reconocimiento. Entran así en un nuevo mundo, al cual penetran arrastrándose, totalmente desnudos. Y esto, por primera vez en la vida. ¡Imagínense! No es fácil pues estamos muy acostumbrados a entrar en contacto con cosas.

¿Qué palabra podría describir esto? Cualquier palabra es de por sí demasiado complicada. Pero no podemos evitar el hecho de estar atados al pensamiento, que siempre usa palabras. ¿Qué se sentiría la primera vez que uno experimentara el tacto? ¿Resistencia? Sí, ciertamente uno sentiría resistencia, algo que tira. Pero ¿se sentiría algo más? Nada en absoluto. Ahora, “resistencia” es una palabra muy complicada. En realidad, “resistencia” ya va demasiado lejos. Hay, en verdad, sólo una palabra —aunque tampoco es totalmente correcta, pues en cada palabra confluye la actividad de muchos sentidos—una palabra que viene a la mente en relación con esto, y es la palabra *algo*(*).

Se dan cuenta, ¿no?, que si no tuvieran ninguno de los sentidos y por primera vez les fuera dado este sentido del tacto, y ustedes se arrastraran como una lombriz y se toparan con una piedra, experimentarían una cosa: “Algo”. ¿Y qué sucedería luego, si ustedes no tuvieran otros sentidos y estuvieran “culebreando” contra algo sin saber qué es?

¿Qué experimentarían? ¿Resistencia? Todavía no han llegado a eso. ¿“Algo”? Se dan cuenta, ¿no?, de que hay una especie de primer “despertar”. Permítanme decirlo de otro modo: esta resistencia proviene de afuera, pero algo ocurre también en el alma humana cuando nos ponemos en contacto con algo, incluso siendo aún lombrices por ahora: *nos despertamos*. Ahora bien, despertar es un proceso muy complejo, pero una pequeñísima medida de conciencia –repito, toda palabra es demasiado complicada –, una especie de primer despertar al mundo, eso es lo que sucede. Entienden ustedes la idea general.

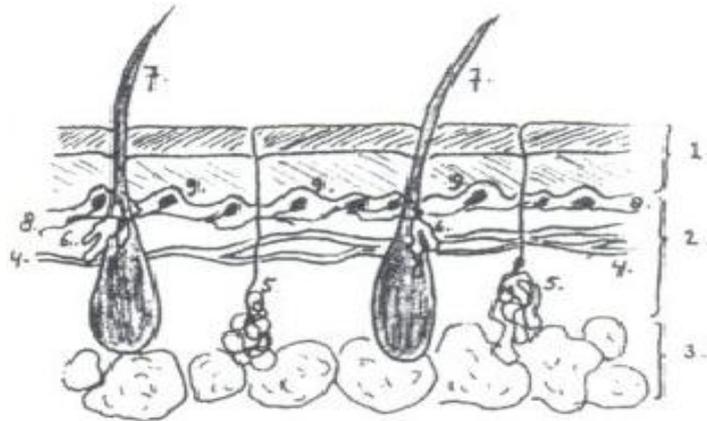
Han experimentado ahora algo verdaderamente extraño. Se han puesto en contacto con algo, en algún lugar del mundo, pero al mismo tiempo han hecho contacto con parte de ustedes mismos. Esto es, en realidad, lo extraordinario del sentido del tacto: que parte de mí mismo, algo dentro de mí se despierta a parte del mundo, a algo en el mundo. Espero haberlo expresado más o menos claramente.

Ven ustedes que este “despertar” se relaciona con cierto fenómeno: la *conciencia de una frontera*. De pronto tomamos conciencia de esto: frontera contra frontera. Eso es más o menos lo que sucede. Lenta pero seguramente tomamos conciencia de nuestros límites. Deben ustedes imaginarse que esto sucede, en realidad, muy gradualmente. Lamentablemente sabemos muy poco sobre cómo se produjo todo esto cuando éramos pequeños. Sólo se puede hacer la pregunta teórica: ¿Sabe un niño pequeño dónde comienza su cuna y dónde comienza él mismo? ¿Sabe dónde comienza su manito y dónde ésta entra contacto con la cuna? Uno se asombra cuando se hace este tipo de preguntas, pues entonces se da cuenta de que, por supuesto, el niño pequeño no sabe esto. Tiene que aprenderlo lentamente, paso a paso –tiene que toparse con la cuna cien veces –, y ello se produce a través del sentido del tacto.

El ser humano es muy avanzado en este aspecto. Muchos animales no lo son tanto. Observen a una anémona de mar, por ejemplo, con su pequeña boca y sus muchos tentáculos, que puede retraer. Es divertido ver cuando un pez se pone en contacto con estos tentáculos. La anémona de mar se sobresalta, y todo se contrae, pero luego se despliega de nuevo, hasta que los tentáculos hacen contacto con una piedra. Nuevamente la anémona se sobresalta, y de nuevo retrae sus tentáculos. Continúa haciendo lo mismo hasta que finalmente se “anima” a tocar esta piedra. Una lombriz nunca reacciona de esta manera. Si una lombriz se topa con una piedra, no pasa nada. Pero si uno toca a una lombriz con el dedo, le provoca un sobresalto. En otras palabras, una lombriz es más avanzada. Puede diferenciar entre algo que la toca y tocar algo. ¿Ven la diferencia? Si una piedra le pega a una lombriz, le provoca un sobresalto, en cambio si la lombriz toca la piedra, no se inmuta y continúa avanzando. Una anémona de mar nunca aprende a hacer esto. La anémona de mar recibe un sobresalto una y otra vez al tocar algo. Debe tomarse su tiempo, cada vez, para percibir la experiencia: ¿Yo toco algo o alguien me toca a mí? Ven entonces ustedes que un pólipo no tiene el mismo nivel de conciencia de límite con respecto a su propio cuerpo que una lombriz. ¡No se está tan abajo en la escala si uno es una lombriz desnuda!

Un extraordinario proceso de aprendizaje, que debemos imaginarnos en todo su dramatismo, es el de descubrir “¿cómo llegué al mundo, y cómo hago para saber cuán

grande soy? ¿dónde están mis límites?” A cada momento alguna cosa en el exterior choca contra alguna parte de mi superficie corporal; así es como descubro sobre mi circunferencia. Este es un proceso laborioso que toma años y años, comenzando con el nacimiento. Estoy convencido de que esto tiene una profunda conexión con el sentido del tacto.



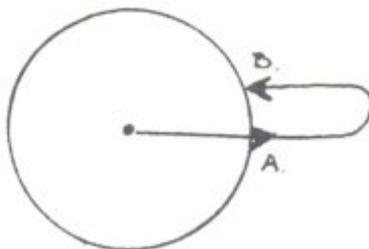
1. Epidermis
2. Endodermis
3. Tejido subcutáneo
4. Sistema vascular

6. Glándulas sebáceas
7. Pelo
8. Nervios
9. Corpúsculos táctiles

Vista transversal de la piel

Ahora bien, cuando ustedes tengan completo el cuadro a gran escala, comenzarán a entender el cuadro a escala pequeña. Como pueden ver, el sentido del tacto está construido de manera muy simple. En este dibujo muy simplificado pueden ver la epidermis, la dermis y el tejido subcutáneo con todos los vasos sanguíneos, las glándulas sudoríparas, el pelo, etc. Hay terminales nerviosas que culminan en los así llamados corpúsculos táctiles. Nuestro sentido del tacto, por lo tanto, no está construido de tal manera que sobresalga de la piel. No hay terminales nerviosas protuberantes. Si las hubiera, nunca experimentaríamos un límite. Volveremos sobre esto más adelante y entonces verán ustedes la conexión cuando hablemos del olfato. El olfato, para que sepan, sí está construido de esa forma; con el olfato nunca tenemos la sensación de un límite que entra en contacto con otro. Eso es específico del sentido del tacto. Con el tacto uno no acaba en otro mundo, el mundo exterior; uno permanece en su propio mundo. Hay que pensarlo realmente como una situación de límite. Y lo sorprendente acerca del sentido del tacto es, en verdad, que no nos dice nada sobre ese otro mundo. Solo experimentamos la percepción de “algo”; sólo experimentamos que tiene que haber otro mundo, y que de algún modo nos despertamos a ese otro mundo. Con el tacto nunca entramos realmente al mundo; ese mundo, para decirlo más simplemente, sólo está para hacernos tomar conciencia de nosotros mismos, y ello de manera corpórea. Comenzamos a percibirnos a nosotros mismos como envueltos por una frontera. Con el sentido del tacto el niño pequeño se separa de la unidad total con el cosmos. Se trata de una retirada del cosmos para que el niño comience a percibir, lenta pero indefectiblemente, su propia naturaleza corporal.

De esta manera pueden ustedes de pronto ver el significado de un sentido. Si no tuviéramos el uso del tacto, seríamos todos completamente uno. Nos disolveríamos en el entorno como una gota de agua en el océano. Aun si tuviéramos piel de elefante nos sentiríamos como una gota en el océano si no tuviéramos sentido del tacto. Pues para llegar a la conciencia se necesitan dos cosas, que les mostraré en un dibujo.



Imaginen que son uno con el cosmos. Estarían entonces totalmente dormidos, no tendrían conciencia dentro del cosmos. Imaginen que por alguna misteriosa razón se apartaran de ese cosmos y se separaran totalmente de él. Aun así seguirían sin tener conciencia. Serían un alma perdida sin conciencia. Sólo podemos adquirir conciencia si dejamos el cosmos y luego nos volvemos a topar con él inmediatamente, como lo indica de manera primitiva el dibujo: primero vamos en un sentido (flecha A) y luego volvemos (flecha B). Si el cosmos simultáneamente se cierra a nosotros, entonces, y sólo entonces, llegamos a una percepción de nosotros mismos.

Les estoy contando una vieja historia: que una vez éramos uno con el cosmos, y que después lo abandonamos. Desde cierto punto de vista, todo emprendimiento humano no es sino un golpear a la puerta de la casa de la que hemos sido expulsados. No hay nada de trágico en esto, pues debido a que fuimos expulsados adquirimos conciencia de nosotros mismos. Lo que es verdaderamente peculiar es que al adquirir conciencia de nosotros mismos, estamos fuera de algo.

El sentido del tacto tiene una misión definida para el ser humano. Somos arrojados de la totalidad divina y simultáneamente surge el deseo de volver a ella. Tenemos continuamente el ansia profunda de tocar las cosas. Incluso se manifiesta en el lenguaje cuando decimos, por ejemplo, “La tensión es tangible.” Queremos decir que la tensión era tan marcada que la podíamos tocar. Ustedes pueden imaginar, creo, la situación de encontrarse con alguien a quien creían muerto; en realidad, ustedes sólo pueden creer que esa persona es real una vez que la han tocado. Por medio del tacto llegamos a la certeza de algo. Recibimos la sensación de una cosa dentro de nuestro propio “espacio de cosas” —eso es lo que el sentido del tacto es. Esa es la constante del tacto —las cosas son distintas y separadas.

Pero al mismo tiempo también usamos el tacto de manera completamente diferente. Lo usamos no sólo para percibir si algo está realmente allí o no, sino también para expresar *intimidad*. Cuando, por ejemplo, un bello niño se aproxima, con el sol brillando en sus cabellos, es casi imposible no acariciar esos cabellos; uno realmente quiere acariciarlos. De pronto, entonces, uno usa el tacto de una manera muy íntima. Es extraño: usamos el

sentido del tacto a veces de manera objetiva y otras para expresar intimidad. Debemos tener cuidado de no confundir las dos. Cuando, por ejemplo, un médico examina a un paciente, cuando le examina, digamos, el abdomen –buscando un tumor, por ejemplo— lo hace de manera totalmente objetiva hasta que eventualmente siente si algo anda mal allí o no. El médico debe tener cuidado, sin embargo, de no tocar al paciente de tal modo que se mezcle en ello algo totalmente distinto. Si eso ocurriera, ¿es decisión del paciente continuar con ese médico o no! En un caso así, el médico se desvía hacia un aspecto totalmente diferente del tacto.

Hay una extraña paradoja en el sentido del tacto: por un lado uno puede sentir que un trozo de madera, por ejemplo, es algo duro, pero por el otro, uno puede sentir que es un hermoso trozo de madera. Uno puede sentir: Qué hermoso es, qué bien se siente al pasarle la mano. Esto es lo extraño: en la dureza experimentamos el estar excluidos de él, y en el placer de tocar experimentamos el deseo de establecer una conexión íntima. Vemos en esto un deseo innato del ser humano: sabe en realidad que el sentido del tacto lo separa, lo excluye de algo con lo cual está, sin embargo, **relacionado**. Lo que quiero decir es que no estamos totalmente aislados del cosmos. En realidad, si lo estuviéramos, si estuviéramos totalmente fuera del cosmos, no tendríamos ninguna añoranza de él en absoluto. Pero debido a que nos topamos con él continuamente, a que lo abrazamos, persiste en nosotros este deseo de reconectarnos con ese mundo real, del que alguna vez formamos parte. El sentido del tacto, por lo tanto, establece en verdad una frontera, una separación. Nos separamos de la totalidad y terminamos, por así decirlo, acurrucándonos contra ella.

Novalis lo expresa de manera mucho más hermosa que lo que yo lo pueda explicar cuando dice: “El tocar es separación y conexión al mismo tiempo.” Este es uno de los secretos más profundos del cosmos. Es el hilo que recorre nuestra evolución toda –este alejamiento de la totalidad, esta separación; pero, al mismo tiempo, este sentimiento que perdura en el ser humano de estar, después de todo, conectado con la totalidad. No es coincidencia, por lo tanto, que el sentido del tacto sea más agudo en los dedos. Es realmente extraordinario que con nuestros dedos podamos tocarnos todo el cuerpo. Se podrá decir “Sí, pero eso también se puede hacer con los ojos”. Sin embargo, con los ojos sólo se puede tocar parte del cuerpo. Con el sentido del tacto podemos tocarnos por todas partes. Ese es el secreto especial del tacto. Podemos usarlo para determinar nuestro contorno como unidades independientes. Así como se puede caminar alrededor de la tierra, se puede, en verdad, caminar alrededor de uno mismo con el sentido del tacto. Un bebé no puede hacer esto. El niño necesita haber pasado los 2 años de edad o alcanzado los 3 antes de poder lograrlo. Es sólo cuando el niño comienza a decir “yo” que sus brazos han alcanzado la longitud y proporciones necesarias para poder tocarse todo el cuerpo.

Ahí pueden ustedes ver el gran secreto del sentido del tacto, el sentido de límite, que “nos” lleva a un primer despertar hacia las “cosas”. Obviamente, este sentido desempeña un papel de enorme importancia en la crianza de los niños. Ya que la salida del paraíso y la entrada en el mundo pueden tener lugar de muchas maneras. Daré un ejemplo simple: tiene que haber una enorme diferencia para el niño entre tocar el pecho de la madre y una mamadera. Debe ser obvio para cualquiera que hay una diferencia. Ustedes habrán oído hablar de niños que carecen de resistencia inmunológica, que tienen que crecer en un habitáculo de cristal. Estos niños no tienen nunca el contacto directo del tacto, de las caricias. Habrá que ver cuál será la reacción de estos niños

cuando sean más grandes, habiendo sido excluidos tan drásticamente del mundo del contacto debido a una trágica condición física.

Qué maravilloso es, en cambio, cuando uno, siendo niño, tiene el aprecio constante de su madre, de su padre, o de otras personas –de modo que uno es acariciado por ellos, y de esa manera, ayudado a dejar el paraíso sin perder el deseo básico de retornar a él. La gente ha sabido desde antaño que es bueno jugar a las cosquillas con los niños. “Este dedito encontró un huevito, este lo cocinó, este lo peló, este le puso la sal, y este gordo sinvergüenza... ¡se lo comió!” ¡Qué significado increíblemente profundo tiene este tipo de juego! Pues así es como se le enseña al niño sobre la separación del paraíso. Es extraño, pero el niño muy pequeño no tiene cosquillas. Hay que ser más grande para tenerlas. Hay que haberse separado algo del paraíso antes de que la mano de la madre pueda realmente producir cosquillas. Y, sin embargo, es una sensación maravillosa este hacer cosquillas que sólo más adelante realmente causará cosquillas. Y uno nunca se puede hacer cosquillas a sí mismo. Sería bueno, ¿no? Imagínense, cuando nos sintiéramos tristes, todo lo que tendríamos que hacer es hacernos cosquillas. Pero eso no funciona.

Todas estas cosas simples de todos los días tienen un fondo profundo, y eso es lo maravilloso de la antroposofía. Lo que importa en la antroposofía no es realmente el ascenso a mundos sublimemente elevados. Estos mundos elevados nos rodean por todas partes. Uno puede pensar mucho acerca de por qué uno no puede producirse cosquillas a sí mismo. Que solamente algo extraño a uno mismo le pueda causar cosquillas es una cuestión muy profunda. Uno no es lo suficientemente extraño a sí mismo, como lo es otro ser humano. Ahí está la cosa. Y todo esto tiene que ver con nuestro sentido del tacto. Piensen en la diferencia que hay entre que un niño tenga contacto con cosas bellas, tales como buenos juguetes de madera y muñecas blandas de lana o seda, o que juegue mayormente con juguetes de plástico. Hay una enorme diferencia en la calidad del sentido del tacto desarrollado en un niño que es criado con materiales naturales y la de un niño que crece con otro tipo de materiales totalmente distintos. No existe diferencia mayor que la que hay entre un pulóver industrial tejido a máquina y uno tejido por la abuela.

Volvemos entonces a la paradoja del tacto. Nos expulsa del mundo por la fuerza, aun cuando esto lleve años; nos enfrentamos entonces al mundo, y al mismo tiempo perdura en nosotros esta íntima necesidad de reconectarnos con el mundo. Pero en el tacto siempre experimentamos la decepción de nunca verdaderamente entrar a ese mundo. Debido al tacto, en realidad, el mundo se convierte en un enigma. Experimentamos esto cuando tenemos algo frente a nosotros, como, por ejemplo, una hermosa piedra. Podemos palpar esa piedra, y cuando la tocamos, ella abre en nosotros un asombro por el mundo. La tocamos y nos damos cuenta: “La tengo en mis manos y el enigma se hace más y más grande ahora que tengo en mis manos un pedazo del mundo; tengo una amatista en mis manos, y siento que es una amatista. Estoy tan cerca, pero cuanto más me acerco, más lejos de ella me encuentro”. El acceso al espíritu es realmente posible sólo por medio de un camino interior, como, por ejemplo, el que indica Rudolf Steiner en su libro *Cómo se adquiere conocimiento de los mundos superiores*.

Rudolf Steiner dijo lo siguiente acerca del secreto supremo del sentido del tacto: que el ser humano nunca llegaría a ser consciente de lo divino sin el sentido del tacto. Nunca podríamos ser religiosos sin el tocar. Pues ni bien tocamos algo sentimos algo mágico:

este es un mundo al que le he dicho adiós, y que está fuera de mi comprensión. Esto es lo que llamamos lo metafísico. Dureza contra dureza. Estamos tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Es desde una base corporal —ya que todo se desarrolla a partir de nuestra naturaleza corporal— que llegamos a una conciencia de lo divino. No podríamos hacerlo de otra manera. Y veremos, una y otra vez, que todos nuestros sentidos son grandes maestros del hombre si sólo está dispuesto a abrir su oído espiritual a ello. Podemos filosofar tanto como queramos acerca de Dios; acerca, por ejemplo, de si es una fantasía, ya que uno tiene un padre, del cual Dios es una proyección freudiana. Pero si reflexionamos sobre el sentido del tacto, arribamos a la bien clara experiencia interior de que con el desarrollo del tacto el hombre puede, cuando crece, cuando puede pensar, llegar a darse cuenta de que existe un mundo divino—un mundo excelso y misterioso, que él nunca será capaz de comprender totalmente.

La sensación particular con el sentido del tacto es esta: uno está tan cerca, uno lo tiene en las manos y, simultáneamente, está infinitamente distante, ¡más distante que muchos años luz! Experimentamos la sublime grandeza de este mundo a través de nuestro pequeño microcosmos, del cual sólo podemos tocar el contorno. También nuestra propia naturaleza corporal es para nosotros un enigma eterno. Este misterio que siempre nos confronta en el tacto es realmente típico. Si pensamos en los discípulos Tomás y Juan, podemos preguntarnos: ¿quién de ellos estuvo más profundamente conectado con el Ser Crístico? Uno estaba en Su corazón, el otro tocó Sus heridas porque dudaba. Podemos pensar sobre esto largo tiempo--¿quién estuvo más profundamente conectado? No lo sé. Lo que sí sé es que es tremendo cuando, como Tomás, uno puede tocar un misterio tan profundo. ¿Fue suficiente sólo estar en Su corazón? No digo que *sí* ni que *no*. Llegamos aquí al tipo de pregunta fundamental que parece impenetrable para nosotros simples mortales.

Eso es lo que el sentido humano del tacto es en realidad: el gran maestro del hecho cierto de que estamos separados. ¿Separados de qué? Del gran cosmos. Y ya sea que se lo llame macrocosmos, o naturaleza, o Dios, o lo metafísico, o la Trinidad —a mí me da igual —no es eso lo que importa. Lo que importa es una experiencia interior del proceso por el cual el sentido del tacto se nos revela.

Quisiera ahora pasar al segundo de los sentidos. El nombre probablemente implica un concepto no familiar: sentido vital. Lo que Rudolf Steiner quiere decir con esto es que experimentamos nuestra constitución. Tenemos una experiencia de cómo nos sentimos. Esto está diseminado por todo nuestro cuerpo, y lo expresamos en términos muy simples. Lo notamos al despertarnos, por ejemplo. Nos sentimos muy cómodos, tuvimos un buen sueño, nos sentimos como si pudiéramos mover montañas. Probablemente ustedes conocen esta sensación. Nos resulta más familiar, sin embargo, con esa otra sensación: no sentirse bien. Sea como fuere, tenemos la capacidad de monitorear el estado de nuestra propia constitución. Eso es lo que se quiere decir con la expresión sentido vital.

El sentido vital está desarrollado de manera muy diferente en diferentes personas. Los médicos saben esto muy bien. Siempre doy ejemplos drásticos, como habrán podido notar. Hay personas que me visitan y dicen: “Doctor, no me siento bien”. Eso no es muy raro en un paciente, por supuesto. Así que yo pregunto: “¿Cuál es el problema?” Y la persona dice: “Bueno, es que no me siento bien.” Entonces vuelvo a preguntar: “¿Qué significa eso?” Y la persona dice: “Bueno, me siento enfermo.” “¿Qué quiere decir con

enfermo?” “¡Me siento mal!” Como médico, entonces, uno tiene que hacer un interminable número de preguntas. Y no averigua nada. Uno examina al paciente muy meticulosamente y entonces, de pronto el paciente dice: “¡Ahí está, allí lo siento!” Como médico, por supuesto, uno está totalmente orgulloso de haberlo encontrado.

Hay también otro tipo de paciente. Vienen a ver al médico y le dicen, señalando la región del corazón: “Es justo aquí, y se extiende gradualmente, solo hacia la izquierda, y luego por detrás hacia la derecha, y luego se torna un poco más caliente, y pareciera como si se dividiera en tres partes.” Tales pacientes pueden describir su dolencia durante horas. Podría en verdad escribir libros sobre esto—sobre lo que esos pacientes experimentan con su sentido vital. No me estoy burlando. Es enormemente interesante ver como una persona tiene una imagen clara, y otra no ve nada. El sentido vital es realmente un sentido con el cual algunas personas están más conectadas que otras; está más desarrollado en algunas personas que en otras.

Ahora bien, este sentido puede ser desarrollado en cualquiera por medio de un procedimiento bastante cruel. Dado que muchas experiencias resultan confusas por la intervención de otros sentidos, no es tan simple experimentar el sentido vital en forma aislada. Pero pongamos a una persona en una habitación insonorizada, en la más absoluta oscuridad—esta vez no como lombriz sino como una persona común que no ve nada y no oye nada, absolutamente ningún sonido (y siempre hay algún sonido, de modo que tiene que ser una habitación muy especial). Una habitación absolutamente insonorizada y oscura – ¡esto vuelve totalmente loca a la persona! De pronto comienza a notar todo tipo de cosas. Comienza a oír el flujo de su sangre. Pierde la chaveta a causa de todas las cosas que empieza a notar en su constitución.

Por fortuna no notamos esto tanto en la vida normal, pero resulta claro que todo ser humano tiene este sentido que se extiende por todo el cuerpo. Científicamente lo llamamos nervios simpáticos y parasimpáticos. Todo está atravesado por minúsculos nervios que hacen que el ser humano se dé cuenta de su constitución: el sentido vital. Notamos por medio de este sentido si tenemos hambre o sed. Sí, ¿cómo sabemos que tenemos que comer, cómo sabemos que el cuerpo pide alimento o que necesita agua? Ciertamente le agradecemos esto al sentido vital. Se lo puede llamar también *sentido constitucional*—el término no tiene importancia, lo que importa es que lo asociemos con algo.

Hemos de preguntarnos: ¿De qué se trata este sentido vital? Con el hambre y la sed ya tenemos un indicio: pereceríamos si no tuviéramos nuestro sentido vital. Imaginen que tuvieran que mirar el reloj para saber si tienen que comer o beber algo. ¿No sería eso algo extraño? Pero va incluso mucho más allá. Esto nos trae a un aspecto doloroso del sentido vital, es decir, al *dolor* mismo. Se entiende que sin el sentido vital no sentiríamos tampoco ningún dolor. En realidad, el dolor no es sino una manifestación extrema del sentido vital. Ahora bien, en nuestra cultura se hace todo para eliminar el dolor lo más posible, ya que el dolor, por supuesto, no es agradable. Sin embargo, sería aconsejable considerar todo lo que el dolor puede hacer por nosotros.

Hace algún tiempo—en los años sesenta, creo—apareció en el diario una historia sobre la que se habló mucho, sobre unas personas en los Estados Unidos que, al regresar a la casa luego de una corta ausencia, encontraron a su pequeño hijo jugando con sus dedos en la llama de una vela que había encendido. El niño aparentemente estaba disfrutando

del juego, del fuerte olor y del humo y del chisporroteo. Se imaginan que los padres tuvieron una reacción muy diferente a la del niño. Este fue un caso extremo de un niño en el cual, por alguna razón, el sentido del dolor había quedado sin desarrollar. ¿Qué se hace en un caso así? Un niño así debe ser vigilado constantemente. Por supuesto es aterrador cuando un niño hace algo así. Pero la realidad de esto nos puede decir algo. En el caso de este niño, se debe organizar un minucioso sistema de vigilancia; cuando la madre no lo está vigilando, el padre o alguien más deben hacerlo. Este niño tiene que ser vigilado constantemente pues él mismo no tiene ningún *sistema de alerta*. Por lo tanto, ciertas personas deben ocuparse de algo que, si el caso fuera distinto, estaría a cargo del sentido vital del niño. Con este caso extremo podemos ver que el sentido vital es en realidad un sistema de alerta.

Se puede ver que no es tan mala idea que tengamos un sentido vital. Debido a él, lo que sucede en nuestro cuerpo está bajo constante vigilancia. Por ejemplo, en los casos en que algo sea demasiado ácido, o demasiado grasoso, o demasiado en cantidad, recibimos una advertencia. Es cierto que la advertencia llega con frecuencia demasiado tarde, pero llega, tarde o temprano. Luego de haber comido demasiada torta, por ejemplo, uno podría, en lugar de decir: “Me molesta el estómago”, decir al menos: “Le he causado molestia a mi estómago”. Así nos daremos cuenta de que somos nosotros mismos los que en el futuro podemos enmendarnos. Es muy interesante –nunca nos enmendaríamos sin nuestro sentido vital.

¿Realmente, qué sería un ser humano sin el dolor? Sobre esto también se expresó con belleza Novalis. Dijo: “Uno debe estar orgulloso del dolor. El dolor indica la dignidad del hombre”. Novalis, se ve, tenía una idea sobre el dolor diferente de la que es común en nuestra sociedad actual –y Novalis sufrió mucho dolor; murió joven.

Así que ya ven, cuando hablamos sobre el sentido vital, llegamos a una nueva perspectiva sobre el problema del dolor. ¿Qué es el dolor en realidad? ¿Por qué lo tenemos? Como ya se ha dicho, es una advertencia. Pero algo tiene que hacer sonar la advertencia. ¿De dónde proviene esta advertencia? Esta es la pregunta que debemos hacernos. Deberemos formularla con total precisión. El dolor nos advierte que algo no está bien. Esto significa que la advertencia proviene de algún lugar donde se sabe lo que *sí* está bien. Después de todo, sólo se puede dar una advertencia si se sabe que las cosas no son como debieran ser. Para un guardavía, por ejemplo, esto es bastante sencillo, pero ¿dónde está la autoridad que sabe cómo deben ser las cosas en nuestro cuerpo? Ese es un problema de una magnitud totalmente diferente.

Rudolf Steiner dio un nombre a esos poderes, esas esferas, esos seres, que conocen el secreto de nuestra naturaleza corporal. Ellos son de rango extremadamente alto, por supuesto. Pues, ¿qué sabemos sobre nuestro cuerpo? Cualquier profesor de fisiología, incluso si es un experto en su campo, reconocerá, si tiene también la suficiente modestia, que en realidad sabemos muy poco. Una y otra vez leemos en los diarios que hemos avanzado muy poco en el campo de la investigación sobre el cáncer. No sabemos realmente lo que es el cáncer. Todo lo que podemos hacer es observar: cuando sucede *esto*, es probable que suceda *aquello*. ¿Pero por qué? Ese es un gran misterio. En épocas pasadas se decía que el cuerpo humano es la más alta creación de todo el mundo, de todo el universo. En la antroposofía, la autoridad que –para decirlo burdamente– posee el conocimiento perfecto del cuerpo recibe el nombre de *hombre espíritu*, en contraste con el “hombre físico”. Este es simplemente un término para indicar de dónde proviene

la facultad capaz de darnos todas estas advertencias. Pensemos simplemente en esas hermosas palabras de Novalis, que apuntan en la misma dirección.

El hombre nunca podría evolucionar si no pudiera sentir dolor; pues el dolor penetra todos los niveles del alma. Aprendemos a encontrar nuestro lugar apropiado en el mundo a través de ese dolor. No por nada decimos: “Hay que quemarse diez veces antes de...”, o “El que cae una vez, vuelve a caer.” Imaginemos que no nos estuviera permitido caer nunca. Debido al dolor de la caída aprendemos a caminar bien, a subir las escaleras sin peligro, aprendemos a mantenernos alejados de los objetos peligrosos. En la vida diaria, por lo tanto, el dolor es maravillosamente eficiente al proporcionarnos una guía. Este elevado hombre espíritu se encarga en la esfera corporal de que se nos haga una advertencia. Les debemos todo a los grandes y a los pequeños dolores. Es notable con qué rapidez el niño pequeño aprende todo. Un muchachito llora cuando se lastima la rodilla mientras juega, pero al instante siguiente ya está jugando de nuevo; sólo que se cuida un poco más. Cuánto más es “un poco más” depende de la madurez interior. A algunas personas les lleva más tiempo que a otras. Cualquiera sea el caso, siempre podemos aprender algo del dolor.

Otra cosa que se ve cada vez con más frecuencia en la actualidad es que se protege demasiado a los niños contra la fatiga física. No se los deja caminar largo trecho hasta la escuela, se los hace tomar el ómnibus o se los lleva en auto. Y si hace mal tiempo queremos protegerlos aún más. Sin embargo, nada hay mejor para los niños, en realidad, que sentir cansancio físico. Los niños saben esto instintivamente, desde luego. Después de un período de mucha pasividad, de pronto tienen que correr detrás de una pelota durante una hora y media sin parar. Hoy en día, muchos adultos sienten también algo parecido. Después de una semana sentadas ante un escritorio, detrás del volante y frente al televisor, muchas personas insisten en pasar todo el domingo cortando el pasto. Esto está lejos de ser una sana alternancia entre esfuerzo físico y relax. Cada vez menos experimentamos ese tipo de cansancio que es tan beneficioso para el sentido vital. Lo que conocemos principalmente (y por desgracia esto se aplica también a los niños de manera creciente) es un tipo distinto de fatiga, es decir, la que resulta del aburrimiento o de estar expuesto a demasiadas impresiones externas. ¿Qué creen ustedes que les sucede a los niños que van en auto a la escuela todas las mañanas, en lugar de caminar o ir en bicicleta? ¿No creen ustedes que esos niños no pueden evitar cansarse a causa de todo lo que ven pasar fugazmente mientras van sentados en el auto? Conozco un maestro que comienza el día escolar con actividad física antes de abordar la lección, pues de lo contrario no puede llegar a los niños. Esto es también algo que tiene que ver con el sentido vital.

También podemos aprender otra cosa de nuestro sentido vital. Pregúntense si se puede aprender algo del sentido vital que no sea a través del dolor y la fatiga. Una cosa sabemos con seguridad: si no tuviéramos ningún dolor en absoluto, no llevaríamos nada a cabo. El aprendizaje mismo es doloroso. Yo los veo a ustedes sentados aquí escuchándome con expresiones afligidas en los rostros, y doy gracias por ello, pues ustedes no comprenderían nada de lo que estoy diciendo si no sintieran al menos algo de dolor. Es menester esforzarse. Matar continuamente algo en su interior. Como ustedes saben, también en la escuela es imposible aprender algo sin el esfuerzo de escuchar al maestro y aceptar lo que viene de él. Con la discusión y la así llamada libertad únicamente, no se aprende nada. Piensen en esto: ¿por qué tenemos tantos narcóticos hoy en día? ¿No podría haber alguna relación entre todos estos narcóticos y esta así

llamada libertad? Queremos educación sin dolor. Cuando un niño pregunta algo, se le debe dar una respuesta inmediatamente. Que nadie permita que se produzca la dolorosa situación en que el niño deba esperar un poco, ¡Dios nos libre y guarde! Y si el niño quiere darse un gusto, lo obtiene al instante, pues ¡le causaríamos un dolor si no se lo diéramos! ¡Sería inhumano!

Pensemos detenidamente en la idea de querer educar a un niño sin dolor. Estaríamos comenzando desde el vamos con un tipo de narcótico. Piensen en la manera en que a menudo se cuentan los cuentos de hadas. Con cuánta frecuencia son expurgados, pues ¿no es aterrador para el niño escuchar una historia de miedo? ¿No es criminal el lobo feroz? Y que le abran la barriga de un tajo es horripilante y cruel. ¡El niño no debe sentir dolor ni ansiedad! Todo ha de ser suave como el plumón. Sin embargo, en cuanto el niño comienza a hacer un poco más las cosas a su manera, aparecen los extremos en la otra dirección. Las dos cosas van de la mano, pues el ser humano quiere ese otro lado también. Lo extraordinario de todos los buenos cuentos tradicionales es que se ajustan perfectamente al sentido vital, a la constitución del niño. En todo cuento de hadas hay un equilibrio perfecto entre pena y alegría. El cuento de hadas alcanza una apoteosis. Todos esos pasajes emocionantes y terroríficos del cuento de hadas son completamente existenciales, aun cuando los hechos descriptos puedan ser con frecuencia drásticos. La malvada madrastra tiene que ser aplastada por la enorme piedra del molino. ¿No es esto encantador? ¿Cómo si no ha de ser destruido el mal? No debemos tomar todo esto literalmente. El niño nunca se imagina literalmente cómo es una piedra de molino, por supuesto. Quienquiera que afirme lo contrario está diciendo tonterías. El niño todavía disfruta de los cuentos de hadas con su constitución. Y en ella debe haber equilibrio entre lo negativo y lo positivo. El cuento de hadas está siempre compuesto de maravillas: el alivio siempre llega al final. El niño sólo puede superar la ansiedad y la agitación de manera adecuada si el cuento de hadas se cuenta en su forma original, sin suavizar las palabras, con exactamente las mismas palabras originales. Aunque éstas le suenen algo fuertes al adulto, para el niño pequeño la palabra “fuerte” ni siquiera existe. Así como el niño tiene que sentir hambre y sed, también tiene que pasar por el hambre y la sed del cuento. Esto no significa que debemos exagerar la dramatización de estos cuentos de manera sentimental. En realidad, es la forma casual de contarlos lo que hace que sus imágenes cobren vida. Lo que sí es importante, sin embargo, es que el que relata tenga una relación íntima con esas imágenes.

Así pues, el niño comienza muy temprano a meterse en el sentido vital. Lamentablemente, cada vez menos madres tienen el instinto, el sentido común, de darse cuenta que un niño pequeño necesita tiempo de llanto. Siempre me alarma cuando oigo a una madre decir: “¡Tenemos un niño tan encantador, nunca llora!” Eso ya me preocupa mucho. Significa que hay algo que no está bien con ese niño. Desde luego, este llanto causa pena, pero al mismo tiempo sabemos que el niño es saludable. Advertimos esto con los deliciosos hipitos que le siguen al llanto.

Debido al dolor el ser humano aprende a contenerse. Uno aprende que puede esperar unos minutos más. ¿Tiene uno que sentarse a la mesa inmediatamente, o puede esperar algunos momentos más? ¿No puede uno recitar un verso o una plegaria, o tiene uno que echarse sobre la comida en el acto? Estas cosas llegan muy profundo. Este sentido de la constitución proviene de las esferas más altas, en las que, como se sabía en otros tiempos, la verdad y la falsedad son totalmente irrelevantes. Estos conceptos tampoco existen todavía para el niño. ¿Qué significado tiene una mentira para el niño? Eso es

algo para mucho más adelante. “Uno siempre tiene que decirle al niño la verdad,” dicen muchos padres. “Así que la cigüeña no existe.” “¿Qué cigüeña no existe?” yo les pregunto siempre. Los niños tienen que escuchar la panza de la mamá, pues allí es donde está el bebé. ¿Saben una cosa? Yo he hecho muchos partos en mi vida. Pero todavía no he visto un niño salir de la madre. Sí, su cuerpo sale, por supuesto. No tengo dudas sobre ello. Pero ¿quién puede creer que el niño *mismo* proviene del cuerpo de la madre? ¿Puede alguien creer tal locura? El niño no sale de un cuerpo. Todo lo contrario, el niño tiene que *meterse* en un cuerpo. Y, entonces, ¿de dónde viene el niño? Ese enigma siempre se ha contestado así: de un ser angelical, un ser superior. Ahora bien, a un niño no se le puede decir “de un ser superior”, por supuesto, pero cuando aún teníamos muchas cigüeñas, podíamos señalar una y decir: “De allí es de donde vienes”. Esto ha sido olvidado, por supuesto. Tenemos que ir al extranjero para ver cigüeñas. Y entonces podemos ver que verdaderamente parecen ángeles cuando, con sus grandes alas, sobrevuelan las ciudades y los valles. Es algo maravilloso de ver. Tal vez ustedes comprendan ahora que este cuento de las cigüeñas no es tan rebuscado después de todo.

Como se ve, todas estas leyes de la vida se han perdido totalmente. La gente en realidad ya no sabe nada de la vida. Y eso es lo extraordinario acerca del sentido vital. Le sigue señalando al hombre su esencia superior. Ya me he mencionado que en nuestro sentido del tacto hemos abandonado el mundo divino, pero de tal forma que conservamos un recuerdo, un anhelo de reunirnos con él. El sentido vital, en cambio, que a la larga nos enseña sobre el dolor, nos proporciona la llave del portal que conduce desde el alma al reino donde nuestro ser superior se encuentra en casa. Podemos entender mucho sobre nuestra época, y su falta de conciencia, si sabemos que muchos problemas son causados por la tendencia a igualar todo; no se deja que exista ninguna pena, etc. Por supuesto, esto entonces engendra un tipo de pena totalmente distinto. Se puede sellar una pava cuando está bajo presión, pero el vapor encontrará otra vía para escapar.

También el así llamado estilo no autoritario de crianza produce niños débiles. Aquellos niños que siempre se salen con la suya, cuyos caprichos son siempre satisfechos, más adelante se acobardarán ante el menor desafío.

Volvemos aquí a la cuestión de los *narcóticos*. Se trata también de un tipo de dolor. Las personas que pueden soportar los dolores comunes de la vida diaria, pueden también aceptar el dolor del destino. Cuando uno trata por todos los medios de evitar su destino, este dolor toma una ruta diferente, una ruta muy siniestra. Entonces uno busca refugio en todo tipo de narcóticos. En nuestra cultura se libra una gran batalla por nuestra conciencia. ¿Lograremos de todos modos perdurar en esta época dramática, o es que la conciencia tiene que despertar? Pues este dolor tiene tanto alcance que invade toda la naturaleza. San Pablo dijo: “La naturaleza también ansía redención.” No estamos precisamente esforzándonos por redimir a la naturaleza. Pero si esto no sucede, veremos al final que una tremenda catástrofe alcanzará a la humanidad. Sucederá exactamente lo mismo que les sucede a las personas cuando no se cuidan bien: perecen, como resultado de no tratar bien a sus cuerpos. Esto sucederá con el macrocosmos si el hombre no lo trata con un poco más de conciencia.

(*) N.delT.: En inglés *it*, pronombre impersonal de tercera persona singular que se aplica a cosas o sujetos impersonales. *It* puede corresponder al español *él/ella* –o incluso *ello* en algunos contextos, pero en general en español no se utiliza pronombre alguno para referirse a las cosas o a los sujetos impersonales. No decimos, por ejemplo *Ella es una mesa*. El sentido de *it* aquí es el de *cosa, objeto, algo*.

Capítulo 2

El sentido del movimiento propio y el sentido del equilibrio

Continuamos hoy con nuestro estudio de los sentidos. La última vez, comenzamos con el sentido del tacto. Y vimos que, con el tacto, nunca penetramos en el mundo exterior. Por el contrario, penetramos en nuestra propia naturaleza corporal. Debido al tacto, tomamos conciencia de nuestro propio cuerpo físico. Esto es lo contrario de lo que experimentamos a través del ojo. Cuando uno mira algo, nunca se ocupa de estar consciente de su ojo. Cuando uno mira, nunca tiene la sensación de que algo está haciendo contacto con su ojo. En cambio, eso es lo típico del sentido del tacto. Cuando tocamos, nos encontramos realmente atrapados dentro de nuestra naturaleza corporal. He tratado de explicar que en la infancia –ya incluso desde la cuna –aprendemos gradualmente a abandonar la unidad cósmica original en la que existíamos; poco a poco vamos definiendo los límites de nuestra existencia corporal. Lo extraño es que existe una paradoja en el sentido del tacto. En el fondo, nunca olvidamos que una vez estuvimos conectados con el mundo, y en las profundidades del sentido del tacto permanece vivo el anhelo de reconectarnos con ese mundo original. Es por eso que siempre sentimos la necesidad de expresar toda intimidad a través del sentido del tacto. Conservamos la esperanza de entrar finalmente a ese mundo por medio del tacto, pero siempre nos encontramos con una pared. Y como ustedes saben, nunca la podemos atravesar. Cuando acariciamos algo o a alguien, se trata en realidad de una gran ilusión. Y de este gran anhelo, que vive en el fondo del sentido del tacto, de este anhelo primordial, puede surgir, en el ser humano que alcanza la adultez, el sentimiento que hemos descrito como el sentimiento de que existe un mundo divino. Este sentimiento se lo debemos realmente al tacto. En otras palabras, si no pudiéramos establecer nuestros límites corporales, jamás podríamos después tener este anhelo por lo divino. Queda así en claro que con el tacto no observamos el mundo exterior, sino que tomamos conciencia de nuestros propios límites corporales.

Es distinto con el sentido vital. Este es el sentido que usamos para observar nuestra constitución, para tomar conciencia de todos nuestros procesos vitales. Por medio de nuestro sentido vital notamos si nos sentimos bien o mal, si estamos cansados, si nos estamos por enfermar, o si tenemos hambre o sed. Todo este tipo de información que nos llega a la conciencia son observaciones de nuestros procesos vitales, que de manera abstracta podemos llamar nuestra constitución. En antroposofía, hablamos de un complejo de procesos vitales en lugar de usar el término abstracto “constitución”. También podemos, como en griego, denominarlo el *cuerpo etérico* del hombre. Lo que observamos con el sentido vital son en realidad los procesos vitales etéricos del ser humano, articulados entre sí con fina precisión, o, por lo menos, su actividad. Los médicos, en consecuencia, le están muy agradecidos a este sentido, ya que son las señales del sentido vital las que impulsan a alguien a ir a ver al médico.

Con el sentido vital, pues, observamos nuestro cuerpo etérico, nuestro cuerpo vital. Hemos visto que, para este sentido, la forma extrema de observación es el dolor. Hablamos en detalle sobre el dolor y vimos que el dolor es, en cierto sentido, significativo en nuestra cultura. Allí donde el dolor es evitado, sofocado, extinguido,

hay algo importante que nunca ha de surgir: la compasión. Jamás podríamos sentir compasión por otra persona si nosotros mismos no hubiéramos experimentado el sufrimiento –esto sería imposible. Por eso es que todo niño se cae por las escaleras de vez en cuando, y siempre, inconscientemente, necesita un poco de sufrimiento como algo natural. Por eso es que cuando un muchachito sale a jugar, ha de volver a su casa con por lo menos cinco cortes y moretones. En el fondo del alma todos sabemos que nunca podríamos ayudar a otro ser humano en su sufrir si nosotros mismos no practicáramos continuamente el sufrimiento. Alguien que nunca ha sufrido, simplemente no puede ser de mucha ayuda para otra persona.

Es con la experiencia del sufrimiento que un impulso sumamente importante le ha sido dado a la humanidad. Se trata del impulso que produce la compasión y la conciencia. Algo muy particular es responsable de esto. ¿Qué es lo que nos da la advertencia? Esta advertencia debe provenir de una fuente extremadamente elevada. ¿Quién es, ¡por Dios!, el que sabe cuándo algo anda mal en el cuerpo? Y, por cierto, esto sólo es posible “por Dios”, ya que tiene que provenir de la misma fuente que originó la posibilidad de la idea del cuerpo humano en su totalidad. ¿Y no es acaso el cuerpo una idea, y no una especie de pequeña fábrica, no algo armado al azar? En antroposofía se utiliza el término “hombre espíritu” para denominar a esta majestuosa idea de la forma humana. ¿No ha de ser la forma humana originariamente una idea? Por extraño que parezca, no podemos ver el cuerpo humano. Sólo vemos la cáscara material. El cuerpo, por supuesto, es en realidad una sensacional idea divina. Y es de esta “autoridad”, de este hombre espíritu, que nos desviamos cuando sentimos dolor. Nos desviamos, pues, de la imagen espiritual primordial del hombre –eso es lo que sentimos. Con el dolor de cualquier tipo, nos encogemos, por así decirlo, perdemos nuestra “plenitud”. Todo dolor, o mejor dicho, su origen, deriva del más elevado estado de nuestro ser, el hombre espíritu.

Hoy en día estamos cada vez más familiarizados con los términos astrológicos. La mayoría de la gente sabe cuál es su signo y, en especial, cuáles son las características positivas de dicho signo. Nuestros sentidos también están relacionados con los signos del zodiaco. Pero no vayan a pensar que determinada constelación emite algún tipo de vibración que origina a determinado sentido. Como mucho, podemos decir que hay ciertos arquetipos que aparecen en el ser humano. Estos mismos arquetipos están organizados en un cierto orden en los signos del zodiaco. A su tiempo, iremos viendo durante este curso que dicho orden también se aplica a los sentidos.

Con respecto al sentido del tacto, he dicho que la manera en que el ser humano adquiere conciencia de sí mismo, de su propia naturaleza corporal, por medio del mundo es un proceso muy sutil. Esto refleja el principio de la Balanza (*Libra*, Ω). Uno sabe que uno es un microcosmos en relación con un macrocosmos. Así es como uno debe pensar de Libra: está explorando la relación del macrocosmos con el microcosmos. Lo mismo ocurre con el sentido del tacto. A través del tacto uno adquiere conciencia de su propia microcósmica, pequeña y constreñida totalidad en relación con el gran cosmos, con el que uno se topa continuamente.

El próximo signo del zodiaco es el Águila o el Escorpión (*Escorpio*, \mathcal{M}). El águila, como lo atestiguan diferentes fuentes, es el más alto arquetipo del hombre. Y el escorpión es la contra-imagen, la imagen del águila “caída”. Podemos, pues, responder astrológicamente a la pregunta sobre qué es el dolor: el dolor es la sombra proyectada por el águila, que entonces se convierte en escorpión. Los extremos opuestos que existen en el zodiaco como polaridades –el águila caída transformada en escorpión, por

ejemplo – están siempre presentes. La caída sólo puede ocurrir cuando algo está originariamente en lo alto. En consecuencia, la mayor caída en el zodíaco ocurre en el reino más elevado. También sabemos que el diablo fue alguna vez un ángel, un ser superior, cuyas alas se quemaron. Se pueden tomar muchas otras imágenes como éstas. El dolor, pues, indica al ser humano la “caída”, en su interior, de algo perteneciente al más alto orden, así como el escorpión es el águila marchita, por así decirlo.

Hoy nos dedicaremos a otro sentido, el *sentido del movimiento propio*. Estamos aquí en un terreno completamente diferente. No vayan a tomar al sentido del movimiento propio como la capacidad de moverse. Podemos movernos, ciertamente; tenemos capacidad para el movimiento. También podemos, sin embargo, advertir que nos movemos. Cuando *vemos* el movimiento de otra persona, vemos que el otro se mueve. Cuando movemos nuestra propia mano o pierna, no advertimos el movimiento mirándolo desde afuera. *Sentimos* en nuestro interior que nos estamos moviendo. Este es el sentido del movimiento propio. En la literatura científica este sentido es generalmente denominado sentido muscular.

Es muy extraño que no seamos amos de la totalidad de nuestro cuerpo. Si tenemos una nariz ganchuda, no podemos enderezarla así no más. Tampoco podemos parar nuestro corazón por un rato, o hacer que nuestros riñones funcionen con un poco más de vigor. ¡Hagan la prueba! En muchas partes de nuestro cuerpo, no tenemos el control. Sólo en ciertas áreas somos el jefe. Puedo mover la mano de izquierda a derecha. Puedo mover la pierna. Esto es posible gracias a los músculos estriados, etc. Y todo esto se debe a los procesos vitales. Sea como fuere, parte del cuerpo está a nuestras órdenes. Y que son “nuestras” es lo que percibimos. Yo percibo, sin lugar a dudas, que yo me muevo. También sé que soy yo quien mueve. Me daría un tremendo shock si de pronto mi brazo comenzara a moverse sin que yo lo quisiera. Esto suele ocurrir. Es una sensación muy desagradable cuando el brazo se mueve a causa de un espasmo, por ejemplo, sin que uno mismo lo haga. Uno siente que no es su propio movimiento. Pero en general, uno tiene control de su cuerpo. Uno se puede expresar con su cuerpo, moverse con su cuerpo. Y uno percibe esto, y a esto lo denominamos el sentido del movimiento propio o, abreviadamente, el sentido del movimiento. Y a la capacidad de moverse, a ese principio dinámico, se lo denomina, en antroposofía, el *cuerpo astral*. Las plantas no tienen cuerpo astral. No pueden realizar movimientos. Cuando nos movemos, percibimos el cuerpo astral. Volveré sobre esto más adelante.

“Astral” se refiere a aquello que está relacionado con los astros (y, por ende, también con el sol). Quizás puedo clarificar esto de la siguiente manera: así como el sol proporciona energía, y debido a su energía hace posible todas las cosas, el cuerpo astral es nuestra fuente de energía. De pronto traigo energía a mi cuerpo. Puedo levantar este crayón. Puedo levantar cierto peso, puedo gastar energía. Y a la fuente de esa energía la llamamos el cuerpo solar del ser humano, el cuerpo astral, el cuerpo estelar. No importa qué término usemos. Lo importante es que transmita algo.

¿Cómo se produce este movimiento? Rudolf Steiner expresó alguna vez algo extraordinario sobre los movimientos del ser humano. Dijo: *Miren, si hay allá un vaso de agua, y mi mano se mueve en esa dirección para tomarlo, yo, como persona común, digo: “Mi mano se mueve desde mí hacia el vaso de agua.” Eso es bastante obvio. Sin embargo, para un clarividente, se ve del todo diferente. Él diría: “No, esta mano no va de aquí hacia allá; va desde ese vaso de agua hacia mí. Una mano invisible va desde allí hacia aquí.”*

Ahora bien, Rudolf Steiner también sostenía, continuamente, que no debíamos aceptar simplemente por fe todo lo que él dijera, sino que debíamos también descubrir y estudiar las cosas por nosotros mismos. Tomemos pues un ejemplo simple y claro. Supongamos que tengo un vecino que vive aquí en A. Veo a este hombre salir cada mañana y –lo seguí unas cuantas veces –siempre se dirige a la ciudad B. Lo hace todos los días, así que puedo investigar el caso minuciosamente. Tengo mucho tiempo para organizar un extenso proyecto de investigación. De modo que contrato a un equipo para investigar. Le consultamos al vecino si estaría dispuesto a ser investigado y estuvo de acuerdo. Cada media hora debe detenerse para dar una muestra de orina así podemos examinarla. También hay un médico para controlar su presión arterial. Estudiamos todo sobre mi vecino, la secreción de transpiración, la respiración, etc. Todo es exhaustivamente examinado, ya que queremos saber cómo llega desde A hasta B. También hemos contratado a un meteorólogo que mide la velocidad del viento, la temperatura y el estado del tiempo. Tenemos, además, un experto en procesos geológicos para poder estudiar los rayos y el magnetismo terrestres. Queremos saber absolutamente todo lo que haya que saber sobre por qué mi vecino va desde A hasta B todas las mañanas. Bien, creo que ustedes están empezando a ver adónde quiero llegar con esto. Puedo estudiar esto durante años y, sin duda, llegar a las más interesantes conclusiones. Puedo escribir volúmenes enteros sobre todo lo que he averiguado sobre este hombre que va desde A hasta B. Pero hay una cosa que jamás averiguaré y eso es: ¿por qué va hasta B? Simplemente no lo sé. Nunca lo averiguaré a pesar de toda la información recogida, incluso si tengo sus EEGs. No importa lo que investigue, sea por mí mismo o con un equipo científico de 100 personas con el instrumental más avanzado, jamás averiguaré por qué este hombre va desde A hasta B. Haría mejor en preguntarles a las personas que viven con él. Y ellos me darán la respuesta: *Oh, B es donde vive su novia*. Y esta es la única respuesta correcta: va a B porque visita a su novia. Pero ¿qué es lo que estamos diciendo ahora? Él va a B porque ha planeado ir allí. Nunca llegará a B si no lo ha planeado. El plan ya está allá cuando él sale de su casa. Sus pensamientos, sus planes ya están en B. Porque planea ir a B, él ya está en B. No quiero decir físicamente. No, evidentemente hay algo suprasensible. De manera que, desde el punto de vista de este “planificador” dentro del ser humano, uno en verdad parte desde B. El científico sólo ve el cuerpo de mi vecino moviéndose desde A hasta B. Mi vecino, en cambio, ya está en B con sus pensamientos. Ya está allí *él mismo*, en realidad, y desde allí arrastra a su cuerpo hacia él. Esto es algo que ocurre comúnmente y que todos conocemos. Mi brazo, también, llega hasta el vaso porque el brazo ya está allí. Mi brazo nunca llegaría hasta el vaso si yo no tuviera el plan de tomarlo. En el momento en que yo quiero ese vaso, ya está todo en marcha; mi brazo sólo sigue el plan que ya existe.

Estamos muy poco acostumbrados a tener en cuenta los hechos suprasensibles, y estamos rodeados de ellos. Basta con observar el tránsito en la calle. ¿Por qué andan esas personas de un lado para el otro? Porque todas tienen un plan –una quiere ir al cine, otra quiere visitarme, otra más quiere visitar a alguno de ustedes. Todos tienen un plan, pero esto es algo que no podemos ver. ¿Qué controla en realidad este tránsito? Todos esos planes. Cuando uno piensa sobre esto, comienza a darse cuenta de lo que Rudolf Steiner quiere decir cuando expresa que un clarividente también puede ver al “planificador”, cuando éste invierte los puntos en los que el movimiento empieza y termina. Esto es así para todo lo relacionado con los movimientos de las personas; nunca se puede explicar un movimiento sin incluir el plan que está detrás.

Por supuesto, recoger un vaso de agua, o ir desde A hasta B, son sólo minúsculos elementos de un plan mucho mayor, que denominamos el *plan de vida*, también llamado *karma* en antroposofía. Esta es la *biografía* del ser humano. Sobre esto también Goethe puede enseñarnos mucho: cuando queramos entender algo en parte, hemos primero de comprender la totalidad mayor. Debemos entender: cada movimiento que completo es sólo un pequeño componente de mi vida. La totalidad es la trayectoria de mi vida.

¿Cómo se ve realmente la trayectoria de la vida? Este es el movimiento más extendido, que todos hacemos desde el nacimiento hasta la muerte. De hecho, después del nacimiento celebramos el primer cumpleaños, luego el segundo, luego el tercero, etc. En nuestra biografía envejecemos todo el tiempo, y esto continúa hasta que en determinado momento morimos. Uno cuenta desde el nacimiento. Cuando nos preguntan qué edad tenemos, contamos desde el momento del nacimiento. Esta es nuestra biografía. Ahora bien, ¿podemos entender esta biografía al revés? ¿Podemos entenderla de la misma manera que con el hombre que quiere ir desde A hasta B, rodeado de un impresionante equipo de investigadores? ¿Entendemos la biografía de alguien si empezamos al comienzo? Trataré de hacer un bosquejo, usando un ejemplo tomado de la vida de Goethe.

Cierto biógrafo escribe que Goethe era muy sensible y que esto era lógico pues su madre era muy sensible y su padre, también. Debido a que era tan sensible y abierto a todo, también tenía un gran sentido de gratitud con respecto a la naturaleza. A los seis o siete años, construye un pequeño altar con trozos de musgo y otros objetos de la naturaleza, y enciende una vela en este altar utilizando una lupa y el sol de la mañana – ¡una ceremonia muy religiosa para un niño de siete! Bien, un poco más adelante, presencia una representación de *Fausto* por parte de un teatro itinerante de marionetas. Esto le causa una gran impresión, nunca lo olvida. Más adelante, va a la universidad y conoce a muchas muchachas bonitas, y todavía piensa en aquél *Fausto*. Pues bien, vemos ya asomar el personaje de *Gretchen*. Más adelante aún, conoce a Schiller y a Eckhart y a todo tipo de gente muy interesante, y se encuentra con los textos de *Fausto*. Hay quien le dice: “Goethe, has estado interesado en esto durante bastante tiempo, ¿por qué no trabajas sobre ello y escribes una secuela?” Y vemos así aparecer al Fausto de Goethe con total claridad.

Muchas biografías están escritas de esta manera. Lo que le sucede a las personas se explica por lo que les ocurrió antes. Se trata de encontrar la conexión causal: lo que nos ocurrió aquí nos envía hacia allá. Si uno pasó por esta experiencia, tuvo aquella otra como resultado. De esta manera, se espera que una persona produzca música y que otra se convierta en criminal. Con frecuencia, están escritas con tanta inteligencia que uno, como lector, se olvida de hacer algunas preguntas muy simples. ¿No existen acaso miles de personas sensibles, miles de niños sensibles, pero muy pocos que construyan pequeños altares? La función de marionetas fue vista por millones de niños, y, sin embargo, no todos ellos escribieron *Fausto*. No hay un solo estudiante que no haya visto muchas bonitas, pero no hay muchos individuos que hayan logrado la creación de un personaje como *Gretchen*. Y todos esos grandes eruditos que Goethe conoció, pues, pudieron haber sido conocidos por mucha gente. ¡Uno podría leer sus obras!

Ya ven, la cosa es un poco más complicada. Y luego llegamos a la gran pregunta: ¿Cómo es que una persona va por la vida de una manera y otra de una manera distinta? En primer lugar, las cosas que nos causan una impresión varían mucho. Por ejemplo, dos personas –pueden incluso ser mellizas –están en un auditorio o leen un libro juntas, y una de ellas puede estar absolutamente cautivada por cierta oración, mientras que la

misma oración pasa totalmente desapercibida para la otra. ¿Por qué ciertas cosas nos causan una impresión y otras no?

Cuando no entendemos algo como esto, siempre usamos un término extravagante. Decimos que es nuestra “disposición”. ¿Qué es en verdad esta disposición? Y es así que llegamos al misterio de la biografía. ¿Cómo es que una persona toma conciencia de esto o aquello, mientras que otra ni siquiera se da cuenta –no le encuentra nada de particular? Quizás la mejor forma de expresarlo sea esta: cuando uno mira hacia atrás, puede categorizar su vida en dos áreas (aproximadamente, por ahora): las cosas con las que *nos topamos* y las cosas con las que *nos encontramos o conocemos*. Son cosas totalmente diferentes. Nos topamos con miles de diferentes cosas todos los días, pero sólo nos encontramos con las cosas especiales. Y con respecto a estos encuentros uno se da cuenta, cuando aplica un poco de psicología profunda, que nunca se trata realmente de coincidencias. Le corresponden a uno, de alguna manera. Los que quieren expresarlo con más profundidad dicen: “Es extraño, pero cuando me encuentro con algo, siento algo así como cuando reconozco algo.” Ahora sí estamos arribando a algún lado. Vemos algo que nunca hemos visto antes, conocemos a alguien que nunca hemos visto antes, oímos una melodía que nunca habíamos oído antes, y, de pronto, sentimos: “Esto lo conozco de alguna parte.” ¿No ocurre acaso a menudo que cuando las personas se encuentran en la vida -no necesariamente en la primera ocasión o en el primer instante, a veces toma más tiempo –se dan cuenta: “Tenemos algo que ver el uno con el otro”? Y no tiene que ser sólo entre amigos. También “encontramos” a nuestros enemigos. Pero, bueno, esas son las únicas personas que realmente encontramos: amigos y enemigos. Entre esos dos extremos, todos son neutrales, no tienen nada que ver con nosotros, nos pasan por al lado. En particular, si uno tiene una pelea con alguien, no puede decir: “Eso pertenece a otra corriente kármica, no tiene nada que ver conmigo.” Aquel con quien uno tiene una pelea debe tener algo que ver con uno. Eso es bien obvio, ya que, por lo menos, algo pasa.

Cuando uno empieza a trabajar sobre esto intensamente, uno comienza a darse cuenta de que esencialmente la biografía tiene el mismo carácter, a gran escala, que todos esos pequeños movimientos (como tomar un vaso, por ejemplo) a pequeña escala. ¿No sería posible que exista no sólo una corriente temporal desde el nacimiento hasta la muerte, sino también una que va hacia atrás desde la muerte al nacimiento? ¿Sería eso tan extraño? Debemos expresarlo un poco más elocuentemente: ¿No sería posible que vengamos a esta tierra con un plan específico? ¿No es eso más claro que hablar de “disposición”? ¿Qué es la disposición, después de todo? ¿Como si se tratara de algo en los cromosomas! ¿No podríamos tomar esto como hipótesis de trabajo? ¿Acaso no viene todo ser humano a esta tierra con un plan que es bien específico?

Quizás conozcan ustedes la historia de Creso y Solón. Solón era un hombre sabio y Creso era un hombre que poseía muchos camellos, mucha tierra y muchas esposas. En cierta ocasión, Creso se encuentra con Solón y le dice: “Quisiera que me dijeras algo. ¿No crees que soy un hombre admirable y grande?” Y Solón entonces le da su famosa respuesta: “No lo sé. No puedo juzgar eso, así como no puedo juzgar un libro antes de haber leído la última página.” Solón, pues, no puede juzgar a Creso; sólo cuando Creso haya muerto, podrá Solón juzgarlo. Sólo entonces podrá juzgar qué tipo de individuo fue Creso en realidad; así como sólo se puede entender un libro cuando se lo ha leído hasta la última página.

En esta conversación surge la comparación entre la vida humana y un libro. Pensemos en cómo se escribe un libro. Tomemos un caso sencillo, una novela de misterio, por ejemplo. El escritor de novelas de misterio comienza por la última página, ¿no es así?

Allí es donde se encuentra la solución al crimen. Que es lo que le da pie al autor. Así es como se escribe un cuento de misterio.

Ahora bien, no todas las vidas humanas son novelas de misterio, aunque en ciertos aspectos lo son. Uno se da cuenta de esto en conexión con ciertas cosas un poco más profundas. Descubrimos que, claramente, así sucede con los artistas. Un poeta está escribiendo una poesía. De repente, se le ocurre una frase. Luego se queda trabado durante un rato, pero, súbitamente, comienzan a llegarle una frase tras otra, y, en algún momento, la poesía está terminada. Esto le da al poeta una sensación muy especial. Cuando termina de escribir la última frase, lo sabe: “Esta última frase, esto era de lo que todo realmente se trataba.” También tiene, entonces, la sensación de que todo, en realidad, derivaba de esa última frase. Todo artista creativo sabe, al poner el último trazo sobre el papel, habiendo completado su creación, que esto es lo que contaba.

Tendrán ustedes que acostumbrarse al hecho de que en el mundo suprasensible todo funciona de manera opuesta a lo que ocurre en el plano físico. Toda biografía es, por cierto, una especie de libro, y su comienzo, su plan, se encuentra en el punto en que ocurre la muerte, o un poco antes (o después, no importa cómo se quiera expresarlo), y desde allí procede hacia atrás en el tiempo. Sólo cuando nos damos cuenta de esto, podemos comprender la vida de alguien. Sólo entonces nos damos cuenta, de pronto, por qué un Schiller o un Eckhart hicieron una impresión tan profunda sobre Goethe. Y también comprendemos por qué el teatro de marionetas le causó tan profunda impresión. Y es que la primera regla de la biografía es: *Lo único que puede causarnos una verdadera impresión es aquello que habíamos planeado encontrar*. De otra forma no podría habernos causado una impresión; eso es algo totalmente impensable. Así es como sucede también con el momento de reconocimiento, ese momento cuando decimos: “Sí, en verdad yo lo estaba buscando, y ahora lo tengo frente a mí.” Aquí pueden ustedes ver que ahora podemos comenzar a entender algo de la trascendencia del movimiento humano. Exteriormente, va de aquí hasta allí, desde aquí hasta el vaso, desde A hasta B. Interiormente, es exactamente lo opuesto. No podríamos realizar ni un solo movimiento si este “planificador” no estuviera detrás.

Tenemos un plan biográfico que yace en las profundidades de nuestra alma. No sólo tenemos complejos, impulsos y frustraciones en la profundidad del alma, sino mucho más, que vive en nuestro subconsciente. Tenemos, por cierto, una disposición dentro de nosotros. En las profundidades del alma, todos tenemos nuestra propia biografía. Decir que esta biografía es algo acabado, es ir demasiado lejos, pero está presente potencialmente, y nuestros movimientos se producen de acuerdo con ella. No nos moveríamos sobre la tierra si no tuviéramos este plan de vida.

Ahora bien, no vayan a creer que nosotros, los adultos, sabemos mejor qué movimientos realizar. Con frecuencia, los niños saben esto mucho, mucho mejor. Podemos desear con todo el corazón que nuestra bien educada hija no se junte con ese niño grosero y mal educado que vive enfrente porque él será una mala influencia sobre ella. De todos modos, en determinado momento los dos se encuentran y, de ahí en más, son inseparables. Todos hemos pasado por este tipo de experiencia. El encuentro entre dos niños es un misterio total. Nadie puede explicarlo. No tiene nada que ver con que los dos sean compatibles o no. Los niños pueden pelear continuamente, pero, al mismo tiempo, no soportar estar el uno sin el otro. Hasta que, de pronto, de un día para el otro, la amistad se termina. O la familia se muda a otro lugar. Uno pensaría que los niños van a estar muy afectados. Pero pronto se olvidan completamente del otro. Sin embargo, especialmente en la vida de los niños, los encuentros son sólidos, no hay nada que uno pueda hacer al respecto. No hay opción. Es como si el niño supiera que tiene que venir a

esta tierra para adquirir cierta experiencia de vida a través de otro niño. El niño sabe que hay un maestro con quien tiene que encontrarse. Y tampoco elige a esos padres por accidente.

Podríamos tratar de mirar nuestra vida de manera que todo lo que ahora llamamos coincidencia sea, en verdad, un incidente que nos llegó porque era nuestro plan encontrarlo. En un primer momento, el ejercicio no nos resulta difícil, por supuesto, porque primero elegimos todas las cosas agradables. Pero eventualmente comenzamos a darnos cuenta de que las experiencias amargas de la vida fueron las más significativas. Todo fue necesario para cumplir con el plan de vida.

No sólo tenemos nuestra base en el sentido vital –el ser excelso que sabe cómo nuestro cuerpo debe funcionar –sino que también tenemos la base de una biografía en lo profundo del alma. En antroposofía, todo lo que se conecta con el sentido del movimiento propio, todo lo que nos mueve, en realidad, todo lo que es biografía en nosotros, todo lo que tiene una existencia oculta dentro de nosotros, se llama *espíritu de vida*. Este es un término muy acertado pues, como ustedes saben, utilizamos la palabra “vida” en dos sentidos. Algo está vivo, una planta está viva, nuestro cuerpo está vivo – está impregnado de procesos vitales; vivimos en sentido natural. Pero también vivimos en sentido espiritual. Si pregunto: “Cuéntame de tu vida”, no quiero decir: “¿Cómo anda tu corazón o cómo andan tus riñones?” Lo que quiero decir es: “Dime algo sobre tu biografía.” Utilizamos el término “vida” en sentido natural y también en sentido cultural. Esta es la vida de esta persona, decimos. Y el plan de vida que está en las profundidades del alma es lo que llamamos espíritu de vida.

¿Cómo se interconectan todos estos planes que tenemos individualmente? ¿No está mi vida inseparablemente entrelazada con la de muchos otros, que han contribuido a convertirme en lo que soy? En antroposofía hablamos de Cristo como el Señor del Destino. Esto es todo lo que diré al respecto por ahora. Por el momento, sólo recuerden el término “espíritu de vida”, la denominación que hemos dado a la trama de la vida del ser humano en el plano cultural. Con esto espero haber dejado un poco en claro qué es realmente la disposición del ser humano, y que debido a esa disposición tenemos encuentros con las cosas que nos rodean, porque ese es nuestro plan.

Ahora bien, no vayan a tomar todo demasiado estrictamente. No estoy diciendo que no podríamos encontrar nada que no hayamos planeado encontrar. Las cosas no son así. No estamos aquí sólo para seguir un programa en la vida. Podemos también, por cierto, tratar de establecer una relación con cosas que no son para nosotros, por decirlo de alguna manera, cosas que son ajenas a nuestro interés. De lo contrario, permaneceríamos eternamente dentro de nuestro propio estrecho horizonte. Pero, en lo personal, podemos hacer una clara distinción entre las cosas para las que tenemos aptitud y aquellas para las que no la tenemos. Esto sucede ya en la escuela. Allí es donde ya nos dimos cuenta de nuestras fortalezas y debilidades. Por fortuna, todavía quedan escuelas en las que no hay que empezar con materias optativas desde el principio. Y es que si un niño debe empezar con materias opcionales muy temprano, nunca se acostumbrará a nada nuevo. El niño indudablemente tiene la necesidad de explorar nuevo territorio, aun cuando sepa que nunca lo dominará, que no tiene cabeza para ello, que está fuera de su alcance. Aquellos de ustedes que ya hayan leído algo sobre este tema sabrán que estoy hablando sobre el *viejo karma* y el *nuevo karma*. Tenemos un viejo karma, que “reconocemos”, pero también formamos nuevo karma, al desarrollar nuevos intereses. Ustedes mismos pueden ver la diferencia fácilmente: aquello que les resulta fácil tiene que ver con su disposición, con su plan de vida; pero

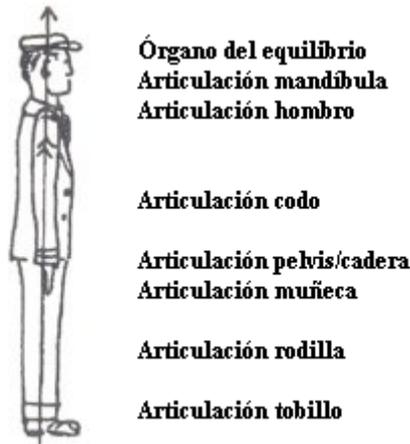
las cosas que deben adquirir con gran esfuerzo son, por lo menos, igual de importantes para su futuro. De lo contrario serían individuos totalmente aislados.

Esto es lo que quería decir sobre este extraordinario sentido por causa del cual tenemos movimiento. En el plano físico, es, por así decirlo, un gesto con intersección: nos movemos de aquí hasta allá, mientras que los “planificadores” van desde allá hasta aquí. Podemos ver que esto tiene clara relación con el Arquero (Sagitario, ♏). Aunque no todos seamos arqueros, todos podemos tener que usar un arma alguna vez. La primera instrucción que recibimos cuando vamos a disparar una pistola (o un arco y flecha, lo que quizás sea un poco más elegante) es que nunca debemos tener la sensación de que estamos disparando de aquí hacia allá; tenemos que sentir que ya estamos en el centro del blanco, pues sólo entonces daremos en el centro del blanco. Tenemos que estar allá afuera, con el blanco. Si sólo le apuntamos desde aquí, nunca le acertaremos. Tenemos que sentir: mi blanco está allá. Entonces tendremos mucha mejor chance de acertarle. En todos los procesos de apuntar, se aprende que hay que comenzar desde el blanco, desde el objetivo. La bala o la flecha son atraídas desde allí. Esta es la esencia del Arquero; cuando apunta, fija una meta, un objetivo.

Bien, pasaremos ahora al próximo sentido, que es el del *equilibrio*. Los puedo ver pensar “Ah, yo conozco ese sentido, me es familiar. ¡Puedo mantener el equilibrio sin problemas!” Sin embargo, también tienen que preguntarse: “¿Cómo se logra este mantener el equilibrio?” Parece todo muy simple, pero en realidad es bastante complicado. Una cosa es cierta: sólo podemos mantener el equilibrio dentro de un campo gravitacional. No se puede mantener el equilibrio en la nada. Si fuéramos todos seres flotantes no podríamos mantener el equilibrio tan fácilmente. El niño pequeño tiene que aprender a pararse; debe primero aprender a sentirse como en su casa en la tierra; necesita un suelo sólido para mantener el equilibrio. Así como uno se introduce a gatas en su casa corporal por medio del sentido del tacto, y así como uno puede sentir a su cuerpo con el sentido vital, de la misma manera puede uno vivir en esa casa por medio del sentido del movimiento (pues eso es lo que uno hace con el movimiento, vive en esa casa al realizar un movimiento). Pero con el sentido del equilibrio, uno va a parar al mundo exterior. Sólo podemos mantener el equilibrio en relación con otra cosa. No se puede mantener el equilibrio en relación con nada. Es necesario, en realidad, que haya un mundo exterior, y éste tiene que ser tierra firme. En el agua ya resulta bastante difícil mantener el equilibrio. En la práctica, es el elemento sólido aquél con el que comenzamos a sentirnos cómodos.

Todos ustedes saben que tenemos un órgano para el equilibrio. Se trata de esa hermosa estructura de canales semicirculares, que están ubicados a 90° uno del otro y que, por lo tanto, representan las tres dimensiones. Cuando nos encontramos ubicados en el espacio, sabemos qué es izquierda, derecha, al frente, atrás, arriba y abajo. Esto es un fenómeno natural. Cómo es que esto se relaciona con la cóclea del oído, cómo encaja lo uno con lo otro, es algo a lo que me referiré cuando hablemos del sentido del oído. Por ahora lo dejaremos a un lado. Ahora sólo estamos hablando de los tres canales semicirculares. La primera cosa de importancia a saber sobre este órgano del equilibrio es exactamente dónde está ubicado. Todos sabemos que el ser humano se para y camina en posición erguida. Espero poder dejar en claro que es inherente al hombre caminar en actitud erguida. Observemos a un soldado en posición de firme. Vemos que podemos trazar una línea a través de esta figura: una línea que atraviesa la articulación del tobillo, la articulación de la rodilla, pasa sobre la articulación de la muñeca, a través de la

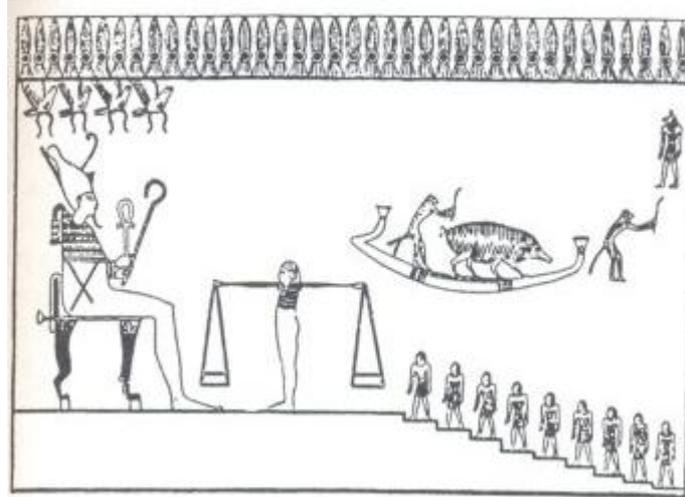
pelvis, a través de la articulación superior de la pierna, a través del codo y a través de la articulación del hombro. Pasando por la articulación de la mandíbula, esta línea atraviesa finalmente el órgano del equilibrio. Este soldado está realmente erguido, no más o menos. Por supuesto, uno puede decir: “Eso es exagerado. Normalmente nadie se para así.” Es cierto, pero, aun así, siempre tomamos esta postura como la norma. Se dice que a alguien le sobresale la panza, o que está encorvado, o que tiene la nariz en el aire. Notamos que alguien se para de manera anormal tomando la aquí descrita como referencia. Experimentamos el hecho de que el hombre en verdad se para en un plano vertical, a través del cual podemos trazar una línea recta.



El ser humano erguido

En el hombre, hablamos de un equilibrio inestable. El cráneo humano está constituido de tal manera que se sostiene en equilibrio sobre el tronco. No es el caso del chimpancé. El cráneo del chimpancé es completamente diferente. La mandíbula inferior cuelga fuera del cráneo, por así decirlo. Pero, como tal vez ustedes sepan, el cráneo de las crías de mono es bastante parecido al del hombre. Cuando comparamos el cráneo de una cría de mono con el de un mono adulto, parece increíble que el primero, tan similar al cráneo humano, pueda transformarse y llegar a la forma totalmente diferente del segundo. El cráneo de un mono joven es mucho más humano, con su delicada frente redondeada, que más tarde desaparece casi por completo. Los que pueden leer la naturaleza advierten que el mono debe haber descendido del ser humano, y no al revés. El mono joven tiene el aspecto de un hombrecito encogido. El mono adulto está mucho más alejado de la apariencia humana. El arquetipo del hombre se manifiesta solamente en la figura humana. En el reino animal, como principio, siempre se pierde. Ustedes podrían decir que la cacatúa y el pingüino también se paran erguidos. Pero no es así. Estos animales están, en realidad, completamente encorvados.

Los antiguos egipcios eran mucho más inteligentes en este campo. Decían que cuando un ser humano había muerto, se lo pesaba. En muchas pinturas se puede ver cómo el corazón y el alma eran pesadas por Anubis para ver si la vida del muerto había estado de acuerdo con su individualidad, con su plan de vida. Y cuando Anubis determina que no ha habido equilibrio, se puede ver cómo un monstruo devora el alma del fallecido. En la imagen que les estoy mostrando, la misma figura humana del muerto aparece como la balanza. Está en equilibrio, de modo que el monstruo puede ser sacado de escena.



De: From Fetish to God in Ancient Egypt de
Wallis Budge, Londres 1934

Cuando se disecciona un cráneo, se puede ver la conocida base del cráneo, y es allí donde se ubica el órgano del equilibrio, esos tres canales semicirculares. Éstos y todas las articulaciones arriba mencionadas están en un mismo plano. Se puede ver que el hombre, en su forma humana, es como una balanza en equilibrio. (Y cuando eso no sucede, decimos que camina encorvado o algo así.) Damos por sentado que esa es la forma en que el hombre es. Pueden ver, entonces, que el equilibrio es la expresión directa de nuestro ser mismo. En antroposofía, este ser es denominado el “Yo” —el yo del ser humano. Esta es en verdad la manera en que lo sentimos. Sentimos que la figura humana es la expresión de nuestro Yo por el hecho mismo de que caminamos erguidos. Sentimos al Yo como una línea recta en el ser humano. Así como el individuo es un Yo, su figura es una entidad. Esto lo sentimos, en realidad, en nuestro equilibrio. Y en este órgano del equilibrio, el Yo establece una conexión con el mundo que nos rodea.

También podemos ver esto cuando un niño se pone de pie por primera vez. Esto siempre constituye un gran triunfo. El niño comienza de pronto a sentir su propio ser, y esa es una experiencia tremenda. Antes, todavía era un bebé que gateaba. Ahora, súbitamente, se ha convertido en un verdadero ser humano, ahora que se pone de pie. Uno se siente a sí mismo con mayor intensidad cuando está parado verticalmente. Pararse erguido es expresar nuestro ser. Por eso es una lástima que, con tanta frecuencia, los adolescentes — y los adultos, también — se recuesten o se sienten encorvados o se acuesten sobre algo, ya que sólo el pararse expresa al ser humano. Esto es algo que, en realidad, es evidente, algo que todo el mundo puede experimentar. Y todo lo que impida el pararse erguido se siente como un fuerte ataque contra el Yo. No sé si ustedes habrán tenido esta experiencia, este proceso de sustracción del Yo que uno padece cuando se descompone viajando en barco. Uno deja de ser un Yo. Es horrible, el hecho de no poder mantener el equilibrio cuando uno está descompuesto en el mar. Uno se siente terrible. Y tiene un solo deseo: morir. Y ni bien uno está de vuelta en tierra firme, se siente renacer. De pronto uno puede mantener el equilibrio nuevamente.

El consumo de alcohol es algo enteramente diferente. En esa situación, disfrutamos de tambalearnos, en verdad. Uno se siente como un sujeto ejemplar, en control absoluto. Aunque no es así como lo perciben los demás. La cara enrojecida da la impresión de estar avergonzado, pero, en realidad, a uno ya no le queda nada de vergüenza. La más

preciada posesión del hombre es la riqueza de sus sensaciones y sentimientos. Y son estos los que son subrepticamente confundidos. Las bebidas espirituosas empobrecen al espíritu. Me pueden decir: “Ah, bueno, pero que tiene de malo sólo un poquito, ¿eh?, ¡un traguito en compañía!” Sí, sólo un poquito, y uno puede decir casi cualquier cosa que se le pase por la cabeza.

Pero pasemos ahora a la pregunta: ¿Cómo mantengo el equilibrio en esta habitación, por ejemplo? ¿Es que me mantengo erguido yo solo por mis propios medios? ¿Mantengo mi equilibrio desde adentro? Por cierto que no. Mantenemos el equilibrio por medio de nuestro entorno. Probablemente suene raro, pero la razón por la que puedo pararme aquí es que mi ser llena toda la habitación. Me extiendo hasta el techo, hasta aquella cortina, hasta la puerta, hasta ustedes, hasta la pared, hasta la lámpara. Ocupo todo el espacio de esta habitación. Mi ser es algo que tengo desde mi interior, pero lo arrojo a este espacio. En el mundo suprasensible las cosas son bastante flexibles. Cuando camino afuera bajo el cielo estrellado (no se dejen apabullar por esos millones de años luz: a nuestro ser, esas distancias no le preocupan en lo más mínimo), mi ser se extiende hasta los árboles, hasta las nubes, y hasta las estrellas, mientras que en mi habitación, simplemente me adhiero a las paredes. Pero siempre ocupo todo el espacio a mi alrededor, según Rudolf Steiner. Bueno, a esta altura ya nos hemos dado cuenta de que, después de todo, no es una idea tan extraña eso de que cuando realizo un movimiento, ese movimiento no se hace desde mí, sino hacia mí. Quizás lo que Rudolf Steiner dijo sobre ocupar el espacio que nos rodea tampoco sea tan extraña. Imaginemos que esto es cierto, que me sostengo desde afuera, desde el entorno, desde la arquitectura. ¿Podemos llegar a la comprensión de ciertas cosas a partir de allí? En efecto, aprendemos a entender algunas cosas muy simples.

Uno de esos fenómenos simples es el miedo a las alturas. ¿Qué es, en realidad, este miedo a las alturas? Uno camina por el borde de un precipicio y ¿qué sucede? ¿Por qué siente uno miedo de repente? ¿Por qué siente de pronto esa succión del vacío, y por qué necesita dar un paso atrás para aferrarse de algo? Porque uno tiene la sensación de ser chupado por el vacío. ¿Por qué? Porque todavía no puede llenar ese espacio, aunque momentos antes aún llenaba el espacio en el que entonces se encontraba. Cuando esto nos deja de preocupar, y miramos el valle hacia abajo, ¿qué es lo que realmente hacemos? “Ocupamos” todo el valle y esto nos proporciona sustento. Nos “recostamos” en ese arroyo, en aquellas rocas, en esa casa, y en la torre de aquella iglesia. Nos recostamos en todo, llenamos todo ese espacio. Y todos podemos hacerlo.

Solía haber parques de diversiones que tenían algunos juegos muy divertidos. Ya no los tienen. Por ejemplo, había algo que, desde afuera, parecía como un galpón, pero adentro parecía una habitación, con cortinas, puertas, una estufa, flores, etc., todo pintado en las paredes. Había bancos para que se sentara la gente. Primero ponían un poco de música y luego, súbitamente, la habitación comenzaba a moverse –muy despacio, pero uno lo notaba. Era una sensación verdaderamente extraña. Entonces, la habitación comenzaba a balancearse, más y más, hasta que, en un momento dado, la habitación entera estaba dando vueltas. ¿Y qué hacía uno? Se aferraba al banco como loco, mientras todo alrededor daba vueltas. Pero en cuanto uno cerraba los ojos, todo estaba bien. Uno se encontraba simplemente sentado inmóvil sobre el banco. Esta era una excelente manera de experimentar cómo mantenemos el equilibrio: tanteando el espacio que nos rodea.

¿Ven lo que quiero decir? Cuando la habitación en la que estaba sentado comenzaba a dar vueltas, yo sentía como si hubiera sido yo el que daba vueltas, cuando, en realidad, a mi cuerpo no le estaba pasando nada. Ni bien cerraba los ojos, ya no sucedía nada,

porque ya no veía la habitación. En estos parques uno podía experimentar su equilibrio con total claridad.

Ahora bien, lo que tiene de particular el equilibrio es que se trata de lo opuesto a lo que ocurre con el dolor. El dolor surge porque nos alejamos de nuestro arquetipo. Es una sombra proyectada por nuestro ser superior. Nos volvemos “más estrechos” de lo que nuestro ser superior es en realidad, y, en consecuencia, nos sentimos mal, enfermos. De ahí que, en el caso del sentido vital, nos enfrentemos primordialmente con sensaciones negativas. El sentido vital cumple satisfactoriamente con su deber cuando nos avisa que las cosas no andan bien. En cambio, mantener el equilibrio nos produce una sensación de confort. No poder estar sentados y mirar a nuestro alrededor tranquilamente, y llenar el espacio en el que estamos, es una experiencia horrible. Tenemos necesidad de reclamar algo de ese espacio. Así como en la conciencia de nuestro sentido vital, sentimos que nos hemos desviado de nuestro arquetipo, cuando perdemos el equilibrio, sentimos, por así decirlo, que debemos recobrar algo nuestro que hemos perdido afuera en el mundo. Es un concepto difícil.

¿Es que todos tenemos nuestro espacio propio, o tenemos un espacio común? En realidad, tenemos ambos. ¿Cómo es que tenemos un punto de vista, una posición propia? Se la debemos a nuestro equilibrio. Tratemos de imaginar que estuviéramos fluyendo continuamente como el agua –que estuviéramos en constante movimiento. Se pueden imaginar que, en ese caso, nunca tendríamos una posición. Nunca podríamos tener una perspectiva general. Nunca podríamos capturar ese espacio. Para mantener el equilibrio, se necesita siempre algún punto de reposo. Por supuesto, se puede mantener el equilibrio mientras uno está en movimiento, por ejemplo, al correr. Pero siempre hay, en algún lugar, un punto en reposo sobre el cual fijar la atención –el horizonte, o algún otro punto de referencia. El caso inverso es lo que se siente cuando uno se descompone en un barco. Uno se desorienta porque el horizonte comienza a moverse. Normalmente, uno se orienta con referencia a un punto en reposo, a partir de una sensación de estabilidad en el espacio. Esto es característico del adoptar una ubicación propia. Y con esta ubicación, uno entra en un espacio propio.

¿Y que hay, entonces, del espacio común? Imagínense que todos se han quedado dormidos, y que yo hago un ruido fuerte que los despierta. Se produce ahí una extraordinaria transición. Cuando estaban dormidos, estaban metidos en su propio mundo. Ni bien se despiertan, todos entran a esta habitación. Muy amistosos, aunque cada uno tiene su propio punto de vista –uno desde esta cama, el otro desde aquella cama –pero aun así todos se encuentran en la misma habitación. Esto sucede sólo con los seres humanos. Es algo imposible en el reino animal. Los animales nunca se despiertan a un mismo espacio. Esto se puede observar claramente en el zoológico, o en la granja, donde se mezclan todo tipo de animales. Se puede ver allí que ningún animal tiene el más mínimo interés en otro animal. Jamás. Nunca se ve a una vaca tocarle el hombro a otra y mugir: “¡Eh, mira aquella deliciosa hierba fresca!” Esto no ocurre en el reino animal. Un animal nunca llama a otro para atraer su atención hacia algo. Y no me digan que esto es falso porque las abejas, por ejemplo, realizan pequeñas danzas, luego de las cuales otras abejas hacen exactamente lo que tienen que hacer. Eso es diferente; se trata de señales entre animales, que tienen que ver con el instinto. Nunca uno lleva a otro a algún lugar de interés. Nunca se ve a un animal que diga: “¡Eh, mira, qué divertido!” Eso simplemente no ocurre en el reino animal. Sólo sucede entre personas, y tiene una profunda conexión con el órgano del equilibrio.

Por un lado, yo tomo una posición propia y me paro en determinado punto, y, sin embargo, estoy junto con determinado grupo en un espacio común. Podemos realmente

observarnos, interesarnos los unos en los otros, hablar los unos con los otros, seguir los pensamientos de los otros, etc. Somos reales los unos para los otros. Esto está todo relacionado. Me podrán decir que los animales también son reales los unos para los otros. No, en absoluto. A veces me expreso en forma algo terminante y enfática porque, en nuestra cultura, existe una tendencia extremadamente fuerte a colocar al hombre y al animal en el mismo nivel. Esto tiene su lado conveniente para nosotros, por supuesto, ya que significa que no necesitamos ninguna conciencia, podemos simplemente darnos rienda suelta y hacer lo que nos plazca. Quiero subrayar, sin embargo, que hay diferencias fundamentales. Sólo mencionaré algunos de los ejemplos más simples. Un patito se pierde en la laguna, no puede encontrar a su madre, y nada solo de aquí para allá. Uno pensaría que cuando otra mamá pata pasara junto a él, lo vería. ¡De ninguna manera! Esta mamá pata se pone ansiosa porque ese patito hace ruidos extraños. Esta mamá pata no sabe qué hacer porque oye ruidos raros que no reconoce. Esta mamá pata no ve para nada a la cría de otra mamá pata nadando de aquí para allá. Esto es algo que hay que entender. Nosotros podemos encontrarnos los unos a los otros en un espacio común, pero para los animales, esto es imposible. Hay una hermosa película sobre los animales y la gente, en la que se ve a una cría de gacela africana que no puede encontrar a su madre. Una manada de gacelas llega al lugar, pero ni uno solo de los animales le presta atención. El animalito corre de una madre a la otra. No puede encontrar a su propia madre. Ve a la manada, sí, pero sólo como una “masa” adonde huir, adonde buscar a su madre. Piensen en esas enormes majadas de ovejas. Un corderito que se ha quedado, digamos, 10 metros atrás puede después encontrar la teta de su propia madre dentro de esa inmensa majada, sin fallar. No porque la vea, sino por su instinto. ¿Me siguen? Debido a su instinto, los animales son impulsados desde adentro. El corderito no se propone buscar esa teta, para nada. Simplemente da con ella.

¿Por qué es que sólo el hombre tiene esta estructura equilibrada? ¿Por qué sólo el hombre es una línea recta, desde la que puede fijar una posición? ¿Y por qué sólo el hombre puede encontrar otras cosas por su propia iniciativa? Debido a su sentido del equilibrio. Por un lado, le permite encontrar esa posición propia; y por el otro, es un sentido espacial, que nos coloca juntos en un espacio común.

Esta es la cosa difícil que tenía que explicar hoy. En antroposofía, el principio que llena este espacio, y actúa de manera incluyente, debido a lo cual podemos conectarnos con los otros a pesar de nuestra propia posición individual, es denominado *Yo espiritual*. Esto es distinto del Yo. Trataré de clarificarlo con un ejemplo. Ya he dicho que todos tienen su propia biografía, y que todos tienen sus propias áreas de interés, en las que se sienten a sus anchas. Cuando alguien se siente completamente a sus anchas en alguna cosa, por ejemplo, en matemáticas o en historia –cuando uno ha estudiado una determinada materia tan exhaustivamente que la ha hecho propia, lo hace desde su Yo espiritual. Esta es la gran diferencia entre alguien que imita algo y alguien que realmente se ha apropiado de algo. Lo primero es imitación, lo segundo es Yo espiritual.

Y cuando uno se ha apropiado enteramente de algo, ese algo puede ser traspasado a otro. Esto suena paradójico: que algo que es realmente personal también sea válido para alguien más. Desde luego, los ángulos de un triángulo suman 180 grados para todo el mundo, pero eso es muy aburrido. Lo que es válido para todo el mundo resulta aburrido. Lo que tiene interés es aquello que es más personal. Esto, además, toca lo que es personal en otra persona. El artista también lo sabe. Un artista sólo puede trabajar desde lo personal, y cuanto más personal sea, más tocará a los demás. Esto es parte del Yo espiritual. El *Fausto* de Goethe es típicamente alemán y típicamente Goethe. ¡Por eso es que es para todos! Lo mismo ocurre con el *Hamlet* de Shakespeare: típicamente inglés,

y típicamente Shakespeare –para todos, pues. Hay una gran diferencia, por lo tanto, entre el Yo y el Yo espiritual. Experimentamos el Yo a través del órgano del equilibrio, que constituye la base del Yo. Con él podemos determinar nuestra posición individual. Pero en la medida en que llenamos un espacio, de forma tal que cada uno de nosotros está en contacto con otro mundo de una manera personal, ahí estamos en presencia del Yo espiritual. Es un concepto difícil, pero, así y todo, es algo que conocemos de nuestra vida diaria. ¿Qué maestro nos gustó más? No el que recitó su lección, sino aquel que le pudo dar su toque personal. Ése se había apropiado de algo, lo cual implica al Yo espiritual. Lo que uno ha convertido en propio puede ser traspasado a otros, y ese es el gran secreto del Yo espiritual. Esta es la difícil, curiosa paradoja: que determinemos nuestra propia posición individual y, como consecuencia, podamos entrar en contacto con los demás. No es sólo a mí mismo a quien experimento como real cuando mantengo el equilibrio, sino también a los demás. Ahora sí lo estoy diciendo bien simple.

¿Por qué puedo decir: “Allí hay un árbol”, “Allí va un perro”, “Allí va un auto”? Porque tengo una posición individual pero, sin embargo, no me quedo dentro mío. Se trata simplemente de que puedo ver qué otras cosas hay en el espacio común. Es absolutamente evidente que tenemos nuestra propia posición individual y aun así estamos conectados con los demás en un espacio común. Esa es la paradoja que expresamos en el Yo espiritual. El Yo espiritual, por lo tanto, no tiene nada que ver con el egoísmo. Es lo contrario del egoísmo, razón por la cual aparece la palabra “espiritual”. El Yo espiritual no es algo egoísta –es lo personal que nos conecta con el otro. Que nosotros mismos tengamos un sentido de nuestro ser, y que también tengamos un sentido de la existencia de algo más, se lo debemos al órgano del equilibrio. Mis propias tres dimensiones, también las experimento en mi entorno.

Quizás ustedes se den cuenta de cómo esto es característico de la Cabra (Capricornio,

♄). ¿No es una imagen espléndida, la cabra de montaña parada en ese peñón totalmente inaccesible? No sé si ustedes alguna vez han visto una cabra de montaña. También se puede observar a una cabra común en la granja, cuando hace equilibrio en cuatro patas sobre una superficie pequeña. ¿No está triunfante, la cabra, con todo ese espacio a su alrededor? ¿De dónde viene ese poder para erguirse sola? De todo el entorno, de toda la naturaleza, sobre los que ella es ama y señora, por así decirlo.

Capítulo 3

El olfato y el gusto

Hasta aquí nos hemos ocupado de cuatro de los doce sentidos: el tacto, el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el del equilibrio. Vamos a recapitular sobre ellos brevemente.

Hemos hecho una recorrida extraordinaria, comenzando con la separación del mundo cósmico con el sentido del tacto. Es una ilusión creer que con el tacto entramos al mundo. Todo lo contrario, sólo tomamos conciencia de nuestra propia naturaleza corporal. En realidad, nos estamos despidiendo de la unidad con el cosmos.

Con el sentido vital penetramos nuestros propios procesos vitales, nuestra constitución, de modo que tomamos conciencia de cómo andan las cosas dentro nuestro, si estamos sanos o enfermos, se tenemos hambre o sed, si estamos cansados, etc. Hablamos sobre el dolor, y demostramos que el dolor tiene enorme significado en el sentido cultural, ya que siempre remite a lo más excelso del ser humano, aunque siempre nos dé la advertencia después de habernos desviado. Ha de ser una autoridad extremadamente alta la que nos señala que nos hemos desviado.

Con el sentido del movimiento propio advertimos que tenemos alguna influencia sobre nuestro cuerpo físico. Esta influencia es mínima, pero aun así, podemos mover ciertos músculos por iniciativa propia. Existe un potencial para el movimiento en nuestro cuerpo, y es esto lo que experimentamos. Nuestra biografía contiene una conexión muy profunda entre todos nuestros movimientos. En el transcurso de nuestra vida tomada como totalidad, hay siempre un plan oculto, un plan que hemos resuelto seguir, una tarea que nos hemos propuesto. Hemos visto que, en relación con esta tarea, el tiempo corre a la inversa que el tiempo terrenal; es un tiempo que comienza al final. La tarea no se desarrolla desde el nacimiento a la muerte, sino que está organizada desde la muerte al nacimiento. Este plan es también la fuente de todos nuestros encuentros. Presten atención a ese concepto misterioso: *encuentro*. Sobre la tierra sólo podemos encontrar aquello con lo que hemos planeado encontrarnos. No es que tengamos todo tipo de encuentros a través de los cuales tomemos conciencia de algo, sino que nos encontramos con determinadas cosas porque hemos planeado experimentar esas cosas aquí en la tierra.

Por último, con el sentido del equilibrio, salimos nuevamente de nosotros mismos. Reingresamos al mundo, ya que sólo podemos mantener el equilibrio en relación con un campo gravitacional, en relación con algo más. Les he mostrado cómo el ser humano está construido enteramente de acuerdo con el órgano del equilibrio, en el sentido que nuestra verdadera actitud es la de estar erguidos, la de estar parados. A esta actitud erguida le debemos la conciencia de la existencia, el sentir que “yo existo.” Ningún animal siente esto. Sólo el ser humano puede sentir que existe. Sólo el ser humano tiene conciencia del Yo. Es muy curioso el hecho de que porque yo existo, simultáneamente experimento también (o puedo aprender a experimentar) que también existen otras cosas. Es una expresión maravillosa esta palabra “existir”. No sólo decimos “yo existo”, sino también “algo más existe”. Es obvio que si estuviéramos siempre girando,

cambiando permanentemente de actitud, nunca podríamos mirar nada directamente y señalarlo diciendo: “Allí hay un árbol” o “Allí hay una piedra”. Esta palabra “existir” está relacionada con nuestro ser, que es un ser erguido, en sentido muy profundo. Nunca podríamos decir que existen cosas si no fuéramos seres erguidos. Lo peculiar es, además, que solamente el hombre sabe sobre las cosas. Los animales nunca saben sobre las cosas. No vayan a pensar, ni por un instante, que un mono sabe lo que es una banana, o que una ardilla sabe lo que es una castaña, o una bellota. Y no necesita saberlo. Su instinto es su “saber”. Al nacer ya trae consigo la conexión con esas cosas. Nunca toma distancia de ellas, nunca se ubica frente a ellas. Sabe qué hacer con ellas sin errar. El patito no tiene que aprender dónde comienza el agua y cómo moverse en ella por primera vez. El patito no ve al agua. Es uno con el agua, y puede nadar en ella inmediatamente. El patito no dice: “Aquí estoy yo, un pichón recién salido del cascarón, y aquí está el agua; ambos existimos, y yo me voy a meter en el agua.” Lo bueno del instinto en el mundo animal es que todos estos rodeos no son necesarios. El hombre, en cambio, está construido erguido para tomar conciencia de su propia postura y de la existencia de otras cosas. Cuando mantenemos el equilibrio no nos quedamos acurrucados en nuestro interior. Por el contrario, llenamos el espacio que nos rodea –un espacio “de conciencia” que nos conecta el uno con el otro. Aunque suene extraño, el hombre *debe* llenar este espacio. Si no logra hacerlo (como sucede en el caso de las descomposturas en el mar, o en el miedo a las alturas), siente miedo, o se marea, pierde los cimientos de su existencia. En lugar de llenar el espacio espiritualmente con su Yo espiritual, trata de llenarlo con algo material. En rigor de verdad, al vomitar, uno trata de hacer físicamente algo que debería estar haciendo espiritualmente.

Rudolf Steiner llamó a estos cuatro sentidos *sentidos corporales* o *físicos* pues nos dan una comprensión de, una orientación sobre, nuestro cuerpo físico. Lo característico de estos cuatro sentidos, por lo tanto, es que a través de ellos estamos ligados a nuestro cuerpo.

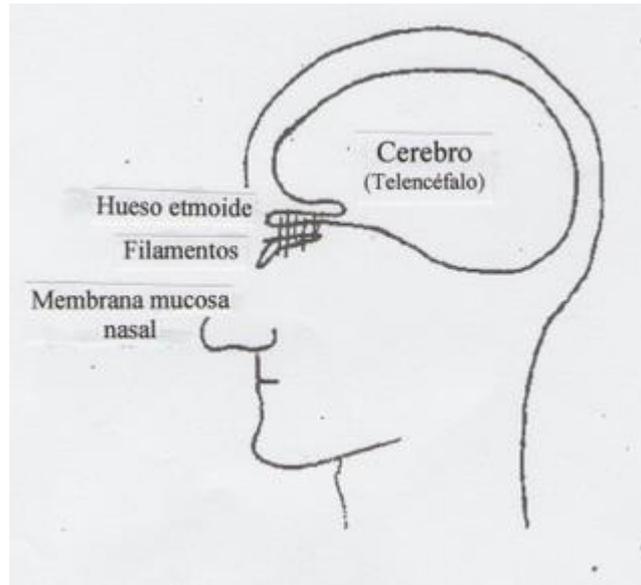
Vamos a pasar ahora a cuatro sentidos totalmente diferentes. Ya los hemos enumerado: el olfato, el gusto, la vista y el sentido térmico. Y ustedes comprobarán que estos son específicamente los sentidos mediante los cuales el ser humano establece una conexión con el mundo. Aparece aquí la gran batalla entre el alma humana y el mundo. Con frecuencia se oye decir que típicamente nos encontramos aquí con la cualidad de las cosas. Por cierto, hay un aspecto cualitativo en cuanto a los olores, los sabores y las temperaturas. Sin embargo, lo que llamamos cualidades no son realmente cualidades; son, en realidad, impresiones sensoriales. Tal vez, ustedes me dirán que el oído también pertenece a esta categoría. Les explicaré más adelante que el oído es un tipo de sentido fundamentalmente diferente; pertenece a un orden distinto al de estos cuatro sentidos, a los que llamamos *sentidos del alma* o *ánimicos*.

Comenzaremos con el sentido del olfato. Todos podemos oler. Lo que tenemos que preguntarnos, sin embargo, es cómo se produce el oler. Bien, el oler se produce de manera totalmente diferente al tocar, por ejemplo. Cuando tocamos, entramos en contacto con algo y tomamos conciencia de una parte de nosotros mismos. En el caso del olfato, tenemos que inhalar. Tenemos en verdad que hacer entrar algo que estaba afuera de nosotros. Ningún otro sentido transmite tan claramente la sensación de *ausencia* de límite como el sentido del olfato. Nunca sentimos: Aquí de pronto me estoy topando con algo. Sentimos, en cambio, la típica sensación de estar siendo inundados, avasallados. No es sorprendente. Tenemos que respirar. No podemos decir: “No quiero

oler nada, voy a aguantar la respiración cinco minutos, más o menos.” Estamos forzados a oler. Podemos abstenernos de tocar, pero no podemos voluntariamente dejar de oler. Esto es característico del olfato. Se debe a que estamos obligados a respirar, lo que además transmite los olores a la corriente sanguínea. Se podría decir que esta cualidad compulsiva es una característica arquetípica del olfato. Cuando hay un olor, no lo podemos eludir.

Cuando, más adelante, hablemos del gusto, veremos que se trata de un sentido claramente diferente. Un olor siempre nos inunda. Pero ¿qué sucede como consecuencia de este efecto arrollador? Es como si uno tuviera una fuerte tendencia a perderse a sí mismo. Uno siente la sensación de ser sólo una bolsa que se llena al oler algo. Nunca se tiene, en realidad, la sensación de que se huele el olor sólo en la nariz. Bueno, sí, cuando se huele mostaza se puede tener esa sensación. Pero, en ese caso particular, se activa el sentido vital, ya que no es que uno huelga la mostaza en la nariz, sino que la mucosa de la nariz se irrita, y entonces el sentido vital, a través del cual también sentimos dolor, entra en acción, así como lo puede hacer con otros sentidos. De la misma manera que uno puede sentir dolor en el ojo o en el oído, también se puede sentir dolor en la nariz. La mostaza, en realidad, casi no tiene olor, pero produce dolor y uno lo siente en la mucosa de la nariz. Pero si olemos una rosa, o algún otro olor (también puede ser algo desagradable), hay algo irrevocable, algo penetrante, que hace que todo nuestro ser se impregne de ese olor. Esto también se debe al aspecto estupefaciente de los olores. Se podría decir que uno pierde un poco la conciencia. Es sabido que cuando entramos a un lugar en el que hay muchos tipos de olores, no podemos conversar, ni realizar tareas mentales. Pero, por otro lado, lo sorprendente de la fisiología humana es que no podemos oler algo durante mucho tiempo. Después de algunos minutos en la habitación más hedionda, ya no notamos más el olor. Si otra persona llega a entrar a esa habitación, seguro nos llamará la atención diciendo: “¿Cómo pueden aguantar el olor?!” Sólo al salir y volver a entrar, volvemos a sentirlo. Es característico del ser humano, por lo tanto, que el efecto de atontamiento, que aparentemente está fuera de lugar en él, siempre se neutralice en el órgano del olfato.

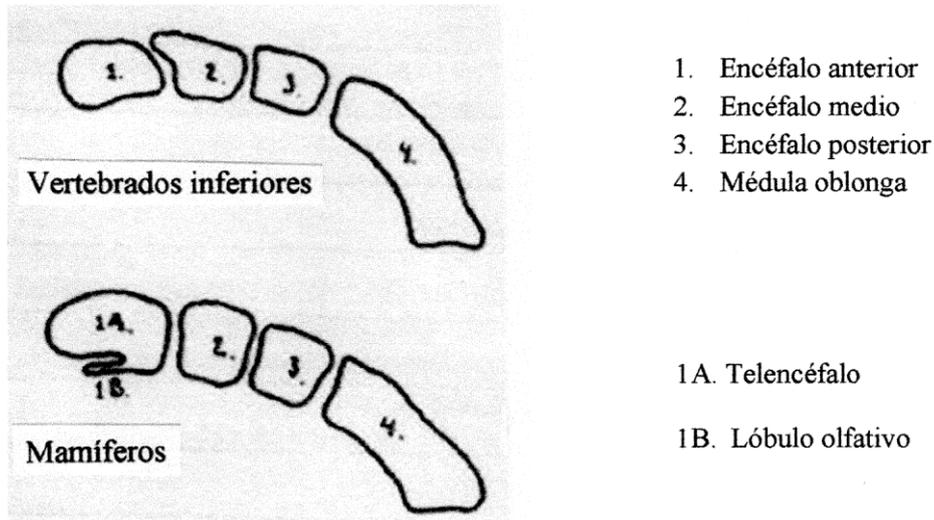
Les mostraré ahora cómo funciona fisiológicamente el sentido del olfato. Sabemos que, en el hombre, el sentido del olfato está poco desarrollado, mientras que, en los animales generalmente está muy bien desarrollado. Desde luego, hay excepciones, pero, en general, los animales tienen una capacidad muy aguda para percibir olores. Y no sólo los perros. En cuanto a los perros, está totalmente más allá de nuestra comprensión saber de qué manera perciben los olores. Si hubiera un perro aquí y ahora, sentiría una sinfonía de olores; ¡en una sinfonía, también pueden ocurrir disonancias! Percibiría tremendos intervalos, probablemente grandes melodías, enormes composiciones. Simplemente no tenemos idea de lo que sucede cuando un perro sigue un rastro; esto es, de entrada, incomprendible. Esta capacidad, en cambio, está muy poco desarrollada en el hombre. Es característico, en realidad, que en el hombre la mucosa de la cavidad nasal, con la que huele, se encuentra poco desarrollada y cubre un área pequeña.



Observen la ilustración. Pueden ver el cerebro. Es un dibujo esquemático, pero da una idea de dónde se ubica el hueso etmoides en relación con el cerebro. Y ustedes tienen que visualizar que la superficie de la mucosa nasal contiene una capa de pequeñas células, y que desde el núcleo de esas células crecen hacia adentro unos filamentos. Estos filamentos pasan a través del hueso etmoides y llegan a la región olfatoria del cerebro. Lo importante para recordar es que se trata de un tipo de piel, de tejido mucoso, excepcional, que enseguida se transforma en sistema nervioso. Velloidades nerviosas o, mejor dicho, células nerviosas, se conectan directamente con el cerebro. De todos los sentidos, el sentido del olfato tiene los nervios más cortos. Basta compararlo con el ojo; entre el cerebro y el ojo hay un recorrido mucho más largo. O podemos pensar en el órgano del gusto; también allí hay un recorrido muy largo entre el cerebro y la lengua. O el órgano del tacto; desde el cerebro hasta el dedo gordo del pie hay un largo camino.

Como hemos visto, entonces, lo característico del olfato es que la membrana mucosa se transforma y entra al cerebro. Esto se puede ver en el dibujo. Vemos como la membrana mucosa se conecta directamente con el cerebro, a través del hueso etmoides (que en el dibujo aparece en corte sagital). Tenemos, pues, que entenderlo de esta manera: lo que el perro huele cuando va caminando, olfateando, por la calle, le “da” en el cerebro de inmediato. Podríamos decir que el olor entra por el primer puesto de avanzada del cerebro, ubicado a un milímetro de distancia.

Observen ahora los siguientes diagramas. El primero representa el sistema nervioso de los vertebrados inferiores. Por ejemplo, en los anfibios, como las ranas y los lagartos, podemos subdividir al cerebro en encéfalo anterior, encéfalo medio y encéfalo posterior. Éstos entroncan con la médula oblonga y luego la médula espinal. En muchos de los animales inferiores, el encéfalo anterior tiene forma similar a una pera. En las aves, la forma de pera es bien marcada.



En cuanto al segundo dibujo, vemos claramente que no se trata de un animal inferior. Tenemos aquí un mamífero. Podemos advertir esto inmediatamente por el hecho de que el encéfalo anterior no tiene forma de pera, sino que consiste de dos partes. Hay un segmento parcialmente separado del resto. Cuando vemos una forma de pera, sabemos con seguridad que se trata del cerebro de un animal inferior. Pero aun cuando la forma de pera no esté claramente manifiesta, en todos los animales inferiores el encéfalo anterior forma una unidad. En los mamíferos, la región olfativa es una parte separada del cerebro. Ahora bien, cuando comparamos entre los distintos mamíferos, vemos que en un oso, por ejemplo, esta parte separada es todavía bastante grande. En el perro también tiene un buen tamaño. En los monos, en cambio, ya es bastante pequeña. Cuando observamos al hombre, vemos que esta parte, que se ha separado para servir a la función olfativa, es sólo una pequeñísima protuberancia. Adviertan, por favor, que sólo una pequeña protuberancia del cerebro puede ser utilizada para el olfato. Probablemente ustedes han oído decir que tenemos todo tipo de lóbulos cerebrales. Esa protuberancia no es un nervio, sino un verdadero lóbulo cerebral, aunque encogido.

¿Por qué es que en los animales inferiores el cerebro está estructurado de manera diferente que en los animales superiores, en los mamíferos? Porque en los animales inferiores el olfato desempeña un papel muy importante, tan importante, en realidad, que en el cerebro no se ha conformado aparte. El animal es, en realidad, todo olfato. Sabemos que los animales tienen una conexión muy directa con la tierra, con el mundo. El órgano al que le deben esa conexión es el olfato. Podemos usar un signo igual: olfato = instinto, o instinto = olfato, o, para decirlo con más elegancia: *el instinto utiliza específicamente el olfato*.

Por esta razón, como se han de dar cuenta, el animal está inseparablemente atado al mundo, y guiado simplemente por el instinto. Es fantástico lo que se sabe sobre el tema. Los salmones, por ejemplo, regresan exactamente al mismo arroyo en el que nacieron, donde fueron incubados, debido a que tienen un órgano del olfato. Cuando se les anula el órgano del olfato, ni uno sólo encuentra el camino de regreso. ¡Imagínense! Un animal que “sabe” dónde nació, dónde fue incubado. Ha estado mar adentro, y sabe exactamente cómo regresar a su lugar de nacimiento a través de ríos, riachos y arroyos. Uno sólo puede imaginarse algo tan grandioso como esto cuando piensa en el órgano del olfato. Ustedes me dirán: “¿Acaso no hay unos cuantos casos de animales que no

pueden oler para nada? El pollo, por ejemplo.” Y sin embargo, el encéfalo anterior del pollo tiene forma de pera. Para explicar esto, volveré al ser humano por un momento. Clasificamos a las personas en auditivas y visuales. Algunas personas recuerdan mejor, en general, las cosas que han tenido frente a los ojos. Los nombres, también, los recuerdan mejor cuando los han escrito. Otras viven más en un mundo de tonos, un mundo musical. Siempre hacemos esta distinción. Todos nos inclinamos más hacia lo visual o bien hacia lo auditivo. Una persona tiende más a recordar lo que ha oído, mientras otra recuerda mejor lo que ha visto. Los animales viven sólo en lo nasal. Las personas pueden ser visuales o auditivas, pero no las hay “nasales”. Los animales, en cambio, son todos nasales. Hasta el pollo es un animal nasal. Cuando está por picotear un grano de maíz, mira primero hacia la izquierda, y luego hacia la derecha, y entonces picotea el choclo que está en medio de las dos imágenes. El pollo no ve el grano; interpreta lo que ve como un olor, ya sea que se trate de un color o de una forma. Así es como tenemos que visualizarlo. Los animales que no huelen en sentido exterior, tienen que interpretar interiormente lo que ven como un olor. Que tiene que ser así resulta obvio por la estructura del cerebro. Podemos entonces entender que cuanto más bajo sea el nivel de desarrollo de un animal, más ligado estará al entorno por el instinto. Cuando el animal pertenece a un nivel más alto de desarrollo –y, en esto, los mamíferos han dado un gran salto –la región del cerebro empleada en el olfato está separada. Es todavía grande en el perro, más y más pequeña en los animales más evolucionados, siendo la más pequeña la del mono. En el hombre, se ha vuelto minúscula.

Es sabido que cuanto más evolucionado es un animal, mejor se lo puede amaestrar. Al no haber demasiada interferencia por parte del instinto, podemos hacer con ellos todo tipo de locuras. Sabemos que esto es muy común. Buscamos conocer más y más sobre el comportamiento animal en diferentes situaciones y cómo manipularlos. Como quiera que sea, la ciencia ha descubierto que cuanto más pequeño es el segmento del olfato y cuanto más grande es el cerebro propiamente dicho, más fácil resulta la manipulación. Esto no es nada nuevo. ¡Siempre lo hemos sabido sobre nosotros mismos!

Vemos, entonces, que hay dos opuestos: por un lado, el instinto y el olfato, y por el otro, el intelecto que se ha independizado del cosmos, es decir, el conocimiento. Y ahí está el propósito del cerebro –servir a la función de reaprender lo que se ha olvidado. En los animales inferiores, la nariz sabe todo lo que hay que saber. En los animales superiores, la nariz se hace más y más pequeña. Hasta que, por último, en el hombre, este tipo de conocimiento se ha perdido. Tenemos que reaprender lo que se ha perdido con gran esfuerzo, a cuyo fin hemos recibido este órgano espléndido, el cerebro anterior. De lo expuesto se puede comprender la inmediatez que caracteriza al olfato.

Ahora bien, ¿es que el instinto, entonces, no desempeña ningún papel en relación con la capacidad humana del olfato? Por supuesto que sí. En realidad, desempeña un papel sumamente importante. ¿No se han preguntado ustedes alguna vez, por ejemplo, por qué es que han llegado a ser personas más o menos honorables? Es algo que se lo deben a su nariz. Nuestras madres, por supuesto, nos decían a menudo: “Eso está sucio” o “Eso está lindo”. Un animal jamás necesita ocuparse de esas cosas; nosotros, en cambio, tenemos que aprenderlas. Y, por otra parte, es bueno que lo hagamos. Es bien obvio que el principio al que denominamos higiene no podría funcionar sin nuestro órgano del olfato. Aprendemos lo que huele mal y lo que huele bien. Si sucediera, por ejemplo, que uno se bañara una vez al mes, enseguida comenzarían a emanar de uno ciertos olores que no serían bien recibidos. De esa manera los olores tienen significación. Tienen una

significación en cuanto a lo social, ya que si no recibiéramos de ellos ninguna advertencia, podríamos encontrarnos con algunas sorpresas desagradables. Invasiones de piojos en las escuelas, por ejemplo. Si le llevamos el apunte a nuestra nariz, en cambio, nos podemos ahorrar muchos sinsabores. Por otra parte, si no hemos aprendido la lección en cuanto a distinguir lo que está sucio abajo, ¿cómo seremos luego capaces de distinguir la limpieza arriba, en nuestras inteligentes cabezas?

Esta capacidad de la nariz, del sentido del olfato, es, en general, bastante inconsciente. Podemos, por ejemplo, nombrar en el acto una serie de diferentes gustos: agrio, amargo, salado y dulce. ¿Podemos, de igual manera, nombrar olores? Es muy difícil. Podemos decir que algo huele como un clavel, o como una rosa, o como queso. Pero no podemos darles nombre a los olores mismos. Estamos tan dormidos en nuestro sentido del olfato que tenemos que recurrir a nombrar algo concreto del mundo visible para describir un olor. Necesitamos ciertos soportes externos para nombrar a los olores. No es posible hacerlo de otra manera. Se puede fácilmente realizar un bosquejo esquemático de los colores del arco iris. Con los olores, esto es imposible. Es preciso referirse a otras cosas para nombrarlos. Sin embargo, existe una clasificación general que habitualmente sí hacemos: algo huele bien o huele mal. Y esta es una diferencia muy importante; es la base de la higiene. Cuando nos inunda un olor, en el acto nos formamos un fulminante juicio de valor, por así decirlo, sobre si se trata de algo bueno, malo, sucio, podrido, repugnante. ¿No es esta una manera excelente de categorizar los olores?

Pero la higiene va aún mucho más lejos. Pues los conceptos religiosos, mucho más profundos, de lo que llamamos bueno o malo, también se esconden en nuestras narices. El instinto del animal también se basa en esto. El animal sabe exactamente lo que es bueno o malo para él. Lo sabe instintivamente —es algo ligado a la naturaleza. En el hombre, esta conciencia surge como impulso desde la función del olfato. Ya he expresado que todos los sentidos son grandes maestros, o, al menos, pueden serlo. Siempre podemos ser sordos o ciegos a algo. ¿Pero qué se podría decir sobre no llevarle el apunte al sentido del olfato? No conozco la palabra para expresarlo —se trata de un tema tan extraño, tan inconsciente. Sin embargo, de lo que he expuesto, se puede concluir que el olfato y los olores constituyen la base, los cimientos de nuestra *moralidad*. Sin este sentido nunca podríamos discernir sobre lo moral. Y esto es lo que es característico del olor: siempre nos compele a emitir juicio. Y lo hacemos siempre a un nivel más profundo, psicológico, de nuestro ser. En el lenguaje existen expresiones muy interesantes. Decimos: “Esto apesta”, significando que no es bueno. ¿Resulta esto tan extraño? No, existe en ello una gran sabiduría. También decimos, cuando algún asunto no es del todo correcto, que “algo no huele bien” o que “olemos algo podrido”. A propósito de esto, resulta claro, también, que, debido al elemento instintivo del ser humano, a menudo apelamos a impresiones olfativas cuando tenemos que emitir juicios inmediatos. Es más, ¿cómo se imaginan ustedes el infierno? Sí, ha de ser oscuro y caluroso, pero, sin lugar a dudas, ha de ser sucio. ¿Pueden ustedes imaginarse al diablo bañadito e impecable? ¿No sería esto absurdo?

Cuando leemos el *Infierno* del Dante, casi tenemos que taparnos la nariz en la primera parte. Y en *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, en los capítulos sobre Amfortas, el rey herido, el rey que tiene que ser salvado porque ha pecado, uno lee sobre el hedor de su herida. No sé si ustedes lo habrán leído, pero el olor de la herida de Amfortas está descrito extensamente. No hay remedio mundano que pueda acabar con este olor, que es resultado del pecado de Amfortas. ¿No les parece asombroso leer que en una época se

supiera que la moralidad emana un olor definido? No podemos imaginarnos al paraíso sin los más deliciosos aromas: rosa, jazmín, lila. ¿Y acaso no requieren los santuarios el incienso de hierbas sagradas?

Hay mucho para aprender en el Libro Egipcio de los Muertos. Ya hemos visto que a la persona que ha muerto se la pesa. A continuación, el muerto entra al mundo espiritual y, entonces, se le acercan los dioses. ¿Y saben ustedes qué hacen? Lo olfatean. Lo primero que juzgan es su moralidad. Los egipcios lo sabían. Las entidades superiores huelen al ser humano que acaba de morir. Y su olor lo delata. Ningún otro sentido penetra tan directamente hasta la cualidad moral del ser humano como el sentido del olfato. Debemos, pues, estar muy agradecidos por este sentido, ya que nos revela cómo están las cosas en la tierra; también, los aspectos negativos. Jamás seríamos capaces de experimentar la cualidad moral de la vida si no hubiésemos aprendido de niños si algo es sucio o saludable. “Las cosas más elevadas a menudo salen del estiércol.” Este es un antiguo principio alquimista. El contacto moral del hombre con el mundo se produce a través del olfato. Y en nuestra época especialmente, cuando cada vez con mayor frecuencia tenemos dificultades con la moralidad, deberíamos estar desarrollando el sentido del olfato en muchas áreas. Volveré sobre esto más adelante cuando hablemos sobre cómo muchos sentidos deben funcionar en conjunto. Si la industria de la perfumería toma en cuenta las cualidades morales, es algo que no sé, pero me temo que no. Precisamente porque el olfato y el instinto tienen tanto que ver el uno con el otro, es que existe también una fuerte interacción entre el olor y los impulsos básicos del ser humano. Probablemente sea este aspecto, que también puede tener su costado demoníaco –esto es seguro –, sobre el que se concentra en primer lugar la industria perfumera: los impulsos básicos, que incluyen la mayor parte de la sexualidad. Y sin embargo, a pesar de la íntima relación entre el olfato y los instintos e impulsos, podemos educar a nuestra nariz, especialmente debido a su lado moral, para distinguir entre el verdadero bien y el mal. Incluso cuando miramos un cuadro o cuando escuchamos música, podemos aprender a oler si se trata de algo sucio o limpio.

Si les pregunto dónde se encuentra ese pedacito de membrana mucosa que usamos para oler, todos ustedes conocen la respuesta. En el hombre, tiene una ubicación específica, es decir, en la nariz, mientras que en los animales puede estar en otro lugar. Podríamos imaginarla también en otro lugar para el hombre, en teoría, pero el hecho es que está ubicada en la nariz. ¿Por qué está ubicada allí? ¿Qué expresa la nariz? ¿Cuál es el significado de la nariz para el hombre?

Observemos a un mono en el zoológico. Descubriremos que es bastante deprimente mirar a los monos. Siempre parece que les faltara algo. ¡No tienen nariz! Sólo el hombre tiene nariz. ¿Se han dado cuenta de eso? Sólo el hombre tiene nariz. ¿Cuánta gente ni siquiera se da cuenta de esto? ¿No es extraordinario que sólo el hombre tenga nariz? Fíjense en algo muy interesante: en los animales, el pequeño lóbulo cerebral, aquel que se usa para el olfato, puede estar separado del resto del cerebro, pero la nariz nunca está separada. No se puede hablar de nariz en los animales, ya que la totalidad de la estructura superior por encima de la boca –el labio superior y el órgano olfativo –forma una sola pieza. Lo cierto es que los animales tienen hocico. Los monos, aunque han hecho todo lo posible para formarse una cara, no lo han logrado. ¿Qué significa esto? ¿Por qué el hombre ha logrado lo que ellos no? Para poder explicar esto, primero tengo que contarles un poco más sobre la nariz.

Ustedes saben que la nariz es muy humana. Todas las personas tienen una nariz característica. Nada en el hombre es tan característico como la nariz. Los actores lo saben muy bien. Uno puede tratar todo lo que quiera de cambiar la voz o hacer muecas con la cara, pero la gente aun así lo reconoce. Si uno quiere ser verdaderamente irreconocible, todo lo que tiene que hacer es tomar un trozo de plastilina y alterar la forma de su nariz, y entonces sí, ¡uno desaparece! El público no lo reconoce. Esto es algo muy curioso. Nos reconocemos inmediatamente por la nariz. Hay situaciones en las que no queremos ser reconocidos, durante el carnaval, por ejemplo. ¿Qué hacemos? En vez de cubrirnos las orejas, o los ojos, nos cubrimos la nariz. Nos ponemos una nariz tan grande que nuestra cara deja de ser humana. La nariz tiene que desaparecer para que desaparezca nuestra personalidad, nuestro Yo. Fíjense en un payaso. Antiguamente, el payaso era alguien que había sido condenado a muerte pero no había sido ejecutado. Tenía que ponerse un traje blanco y llevar en el sombrero un cartel con versos burlones. Y no se le permitía tener el aspecto de un ser humano normal. ¿Qué hacían entonces? Le ponían una nariz grande y roja. Ya que sin una nariz humana, no se es un verdadero ser humano. Vemos, pues, que ese órgano olfativo que poseemos, que tiene cierta significación moral, está en una ubicación muy especial. Sólo puede estar en la nariz, ya que es allí donde el ser humano es realmente humano. La forma de la nariz cambia, en realidad, desde el día en que nacemos hasta el día de nuestra muerte.

Debo agregar ahora algo proveniente de la ciencia oculta. Dado que este es un curso introductorio, no puedo explicarlo aquí en detalle. Así que por el momento tendrán ustedes que tomarlo como viene. Si les interesa una explicación más detallada, con mucho gusto les indicaré la literatura pertinente.

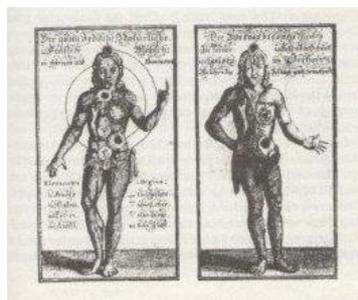
Al comienzo, nosotros también fuimos fundamentalmente órgano olfativo. El hombre pasó por ese estadio alguna vez. Esta situación tuvo que cambiar gradualmente ya que debíamos librarnos del instinto para convertirnos en seres libres. El pequeño lóbulo cerebral se separó del cerebro anterior y se encogió hasta alcanzar su tamaño actual. En el futuro todo volverá a cambiar para el ser humano. En la actualidad nos encontramos en una etapa de transición, en la que el ser humano pierde el antiguo contacto con los dioses a través del olor y el olfato, y recibe un órgano propio acoplado al cerebro.

¿Qué sucederá en el futuro? Nos podemos formar una idea al respecto si prestamos atención a la historia de Edipo, que se encuentra con la esfinge, cuya pregunta debe contestar: “¿Qué anda primero en cuatro patas, después en dos y por último en tres?” Edipo le responde de inmediato: “El ser humano.” ¿Por qué? La explicación que se da comúnmente es que al principio el ser humano gatea en cuatro patas, luego camina erguido sobre sus dos piernas, y al final, cuando se hace viejo, necesita un bastón para andar. Recuerdo que cuando oí esta explicación en la escuela, no podía entender por qué, con una respuesta así, la esfinge se arrojó al abismo. No lo podía entender y pensé que la respuesta era muy poco satisfactoria, pues para mí la mitología era una materia importante. La explicación era un poco demasiado simplista. Ahora bien, en Platón leemos que para todas las mitologías hay una explicación popular así como también una interpretación mucho más profunda. De modo que también hay un trasfondo esotérico en la historia de Edipo y la esfinge, ya que la esfinge no se esfuma en el abismo así como así. No se le puede ganar a una esfinge con una respuesta críptica como esa. Pues, si bien la respuesta es correcta, el verdadero significado es mucho más profundo. Se trata, por cierto, del ser humano, que en un principio se movía en cuatro patas. Pero esto sucedió en un pasado distante, en un tiempo que llamamos la era Atlante. Esto también

está descrito en detalle en la obra de Platón. En tiempos de la Atlántida, el ser humano “nadaba” con la ayuda de cuatro extremidades. Se movía en una especie de medio acuoso. Cuando después la Atlántida se sumergió, en varias fases sucesivas, la tierra se volvió más dura y se formó el suelo sólido. Debido a la formación del suelo sólido, también se formó el aire. El hombre, en consecuencia, se transformó en un ser que respiraba, con pulmones vueltos hacia el interior. Y de sus cuatro extremidades, dos se extendieron hacia la tierra. Las otras dos quedaron en libertad para los cielos, por así decirlo, y pudieron ser utilizadas para el trabajo. Ahora el hombre se mueve sobre dos extremidades, mientras que los animales nos recuerdan los tiempos en que también nosotros nos movíamos con ayuda de cuatro extremidades, aunque no con la misma condición física que ahora.

¿Cómo será en el futuro? Para explicar esto, les voy a pedir que visualicen la cabeza de un animal predador, un león, por ejemplo. También puede ser el gato que tienen en casa. ¿Qué notan? El león, y el gato, tienen casi una nariz. Cuando vamos y miramos a los gorilas y otros monos en el zoológico, y comparamos sus cabezas con las de los animales predadores, vemos que el león, o el gato, tienen una apariencia mucho más cercana a la del ser humano que el mono. ¿Por qué? Porque el león tiene casi una nariz. Por supuesto, no se trata de una verdadera nariz. Aun así, debido a esta “nariz”, ningún otro animal tiene una expresión tan majestuosa como la de estos predadores. Por eso es que estos animales parecen tan humanos, por eso es que parece que tuvieran un rostro humano imbuido de alma. En esto podemos leer algo que está relacionado con el futuro de la humanidad, es decir, que la nariz tiene algo que ver con “ser humano”.

Les mostraré ahora dos ilustraciones. La de la izquierda muestra al ser humano como lo dibujaban los alquimistas. Han dibujado la figura humana bien oscura, con lo que querían indicar que representa al ser humano encadenado a la tierra, es decir, el hombre terrenal. En la ilustración de la derecha se ve un ser humano diferente. Se ve allí un ser



humano que se ha elevado en la luz de Cristo: el hombre futuro. Es muy curioso: las piernas aparecen bien oscuras, al igual que el brazo derecho, mientras que el brazo izquierdo y la cabeza han sido dibujadas en un tono más claro. ¿Por qué así? En la antigüedad todavía se sabía que la parte derecha del hombre (junto con las piernas) es la parte que está orientada hacia la tierra, mientras que la parte izquierda (incluyendo al corazón) junto con la cabeza es la parte cósmica del hombre. (En la India se puede ver esto cuando alguien es condecorado y recibe una banda, que se coloca sobre el hombro derecho y la cadera izquierda.) Cuando, en el futuro distante, la parte terrenal, física, del hombre desaparezca (aquí sólo puedo mencionar esto –pueden leer más al respecto

en la literatura esotérica), existirá la posibilidad de que algo espiritual entre. Esta es una ley cósmica, que también implica lo contrario, que cuando hay demasiadas fuerzas terrenales, demasiado materialismo, la espiritualidad no puede, en verdad, penetrar. Así pues, allí donde el gran “cerebro instintivo” desaparece, se hace lugar para algo nuevo. Y allí donde nuestro último instinto, el del olfato, permanece como el último vestigio, como el último lóbulo del “cerebro instintivo”, el hombre está desarrollando un nuevo órgano. A este nuevo órgano se lo denomina *flor de loto de dos pétalos*. Aunque “lugar” es un concepto problemático en lo que respecta a lo espiritual (no se lo puede expresar en centímetros), se puede decir que el loto de dos pétalos se forma allí donde el cerebro olfativo está desapareciendo, lenta pero indudablemente. Este loto de dos pétalos es el órgano que nos permite –incluso ahora mismo –formar juicios. Con este órgano podemos distinguir lo que es importante de lo que no lo es.

Imaginen lo siguiente: que ustedes han comprado una pintura, una pintura espléndida, de la que disfrutaban cada mañana al despertarse. Un día, súbitamente, deja de interesarles totalmente. Ustedes, entonces, se preguntan exasperados qué diablos fue lo que compraron. Ahora la ven de manera totalmente diferente. En cambio, en otra ocasión, se encuentran con algo que parece totalmente insignificante. Por ejemplo, un libro que les regala un amigo. Parece un libro que no dice nada. Ustedes inmediatamente lo dejan de lado, lo consideran puras tonterías. Más adelante, en algún momento, cuando no tienen otra cosa que hacer, lo vuelven a hojear. De pronto, les llaman la atención algunas frases, y ustedes piensan: “¡Qué extraño, nunca pensé que iba a encontrar esto aquí!” Entonces lo leen entero y el libro les resulta fascinante.

El juicio que la gente se forma sobre la importancia de alguna cosa se produce gradualmente a través del tiempo. A menudo esto resulta difícil de entender para los jóvenes. Los jóvenes con frecuencia emiten juicios apresurados, mientras que la gente mayor, en muchos casos, tiende a evitar hacerlo ya que, por experiencia, saben que el juicio más apresurado no es siempre el mejor. Los juicios apresurados se hacen con el cerebro terrenal, mientras que los juicios que se hacen con ese órgano futuro toman todavía un poco más de tiempo.

Si miramos nuevamente la figura de la derecha, vemos que se trata de una representación del futuro, en el que gradualmente surgirá una imagen en espejo de la era atlante. Confío en que ustedes ya se habrán dado cuenta de que no debemos imaginar que todo permanecerá exactamente igual en la tierra a como es ahora. La tierra es transitoria. Pasa por muchas fases, y el estado endurecido del presente también ha de pasar. Desde la edad del hielo, se ha venido desarrollando un proceso de “ablandamiento”. Nadie sabe por qué ocurre una edad de hielo. Durante una edad de hielo, todo se endurece. Ahora experimentamos lo contrario. Estamos experimentando una tendencia al calentamiento. El hielo se está derritiendo, los glaciares se están achicando cada vez más. Hay que pensar que en el futuro todo se volverá más blando y acuoso. Se producirá un espejo de la Atlántida, pero de tal manera que el hombre no volverá a su estado anterior, sino que habrá sufrido una metamorfosis debido al desarrollo experimentado desde la época atlante. Por cierto, nuestro organismo cambiará de tal manera que otra vez nos encontraremos “nadando”, aunque no con cuatro extremidades. Sólo quedará nuestro lado izquierdo, incluyendo la cabeza (aunque con forma diferente, pues el cerebro grande ya no cumplirá ninguna función –el intelecto de hoy ya no tendrá utilidad.) La mano izquierda, la mano cósmica, se ubicará hacia atrás y en el lugar donde ahora se encuentra la parte terrenal de nuestro cuerpo, las piernas.

Quizás la mejor manera de imaginar esto es como una especie de cola en forma de aleta. En el futuro, nadaremos con la mano izquierda convertida en aleta. De esta manera nos impulsaremos. Pero, simultáneamente, los dos pétalos del loto crecerán. Habrá dos nuevas extremidades una vez que el intelecto humano haya sido superado. Y con estas dos nuevas extremidades nos orientaremos en un mundo completamente nuevo. Ellas serán nuestro órgano de orientación con respecto al bien y al mal; nuestra brújula interior, por así decirlo. Así como ahora tenemos un tipo de conciencia que surge del pasado, del instinto, y de la experiencia, esta nueva conciencia surgirá de nuestro futuro medio de locomoción. Este es el ser humano del futuro al que se refería la historia de Edipo. Al comienzo estaba el hombre atlante con cuatro extremidades, y, eventualmente, aparecerá el ser humano del futuro, que presentará la característica de tener tres extremidades –el loto de dos pétalos y el brazo izquierdo, ubicado atrás como una aleta de cola.

Es una historia curiosa la que les he presentado aquí. Pero, quizás, ustedes hayan podido entender cómo se relaciona todo esto específicamente con esa parte del alma humana que tiene la capacidad de discernir entre el bien y el mal. Esto es algo que está presente en todos los seres humanos, en mayor o menor grado. En antroposofía, se la denomina *alma consciente*.

He dicho que hoy y la semana que viene habríamos de tratar sobre los sentidos anímicos. Veremos que estos cuatro sentidos (el olfato, el gusto, la vista y el sentido térmico) producen juicios de tipo específico a través del alma. El sentido del olfato discierne entre el bien y el mal en la cualidad del olor. A esta capacidad del ser humano, a la región del alma responsable de esto, la llamamos alma consciente. Si ustedes profundizan en el estudio de la antroposofía, encontrarán que se pueden distinguir ciertos períodos en la evolución de la humanidad. En la actualidad, vivimos en el período del alma consciente. En este período todos tenemos la tarea de discernir si algo es bueno o malo en el momento en que lo experimentamos; no si es correcto o incorrecto, sino si se justifica moralmente o no.

Esto tiene que ver, por ejemplo, con toda la cuestión sobre las plantas nucleares y la contaminación. No podemos simplemente continuar analizando con nuestros hemisferios cerebrales sólo si funciona o no. Si prestamos atención nos resultará obvio que todo tiene valor moral. Entonces podremos preguntarnos si nos estamos ocupando de estas cosas de manera moral o no. Esto es característico del alma consciente. El hombre tiene que desarrollar un nuevo instinto, adquirido a través de su propio esfuerzo –un nuevo órgano del olfato: el loto de dos pétalos. De esto depende el futuro. Con esto se ha de librar la batalla de nuestra época entre lo moral y lo inmoral.

Vemos que en nuestra época hay fuertes ataques. Siempre ha sido igual. Siempre que algo nuevo surge, se produce inmediatamente un intento de destruirlo. Las fuerzas antagónicas están activas destruyendo la sensibilidad moral de las personas. Se lo puede ver en todas partes. Hoy, la máxima moralidad es lo que la mayoría hace. En el pasado, era lo que la minoría hacía (la moralidad siempre surgió porque algunos individuos tenían una visión profunda). En la época actual, buscamos la opinión general sobre algo, y ésta se convierte, entonces, en la moralidad aceptable para la generalidad de la gente. Vemos cómo esto ocurre con respecto al aborto y a la eutanasia. Y esto también nos muestra el fuerte ataque de las fuerzas antagónicas sobre ese nuevo órgano que ha de desarrollarse, y que ahora está disponible para el juicio moral sólo en forma germinal.

Obviamente, el juicio moral jamás puede surgir en las masas. Es algo individual, algo de lo que cada uno es individualmente responsable. Uno nunca puede tranquilizar su conciencia diciendo que los demás también lo hacen. Antes de la Segunda Guerra Mundial, José Ortega y Gasset escribió su obra profética *La rebelión de las masas*, sobre el individuo común que sólo exige derechos pero no reconoce obligaciones. Este fenómeno produce hechos en todas partes. Esto es algo que todos pueden experimentar por sí mismos.

Todo lo que hemos dicho con respecto al órgano del olfato tiene que ver con el Aguatero (*Acuario*, ). La nariz, el olor, *es* el hombre. Toda la evolución de la humanidad está contenida en este órgano –desde nuestra existencia como seres instintivos ligados a la naturaleza hasta la de individuos capaces de juicio independiente, que han recibido la facultad del olfato como último vestigio del instinto para poder discernir entre el bien y el mal. El Aguatero es la imagen del ser humano en evolución.

Vayamos ahora al *gusto*. Nos encontramos aquí con un sentido completamente diferente. Como hemos dicho, estamos obligados a oler, ya que dependemos de la respiración. Nuestra nariz está siempre abierta, a menos que nos la apretamos con los dedos. Las focas pueden cerrar sus orificios nasales. Nosotros, no. Ahora, la boca es diferente. La boca es mucho más privada. Está en el interior. Cuando queremos sentirle el gusto a algo, es necesario abrir una “puerta”. Esto es característico del gusto. Siempre tenemos que dejar que entre algo primero. ¿Alguna vez se han detenido a pensar en esto? El olor simplemente entra. El sabor, no. Es tan sencillo y, sin embargo, tan enormemente significativo. Uno puede imaginárselo de otra manera, pero es como es, ya que todo en el ser humano tiene un propósito, todo es expresión de algo.

El percibir un sabor ocurre adentro. Nunca nos avasalla. El gusto nunca nos enfrenta con la naturaleza de manera agresiva. Mientras que los olores pueden provocar ciertos impulsos y deseos de inmediato, el sabor nunca puede hacerlo de manera tan directa. Siempre tenemos que agregar algo. Podemos hacerlo en la mesa, o en la cocina, calentando algo, o remojándolo o disolviéndolo. También podemos hacer esto en la boca; no con todas las cosas (no se puede saborear la arena, por ejemplo, porque no se disuelve), pero con muchas cosas, sí. El azúcar, por ejemplo. Un terrón seco de azúcar no tiene ningún sabor, pero cuando se disuelve, sí. ¿En qué se disuelve? En nuestra saliva, en algo que nosotros agregamos. Tenemos que hacer un acercamiento a la sustancia. No es lo mismo que con la nariz, que sólo es un “porche”, por el que todo entra libremente ya que está siempre abierto. No, la boca es mucho más íntima. Hay que permitir que algo entre primero. ¿Acaso no insistimos en comer con la boca cerrada? Comer con la boca abierta es inaceptable, pues se pierde la intimidad. Y el comer, o el saborear, es un asunto íntimo. Se podría decir que, al probar algo, uno entabla una conversación íntima con una sustancia. No se puede decir lo mismo con respecto a oler una rosa, por ejemplo. Ahí estamos a merced del olor. Nos “convertimos en rosa” por completo. Eso no sucede con el sabor. El sabor es una conversación entre nosotros y lo que hayamos dejado entrar. Se trata de un ámbito totalmente diferente.

Por supuesto, podemos encarar todas las cosas de manera lógica. Podemos decir que la boca es el comienzo del proceso digestivo. Como sabemos, lo que probamos en la boca, aquello con lo que nuestra boca entabla una conversación, es lo que comemos, lo que dejamos entrar a la boca. Es algo que se convierte en parte nuestra. Con el olor es diferente. No se convierte en parte nuestra. Olemos algo y luego ya no está más. Cuando

olemos una rosa, está “dentro” de nosotros sólo por un instante. Con el sabor no es sólo un instante. Aunque no diríamos que la acción misma de sentir el sabor se prolonga, cuando sentimos el sabor de algo, esto tiene un efecto prolongado en nosotros. ¿Cuál es ese efecto? Que ingerimos algo, algo en lo que nos convertimos, por así decirlo. ¡Toma un poquito de tiempo el examinar, el sentirle el gusto a aquello en que nos convertiremos! Primero debemos entablar una conversación seria, tranquila pero contundente, lo que significa comer con paciencia, masticando bien, esforzándonos. La lengua ayuda y protege el proceso. Es necesario agregar humedad y trabajarlo bien.

Por supuesto, hoy en día, lamentablemente, es frecuente que no utilicemos para nada nuestro órgano del gusto de esa manera. Por cierto, ninguno de nuestros sentidos está tan degenerado como el del gusto. Todo comenzó hace mucho tiempo, en el paraíso. Imagínense a la tentación en el paraíso realizada a través del olor o, digamos, de una linda imagen de la manzana. ¡Imposible! La serpiente *tenía* que intervenir a través del sentido del gusto, ya que si lograba atrapar al hombre allí, sería suyo. Y, ciertamente, es la facultad que ya no sabemos más cómo usar en absoluto.

Si les pregunto cómo les sabe algo, me dirán “rico”, significando delicioso, o “horrible”. Esta es la respuesta que damos, y de eso se trata la Caída. Se puede discutir largamente sobre la Caída del Hombre. Pero hay una sola conclusión posible: ¡por supuesto que la Caída es real! ¿Acaso no sentimos si el gusto de algo es “rico” o “horrible”? ¿Pero era ese verdaderamente el propósito de la creación –que pudiéramos distinguir si algo sabe bien o sabe mal? ¿Es eso lo que realmente importa? ¡Difícilmente! No, lo que tenemos que tener presente es que cuando probamos el sabor de algo estamos introduciéndonos un pedazo del macrocosmos, y debemos tener conciencia de que eso se convertirá en la sustancia de nuestro cuerpo –el instrumento con el cual debemos ponernos en acción en el cosmos. Mediante el gusto debemos determinar si el alimento es compatible con ese instrumento. Pero las cosas no han funcionado así. O no del todo, ya que les puedo dar al menos un consuelo: alguien que coma canapés durante varios meses acabará muriendo por un simple sándwich de queso y un vaso de agua. ¡Esto es bastante conmovedor, ¿no?! Ya que aunque el hombre sea lento para aprender, algo *puede* aprender. Cuando se ha comido lo que no se debía durante mucho tiempo, surge un deseo primordial de algo sano. Entonces, un trozo de queso y agua saben deliciosos, y uno se dice a sí mismo: ¡Nunca estuvieron tan ricos! Lamentablemente, son muchas las tentaciones. El arte culinario, el octavo arte, es el que ofrece la mayor contribución para el paraíso en la tierra.

Hay, entonces, ciertos momentos al menos en los que volvemos a usar el gusto. Ocurre también después de una enfermedad. Uno ha estado un tiempo sin poder comer nada, y, entonces, come su primer plato de sopa. ¿Qué sabor siente? Pues bien, algo totalmente diferente a “delicioso”. Uno puede sentir si es sano o no. Estas son las únicas dos cualidades, los únicos criterios para el gusto: si algo es sano o no lo es.

En general, hemos perdido casi por completo este tipo de sentido del gusto. La pérdida comienza en nuestra tierna juventud, con los dulces. Tenemos que tratar de restablecer el órgano del gusto de modo que en lugar de notar si algo es delicioso o no, percibamos por el gusto si es sano o no. Paralelamente, deberá haber una nueva ciencia de la alimentación. Una que no tenga que ver con cuadros que nos indiquen cantidades de vitaminas y carbohidratos. Lo que importa es el desarrollo de nuestro propio órgano. Eso es algo que sería útil para nosotros y provendría de nosotros mismos, y no de

alguna autoridad externa. Y la única cuestión que importa para el desarrollo de este nuevo sentido del gusto es: ¿se trata de algo sano o no? Si uno puede responder a esta pregunta, también puede formarse una idea bastante clara de cuál debería ser su dieta. Esto tiene que ver con la cantidad además de la calidad. Uno puede aprender a sentir con el gusto cuánto debe comer. El difunto Dr. F. W. Zeylmans van Emmichoven (1893-1961), físico y psiquiatra, que fuera el primer presidente de la Sociedad Antroposófica de Holanda (desde 1923 a 1961), siempre decía: “Uno sabe exactamente el bocado que aún necesita, y el próximo bocado, no lo necesita.” A éste, yo siempre lo llamo el “bocado de Zeylmans”. De cualquier manera, uno comienza a evaluar por medio del gusto: “Cuánto necesito”, “Cuánto líquido debo tomar con la comida”, etc. Por suerte, la mayoría de las personas ya saben que se debe masticar lenta y minuciosamente; y no engullendo, bajando todo con grandes tragos de líquido, como sucede con los niños malcriados, es decir, los que carecen de la atención adecuada.

En la antigüedad, los medicamentos se descubrían siempre a través del gusto. Los primeros recolectores de hierbas salían al campo y el sabor de cada planta les indicaba si la misma tendría efecto sobre el hígado, los riñones o los ojos. Este tipo de discernimiento a través del gusto debería ser de nuevo nuestra guía en el cuidado de la salud.

En antroposofía, el ámbito del alma que nos permite usar nuestra inteligencia se denomina *alma racional o del intelecto* (*). La esencia de lo que esto significa es difícil de comprender puesto que hemos perdido casi por completo la facultad en cuestión. Sin embargo, nos acercamos bastante cuando pensamos en el término “sentido común”. A menudo confundimos a la inteligencia con el intelecto. Pero con frecuencia sucede que el intelecto se ha separado del sentido común inteligente. No obstante, en el fondo, todavía sabemos qué es el sentido común. De vez en cuando aflora a la superficie. Se trata de aquello por medio de lo cual discernimos si algo tiene sentido o carece de él. Esta capacidad se denomina alma racional/del intelecto. Como ya lo he dicho, no tiene nada que ver con el intelecto, pero tampoco se trata tan sólo de un sentimiento; los sentimientos son, por así decirlo, demasiado subconscientes, demasiado ensoñadores. Esta “alma del sentido común” vive entre el sueño y la vigilia. Es el centro del ser humano, el último vestigio del paraíso en nuestro interior, la última brújula que nos indica: “Esto es saludable” o “Esto no lo es”.

Podemos clasificar el gusto, en cierta medida. Hablamos de salado, agrio, dulce y amargo. A pesar de lo que se lee en algunos libros, podemos comprobar fácilmente por nosotros mismos en qué lugar de la lengua sentimos determinado gusto. Pónganse un poquito de sal, azúcar, jugo de limón o café molido en la punta de la lengua (enjuagándose con agua entre uno y otro). Comprobarán que estos cuatro sabores

(*) N.del T.: He empleado aquí la denominación alma racional por ser la más comúnmente usada en español. En la versión en inglés de esta obra, aparece como intellect or mind soul ; otros autores usan comprehension soul. El caso es que Rudolf Steiner la llama, en alemán, Verstand oder Gemüt Seele, denominación difícil de traducir. Verstand es entendimiento, razón, intelecto, juicio. Gemüt no tiene equivalente preciso ni en español ni en inglés. En español generalmen te se lo deja de lado. El diccionario da como traducción de Gemüt: ánimo, alma, temperamento y en inglés mind, y feeling. Habiendo consultado con un hablante de alemán, creo que una interpretación posible sería alma del entendimiento o de la sensibilidad (sensibilidad en el sentido de capacidad de apreciación).

principales se distinguen muy claramente allí. Ahora prueben con los costados de la lengua (utilizando un pincel pequeño y un espejo): comprobarán que allí también sucede lo mismo, especialmente con la sal y lo agrio. En la parte posterior de la lengua, se percibe más el sabor amargo, pero no tanto la sal, lo agrio y lo dulce. La zona media de la lengua no tiene sentido del gusto.

Mientras que un sabor dulce nos satisface el deseo inmediato de bienestar egoísta, un sabor agrio despierta algo en nuestro interior. No en vano, a los niños pequeños, les damos primero cosas de sabor dulce, y sólo más tarde las de sabor agrio. La sal, en cambio, nos despierta con fuerza. Los buenos cocineros lo saben. Basta agregar suficiente sal a un plato para revelar el sabor que esconde. La sal no debe actuar sola. Mientras que dulce y agrio son sabores en sí mismos, la función de la sal es realzar otros sabores. Cuando se come un huevo sin sal, casi no tiene gusto; con sal, sabe mucho mejor. Ese es realmente un misterio.

La sal está relacionada con el pensamiento. El pensamiento nunca se dirige realmente a sí mismo, sino siempre a otra cosa. Cuando miro una margarita y luego expreso mis pensamientos sobre esa margarita, no estoy hablando de los pensamientos, sino de la margarita. Y si lo hago bien, ustedes sabrán al final cómo es una margarita. Y cuando de pronto se encuentren ante una margarita, yo le habré “puesto sal”. El pensamiento explica algo externo a sí mismo; se olvida de sí mismo.

Lo amargo, por último, siempre representa una especie de victoria para la voluntad. Siempre hay que poner en juego la voluntad para enfrentar lo amargo. Por eso es que a los niños pequeños jamás les gusta comer cosas amargas, y cuando crecen un poco declaran orgullosos: “Ahora sí me gusta la achicoria.” Han madurado un poco cuando pueden soportar eso. Por cierto, hay que ser capaz de afrontar las píldoras amargas. Aquí surge algo igual a lo que aparecía con respecto al sentido vital. Nunca podríamos sentirnos humanos sin el dolor, sin los aspectos amargos de la vida, sin tener que esforzarnos por algo. Esto pone en funcionamiento nuestra voluntad. Si a nuestro hijo sólo le damos dulces, y nada amargo de vez en cuando, nunca será un niño vigoroso. Toda nuestra psicología, pues, está conectada con nuestra nutrición. Resumiendo: 1) sal: base para una conciencia despierta; 2) agrio: refrescante, movilizante; 3) dulce: sensación general de bienestar; 4) amargo: resistencia para la voluntad.

Otro aspecto de la nutrición es la calidad. ¿Cómo se produce la calidad? Ustedes saben cuánta sabiduría encierra el lenguaje. Todos sabemos lo que quiere decir que alguien tiene buen gusto. No significa que esa persona sepa exactamente cómo debe ser el sabor de una hamburguesa. No, significa que esa persona sabe cómo vestirse bien, que su habitación, o su casa, está decorada de manera atractiva, etc. Es realmente curioso que usemos la expresión “buen gusto” para algo totalmente diferente. ¿De dónde viene eso?

He dicho que cuando probamos el sabor de algo nos encontramos en esa frontera en la que una sustancia del mundo exterior está a punto de convertirse en mundo interior –en otras palabras, será asimilada y se transformará en nuestra propia sustancia. ¿Qué es realmente lo que percibimos al degustar algo? Lo que percibimos es si eso nos sienta bien, si es sano o no lo es. ¿Y cuál es la esencia de ese alimento, acerca del cual queremos averiguar todo eso? La esencia es lo que nos nutre. Se lo podría, quizás, comparar con una especie de proceso de fertilización. Lo que en realidad hacemos es percibir el gusto de cómo el mundo nos ha de fertilizar y de si ello nos sienta bien o no.

Hay algunas imágenes interesantes del antiguo Egipto que muestran cómo un faraón bebe de la ubre de una vaca celestial. Lo que percibimos en el acto de degustar es el instante de transición, en el que el mundo comienza a formarnos.

¿Y qué es lo que hago al vestirme de determinada manera? ¿Al decorar mi habitación? ¿Qué es lo que en realidad estoy haciendo? ¡Estoy fertilizando al mundo! No sólo está el cosmos que nos nutre, nos cuida y nos protege. Nosotros tenemos una respuesta, una réplica, una acción en sentido inverso. Esa es nuestra *cultura*. Cuando hablamos de cultura, siempre nos referimos al gusto en ese sentido. La decoración de algo, ¿ha sido hecha con gusto? De modo que, por un lado, el cosmos nos proporciona sustancias que ingerimos y cuyo gusto percibimos en la frontera; y, por el otro, nosotros le damos algo al mundo a través de un proceso exactamente igual, razón por la cual usamos exactamente la misma palabra: gusto. Se podría decir que así como el mundo nos viste a nosotros, nosotros vestimos al mundo. O para expresarlo más seriamente: así como el mundo nos transforma de sustancia microcósmica en sustancia microcósmica, nosotros cambiamos al mundo, le imprimimos nuestro sello. Esto es lo que significa ese uso de la palabra gusto.

Podemos ver que el gusto va más profundo que el olfato.

Cuando, por ejemplo, buscamos en la Biblia las parábolas de mayor fuerza, ¿cuáles buscamos? ¿Cuáles son las parábolas más expresivas? Aquellas del hambre y la sed. Cuando se quiere expresar algo realmente profundo, se lo hace en términos de hambre y de sed –cosas aparentemente tan prosaicas. Sin embargo, el comer es en realidad un asunto sagrado, así como la creación de cultura es una cuestión sagrada. Lo primero es la fertilización del hombre por parte del mundo, lo segundo, la fertilización del mundo por parte del hombre.

La fructificación del hombre por parte del mundo va mucho más allá de la ingestión de alimentos. Esa es sólo la primera etapa del proceso de fructificación. Ya he mencionado que hay mucha sabiduría escondida en el lenguaje. Hay mucho en el lenguaje que nos puede clarificar qué otras cosas tienen que ver con la fructificación del hombre por parte del mundo. Hemos hablado aquí de la nutrición. También se puede hablar de la nutrición espiritual. Mencionamos la ingestión de sustancias. Sabemos también que hay ideas sustanciales. No sólo la comida puede ser difícil de digerir, también lo pueden ser un libro o una conferencia. En esencia, no hacemos ninguna distinción entre el alimento espiritual y el terrenal. En esencia, se trata de lo mismo. Me parece que esto está expresado maravillosamente en el verso de Angelus Silesius: “El mero pan no puede sustentarnos; /El bálsamo que nos da / Es la Palabra eterna de Dios, / Es el Espíritu, y es la Vida.”^(*)

Es una ilusión pensar que los átomos, o las sustancias, podrían sanarnos. Siempre nos sanamos por medio de procesos de fructificación. Y esto puede constituir una experiencia amarga. ¿No es llamativo cómo las experiencias de la vida, las tribulaciones de la vida, también se expresan en términos relacionados con el gusto? “Una experiencia amarga.” “Un carácter agrio.” “Un dulce niño.” Es muy interesante que, en el antiguo Egipto, donde la mayor parte de la cultura transcurría en los botes que

(*) En inglés: ‘Mere bread can not sustain us; - The healing it does give - Is God’s eternal Word, - Is Spirit, and is Life.’

recorrían el Nilo, una única palabra quería decir “bote”, “experiencia de vida” y “gusto”. Esto es asombroso –la misma palabra para el bote del Nilo, el gusto en la lengua, y las experiencias de vida que uno encuentra en el transcurso de su **destino**. Ese destino, en realidad, es la forma más alta de fructificación para el hombre. Con todas las pruebas y tribulaciones con que uno se encuentra, se podría preguntar: ¿No es esto parte de mi nutrición? ¿No puedo también, o en realidad, sacar una enorme fuerza sanadora de las experiencias más espantosas y trágicas?” Como ustedes saben, las mayores fuerzas curativas se encuentran en las sustancias amargas. ¿No seríamos más fuertes, más sanos, como resultado de las experiencias desagradables?

Esto es lo que quería decir sobre el gusto. Y ustedes han de comprender que con respecto al gusto tenemos que referirnos al signo zodiacal de los Peces (*Piscis*, ♋). *Piscis* es el signo cristiano del zodiaco, ya que Cristo es el Señor de la sanación. *Piscis* tiene que ver con el elemento curativo dentro del mundo. Todos conocen la historia bíblica de Tobías, que expresa esto claramente. No por nada es, pues, que en la agricultura biodinámica, el aspecto salutogénico de la tierra es primordial. Esto implica la búsqueda de las verdaderas fuerzas cristianas curativas de la tierra, aquéllas que son verdaderamente salutogénicas. Desde luego, es bueno cuando la comida también es sabrosa, y no es tan bueno que esté agusanada. ¿Pero, es esto lo más importante? Esta noche quería hablar sobre si la humanidad se ha de salvar, al final, si sólo nos fijamos en eso. Lo que importa es si nos sobra fuerza vital; y si le damos una chance al ser que fructifica nuestro destino, que nos ayuda a formar nuestro destino. Esa es nuestra tarea: construir una cultura cristiana. Y esta es una cuestión de buen gusto. Desde este punto de vista, estaría bien no hablar de alimento “natural”. Prácticamente no comemos ningún alimento natural. Sólo los animales lo hacen. Nosotros comemos alimentos “culturales”. Pues la agricultura es una *cultura*. La única pregunta que debemos hacernos en la agricultura es si apuntamos a una cultura saludable o pernicioso. El resultado de una cultura saludable son “alimentos culturales sanos”, con los que podemos preparar los platos que nos alimentan. No comemos proteínas, carbohidratos, grasas y minerales abstractos. Comemos comidas preparadas. Todavía le debemos todo a las antiguas culturas –los granos y muchas frutas, a Persia, el repollo a Egipto, etc. Se lo debemos a la dedicación y a la sabiduría mediante las cuales ellos lograron incorporar las fuerzas fructificadoras del sol a la tierra.

Por otra parte, comemos sentados a la mesa, junto con otros. Tener que comer siempre solo no es saludable. Los platos son preparados. Es de esperar que nosotros también estemos igualmente preparados con buen gusto. La comida se sirve en fuentes, y se coloca sobre nuestros platos. Comemos con “instrumentos”.

Hay una enorme diferencia entre una manzana arrojada sobre la mesa, y una servida en un plato. A nuestra sociedad sin culto le resulta difícil entender esto. Así como ya no percibimos el significado de si el sacerdote está parado a la derecha o a la izquierda del altar, o de si el libro está cerrado o abierto. ¿Qué encierra un gesto? ¿Cuál es el gesto de determinada ropa?

Nuestra boca es una habitación interior. Por lo tanto, lo mejor es comer adentro. Espero no ofender a los acampantes. Al entrar a una habitación y sentarse a la mesa, se conjugan tres experiencias culturales: 1) para nuestro cuerpo, desde el pasado, la preparación de la comida; 2) para nuestra alma, aquí y ahora, el arreglo de la habitación,

de la mesa, la iluminación, nuestra ropa, nuestros modales; y 3) para el espíritu, fructificando el futuro, la conversación sobre nuestras experiencias.

Este podría constituir, sin duda, un ritmo de amplia repercusión, una bendición.

Capítulo 4

La vista y el sentido térmico

Nos encontramos ahora a la mitad de esta serie de conferencias y, a esta altura, ustedes ya habrán descubierto que no tiene mucho sentido hablar de estímulos nerviosos. Estamos acostumbrados a decir que una impresión olfativa es un estímulo nervioso de la membrana mucosa nasal. Bueno, podemos decir que todo se trata de un estímulo nervioso. Excepto que hay algo que jamás puede ser estimulado, y eso es el nervio. Jamás podemos lograr, en toda la vida, estimular a un nervio. Es imposible. Como mucho, podemos estimular a una persona. Podemos, por cierto, decir que el ser humano tiene ciertas experiencias para las cuales necesita nervios, y que es estimulado por medio de ellos. Pero esa es una caracterización muy general y carente de sentido. Lo que estoy tratando de hacer es determinar de qué tipo específico de estímulo estamos hablando, y qué hay detrás de él. Y a esta altura ustedes ya se habrán dado cuenta de que las diversas categorías difieren mucho entre sí. El sentido del olfato es fundamentalmente diferente del sentido del gusto. Espero que haya quedado más o menos claro que, en el reino del olor, siempre nos formamos un juicio al oler algo –un juicio moral, en realidad. Siempre podemos oler si algo está corrompido o si está bien. Todos los conceptos sobre el bien y el mal que puedan surgir en el ser humano al crecer tienen su origen en este discernimiento sobre si algo huele pasado, mal, hediondo, repugnante, o si algo tiene un aroma celestial (¡piensen en el incienso!). Estamos obligados a oler a causa de esa nariz. Allí está, simplemente, y nosotros estamos forzados a respirar a través de ella. He explicado que esto involucra a los nervios más cortos –que el cerebro es “tocado” casi de inmediato. Podemos comprobarlo. Nos atonta, nos embarga. No podemos hacer nada al respecto. Y si no soportamos a alguien, casi no podemos mirarlo a la cara sin exhibir nuestro desagrado. Reaccionamos en el acto a este tipo de cosas. Esto es lo característico del olor. Entra y nosotros reaccionamos. Nos resulta extremadamente difícil interponer nuestra humanidad. No nos da tiempo.

El gusto es mucho más íntimo. Nos da mucho tiempo. Todo ocurre en la intimidad de nuestro mundo interior. Tenemos que tomarnos el trabajo de abrir la boca nosotros mismos. Siempre podemos intervenir en el caso del gusto, lo que no sucede con el olfato. El gusto es un proceso mucho más íntimo. Además, los nervios gustativos son más largos. Con el gusto, nos encontramos en el umbral mismo en que el mundo exterior se vuelve mundo interior. Por medio del gusto comprobamos si la sustancia que va a ser absorbida puede convertirse en una sustancia saludable para nuestra propia naturaleza corporal microcósmica. Es en realidad una especie de proceso de fructificación. He tenido que expresar el concepto pesimista de que ningún otro sentido está tan mal usado, y que el gusto no tiene nada que ver con sabroso o no sabroso, sino que, a través del gusto, uno esencialmente debería darse cuenta de qué es sano y qué no

lo es. Eso es lo que deberíamos percibir con nuestro órgano del gusto. Traje a colación la Caída del Hombre, y señalé cómo el gusto está relacionado con ella, y también cómo existe un poder curativo en el órgano del gusto. Todas las religiones han sabido desde siempre que, en última instancia, todo es sustancia, ya se trate de alimento terrenal o espiritual, y que la sanación debe darse a través de la boca. Esto tiene relación, por supuesto, con el sacramento de la comunión, ya que éste utiliza una sustancia para sanar al ser humano. A la inversa, podemos decir: aun cuando uno sólo ore o medite (¡“sólo” ya es un montón!), uno debe ser tan concreto que le “sienta el sabor” a su plegaria o meditación. Rudolf Steiner señaló que cuando uno lee un verso, u otra cosa de importancia, o cuando uno dice una plegaria, uno no debería hacerlo sólo entre dientes. En épocas pasadas la gente nunca oraba de manera abstracta, con la cabeza. Siempre se recitaba el texto pues debía ser “saboreado”. (Un vestigio de esto es el mascullar; se lo puede ver en los sacerdotes cuando leen su breviario.) También cuando una meditación se hace de manera concreta, debería ser tan concreta como comer un sándwich de jamón, por ejemplo. Sólo así uno se da cuenta de la enorme fuerza sanadora que ello contiene para el futuro de la humanidad. Tenemos que aprender a tratar los asuntos espirituales de manera tan concreta que lleguemos a darnos cuenta de que eso es lo que realmente constituye una “nutrición” completa. Tenemos que aprender de nuevo a “sentirle el sabor” a este aspecto.

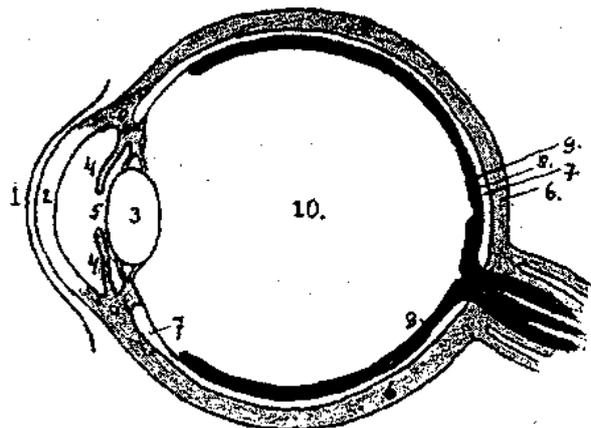
También hemos visto que el ser humano tiene un gusto externo, con el cual forma la cultura de la época. Esto implica un proceso igual al de la fructificación del ser humano por parte de las sustancias. En la formación de cultura, el mundo es fructificado por el hombre. Hemos hablado del destino humano, que también contiene todo tipo de sabor – amargura, acritud, dulzura, sal. Esto también es un proceso de fructificación para el hombre: el destino que debe transitar. Pues un destino amargo puede ser de gran importancia para el ser humano en cuanto a su poder sanador. Esto es aplicable no sólo al individuo, sino también a la cultura toda. ¿Acaso no vemos con frecuencia cómo una cultura entera se degenera cuando todas las “cosas buenas de la vida” se pueden obtener con demasiada facilidad?

Pasaremos ahora a un sentido completamente diferente, es decir, el del ojo –la vista humana. El ojo humano es un órgano sensorial verdaderamente excepcional. Y es que la mayoría de los sentidos, son creados en algún lugar de la superficie del físico humano. Hemos visto que así sucede con el olfato, en el que una determinada porción de superficie se vuelve sensible, por así decirlo, y de alguna manera se conecta con el cerebro. Lo mismo ocurre con el gusto; en un lugar de la membrana mucosa de la lengua se crean una serie de pequeñísimos cuencos, que se conectan al cerebro. Más adelante veremos que el oído, también, fue creado a partir de la piel. El principio de estos sentidos es que una pequeña porción de superficie se torna sensible de una manera específica, y, subsiguientemente se conecta con el cerebro.

El ojo va en contra de todas estas reglas. Es algo absolutamente milagroso, que fue descubierto por la embriología. Para el ojo, el proceso formativo es a la inversa. En lugar de que algo en la superficie se torne sensible y se conecte con el cerebro, el ojo

comienza con el cerebro mismo. Déjenme decirlo de esta manera: el cerebro se pone “curioso”. Comienza a salirse hacia afuera. Desafortunadamente, llegados a la adultez, nuestro cerebro no puede crecer, pero en la etapa embrionica todo está aún en pleno crecimiento –muy móvil y flexible. Todo está en continuo cambio. En la fase embrionica sucede algo muy curioso durante el crecimiento del cerebro. Crece hacia fuera en dos protuberancias y forma dos cuencos que crecen hacia la piel. Y luego la piel comienza a hacer algo también. Comienza a crecer hacia adentro. La piel responde al proceso de formación de los dos cuencos con la formación de dos lentes. Algo es creado, por lo tanto, desde dentro de la piel, pero se trata sólo de las lentes. Con las lentes no se ve. Se ve con la retina sensible ubicada detrás de las lentes.

Es asombroso darse cuenta de que cuando un optometrista mira dentro del ojo a través de la pupila con su espéculo, está mirando directamente al cerebro, a esta protuberancia. Tal vez ustedes hayan oído hablar sobre las tres membranas que rodean al cerebro: en la parte externa, la resistente duramadre; la aracnoides, en el medio; y la piamadre, en el interior. En la formación de los ojos, estas tres membranas salen hacia afuera junto con el cerebro. Pues bien, el blanco del ojo corresponde exactamente a la duramadre del cerebro. Cuando miramos el blanco del ojo, entonces, estamos viendo la “extensión” de lo que recubre al cerebro. También encontramos a la aracnoides dentro del ojo, convertida en la membrana coroides detrás de los nervios. Esta membrana proporciona nutrición al ojo, así como la aracnoides nutre a la corteza cerebral. Es verdaderamente asombroso que el mismo cerebro, actuando contra todas las reglas, se ponga a formar un órgano sensorial.



- | | |
|---------------|--------------------|
| 1. Conjuntiva | 6. Esclerótica |
| 2. Córnea | 7. Coroides |
| 3. Lente | 8. Capa pigmentada |
| 4. Iris | 9. Retina |
| 5. Pupila | 10. Humor vítreo |

Sección del ojo

En el ojo, pues, todo lo que normalmente está escondido en el cerebro sale al descubierto. El cerebro, aunque totalmente encerrado, busca la luz por medio de los ojos. Se puede observar lo mismo, con gran claridad, en el mundo vegetal. ¿Qué sucede cuando una planta lenta pero seguramente se abre camino desde la oscuridad de la tierra hacia la luz? La planta florece. Exactamente lo mismo ocurre con el ojo humano. Allí donde el cerebro ha encontrado la luz, surgen los colores, lo mismo que sucede con la planta que florece. Ahora, el hecho de que los ojos tengan un color no responde, en realidad, a ningún propósito útil. Uno no ve mejor o peor con ojos azules que con ojos grises, verdes o marrones. Desde el punto de vista de la utilidad, el color de ojos no tiene nada que ver con la visión en sí misma. Pero desde un punto de vista espiritual, es inevitable que los ojos tengan color porque son parte del proceso de pasar de la oscuridad a la luz. Así pues, el color de los ojos, sin tener ningún propósito utilitario, es expresión de algo.

Hablamos, con total acierto, del iris, ya que *es* un arco iris. Un arco iris sigue las leyes del color –no las de Newton, sino más bien las de Goethe; no se puede explicar los colores del ojo en términos de vibraciones electromagnéticas, pero sí se las puede explicar según la teoría del color de Goethe. Goethe demostró cómo el color surge de la interacción entre la luz y la oscuridad. Según Newton, todos los colores están presentes en la luz; y son extraídos de la luz por medio de prismas, etc. En esto, Newton sigue la línea de pensamiento que generalmente se adopta en las ciencias naturales, es decir, que se pueden producir todo tipo de cambios como resultado de variaciones en los átomos o del aumento o disminución de las vibraciones, pero nunca puede surgir algo nuevo. En la teoría de Goethe, en cambio, nos encontramos con la proposición, curiosa e inusual, de que los colores son *creados*. Y todos podemos observar que los colores *sí* son creados. Basta con aprender a mirar los fenómenos simples de todos los días, como, por ejemplo, la puesta del sol. ¿Qué vemos cuando miramos la puesta del sol, cuando miramos el oscurecimiento de la luz? Lo que vemos es que los colores surgen cuando la luz en el fondo es incolora –por lo tanto, invisible –y hay oscurecimiento en el primer plano. La luz invisible gradualmente se torna amarilla, luego naranja, luego roja por efecto del oscurecimiento. Y viceversa, cuando miramos algo oscuro, una montaña oscura, por ejemplo, o un cielo oscuro sin colores, y un velo de luz se proyecta desde el valle frente a la montaña o contra el fondo de este cielo nocturno, vemos un majestuoso color azul o violeta. Sólo podemos ver el verdadero violeta si nos encontramos muy alto en las montañas o si ascendemos a gran altura en un globo. Entonces vemos al cielo azul, mientras que las montañas resaltan bellamente en violeta.

Goethe lo expresa así: hay dos posibilidades cuando la luz y la oscuridad interactúan. O bien la luz supera a la oscuridad, y surgen los colores activos, con matices rojos, anaranjados y amarillos; o prevalece el elemento de oscuridad, creando el azul y el violeta.

Visualicen un arco iris. Todos hemos visto alguno alguna vez. Pero, ¿notaron ustedes que encima del arco iris el cielo es más oscuro que debajo? Presten atención la próxima vez que vean uno. Es tan claramente visible que muchos de ustedes se sorprenderán de nunca antes haber notado que el cielo es más oscuro del lado del rojo que del lado del azul y el violeta.

¿Qué tiene esto que ver con nuestros ojos? Por algo llamamos iris a la parte de color, la membrana arco iris. Y es que, cualquiera sea el color de los ojos, nunca es un color homogéneo. Si bien no presenta todo el espectro de colores que tiene un arco iris, hay, de todas maneras, una gama de colores desde el centro negro, la pupila, hasta la periferia, lindante con el blanco del ojo. Alguna vez observen con atención a los ojos marrones. Nunca son completamente marrones. Si le miran los ojos a alguien de ojos marrones, con ayuda de una luz, verán que, alrededor de la pupila negra, el iris es en realidad rojo, y, en el resto, no es marrón puro, sino que, en los bordes, donde se junta con el blanco del ojo, tiende hacia el verde, o quizás incluso el azul muy oscuro. Lo mismo ocurre con los ojos azules. En la parte de afuera vemos un tinte verdoso y adentro, un tinte amarillento, y, con frecuencia, incluso un claro borde amarillo. En otras palabras, la misma ley que rige para el arco iris, rige para el iris: del lado oscuro, junto a la pupila, aparecen los colores activos (rojo, anaranjado y amarillo), y del otro lado, junto al blanco del ojo, aparecen los colores oscuros (verde, azul y violeta). Recuerden entonces que, en el caso del arco iris, es oscuro por encima, y, en el caso del ojo, es oscuro el centro.

Nunca podremos explicar esto a través de las ondas electromagnéticas. Sólo se puede explicar a través de las leyes de la naturaleza como las interpretara Goethe, es decir que, del lado oscuro, emergen los colores activos, y del lado claro, los colores como el verde, el azul y el violeta. Si ustedes se miran los ojos unos a otros con una luz apropiada, se sorprenderán de ver que esto siempre es así. Desde luego, puede haber anomalías tales como manchas o franjas, e incluso un segmento entero puede ser de diferente color.

Alrededor del arco iris normal, puede aparecer un segundo arco iris –con los colores invertidos, en espejo. En éste, el exterior es claro; el interior, oscuro; es decir, exactamente igual que en el ojo. El sol hace aparecer su imagen en los millones de gotas de lluvia, y exactamente igual, aparece en los millones de globos oculares. *En la siguiente parte de la conferencia, el Dr. Soesman realizó una serie de experimentos con el color. En este informe, se ha tratado de describir estos experimentos de tal manera que los resultados sean claros para el lector.*

Otro experimento muy conocido es que los colores se pueden seguir en un círculo completo. Como ven, empiezo con el rojo, este pasa al naranja, amarillo, verde, azul y violeta, y ahora éste se vuelve púrpura, y luego estamos de vuelta con el rojo. Esto es lo milagroso del color. ¡Inténtenlo con el sonido! No se puede tocar una escala yendo del bajo al alto y terminar en el bajo de nuevo. Esto nunca se puede lograr. Tampoco se puede percibir los sabores de esa manera. Tampoco las temperaturas pueden hacerse más y más calientes y al final terminar siendo frías. El gran milagro del ojo es que

podemos recorrer un círculo. Esto tampoco se puede explicar electromagnéticamente. Podemos decir que el color tiene que ver con todo tipo de vibraciones, que hacen que haya colores que podemos ver y otros que no, como los infrarrojos (que podemos sentir) y el ultravioleta. Pero esto no tiene nada que ver con entenderlo. Esto nunca explica por qué los colores pueden ordenarse en un círculo completo en sí mismo. Y, sin embargo, así es. En los fenómenos naturales, podemos observar claramente que los colores forman una totalidad en sí mismos. Los podemos rastrear siguiendo un círculo.

También sabemos que cuando miramos un color durante un rato, de pronto parece que viéramos otro color cuando cerramos los ojos o apartamos la vista. Éste es siempre el color opuesto en el círculo cromático, y surge como resultado de un proceso en el alma humana. Esto sólo ocurre con el color. ¡Imagínense que, al probar algo agrio, un sabor dulce surgiera del otro lado de la lengua! Es impensable. ¡O imaginen oler una cloaca y que, al mismo tiempo, surja la impresión del aroma dulce de un lirio! El milagroso misterio del ojo es que sea capaz de complementar armoniosamente aquello que falta – esto es algo que no se puede recalcar por demás.

Un experimento extraordinario, que demuestra claramente la capacidad totalizadora del ojo, es el siguiente: hay que fijar la vista sobre tres paneles verticales de igual ancho, ubicados uno junto al otro. Los dos paneles exteriores son de color naranja brillante, y el del medio es gris. Prueben de fijar la vista sobre ellos durante un minuto más o menos. Para evitar el movimiento ocular lo más posible, en el centro del panel gris hay un punto negro sobre el que hay que concentrar la vista.

Ahora quitamos los paneles. Miren fijamente a la pantalla suavemente iluminada: lo que ahora ven es naranja en el medio en lugar del gris, mientras que los paneles que antes eran naranja ahora son azules –el color opuesto. Presten atención, la zona gris neutral ahora también aparece en color. Este experimento ideado por Goethe demuestra vívidamente que todo el ojo se vuelve activo en cuanto al color. ¡Por favor, recuerden este experimento mientras vivan!

Más conocidos son los experimentos con sombras de color. Dos proyectores, uno con luz púrpura y el otro con luz blanca común, producen dos sombras del pilar colocado en frente de la pantalla. Una sombra es púrpura, como sería de esperar, y la otra tiene el color opuesto: ¡verde! El ojo siempre complementa. El púrpura llama al verde. De la misma manera, la luz roja llama al azul, como ustedes lo pueden ver, y la luz amarilla produce una sombra violeta.

No es muy conocido que el púrpura hace aparecer al color verde y el rojo, al color azul. Proyecto ahora en la pantalla el color púrpura al lado del rojo (con un solo proyector y sin el pilar), miren fijamente al punto negro en la línea divisoria entre los dos durante un minuto aproximadamente; cuando quito la imagen, ¡ustedes ven verde donde antes estaba el púrpura y azul donde estaba el rojo!

Habiendo realizado estos experimentos, quiero volver a la cuestión de qué son los colores. Traten de imaginar lo siguiente. Nunca antes en su vida han visto color. Se han

pasado la vida en un paisaje lunar. En un paisaje lunar no se ve realmente color. Por ahora deben olvidar todo lo que tiene que ver con el color e imaginar que han estado toda la vida en un ambiente negro-gris-blancuzco. A continuación, imaginen que comienzan a ver las cosas en color por primera vez en la vida. ¿Qué les sucedería interiormente? Sería como si acabaran de entrar a una fantástica exposición. Sería un cambio impresionante. Es difícil explicarlo claramente, pero espero que capten la idea. Lo que experimentamos al revelarse el color es que aparece la esencia interior de la naturaleza. Mientras uno vea sólo gris y negro y blanco, sólo está realmente mirando la superficie exterior de las cosas. Su ser interior no se exterioriza –la naturaleza se esconde. Pero cuando aparece el color, emerge el secreto de la naturaleza. Quizás esto les resulte comprensible si piensan en un jardín con sólo verde, donde de pronto, una mañana soleada, florecen infinidad de capullos. Con anterioridad he mencionado que solamente en la flor se manifiesta el secreto de la vegetación. Como resultado de la aparición del color, la naturaleza, en una impresionante exposición, exhibe su funcionamiento interno ante el mundo exterior. Este es el secreto del color.

Porque estamos siempre encerrados dentro del alma humana, dentro de nosotros mismos, queremos siempre abrirnos a la naturaleza. Pero en ninguno de los otros sentidos la naturaleza nos extiende la mano en tal medida, y esto es así porque el cosmos sale en nuestra ayuda: ¡si no hay sol, no hay vista! Y es que así como nuestro sol interior quiere iluminar algo, se requiere de un sol en el universo para revelarnos esta impresionante manifestación de la naturaleza.

¿Qué sucede cuando miramos un color? ¿Qué es lo más elemental que sucede en nuestra alma? Lo diré primero de manera bien simple: nos involucramos. Y con esto quiero decir que, de pronto, surge un nuevo elemento en el alma humana, para el cual no existe un nombre. ¿Cómo experimentamos el color? Todavía creo que la mejor expresión es *clima*, estado de ánimo. Es terriblemente difícil expresar un clima en negro, blanco y gris. No importa cuán magnífica sea la composición de un dibujo o un grabado –por muy conmovedores que sean los dibujos en blanco y negro de Rembrandt, por ejemplo –el verdadero clima sólo aparece con el color. Quizás ustedes puedan encontrar una palabra mejor para expresarlo. Quizás lo que quiero expresar con la palabra “clima” resulte más claro si les doy algunos ejemplos. Tomemos el color amarillo. No podemos decir de él: “¡Cielos, qué amarillo tan lúgubre!” Es imposible, ¿no? Tampoco podemos decir: “¡Qué violeta tan lleno de vida!” Es igualmente imposible. O: “¡Qué rojo tan mustio!” ¡No podemos estar hablando del rojo! Con los colores inmediatamente experimentamos una emoción. Aparecen las cosas más elementales que duermen en el alma.

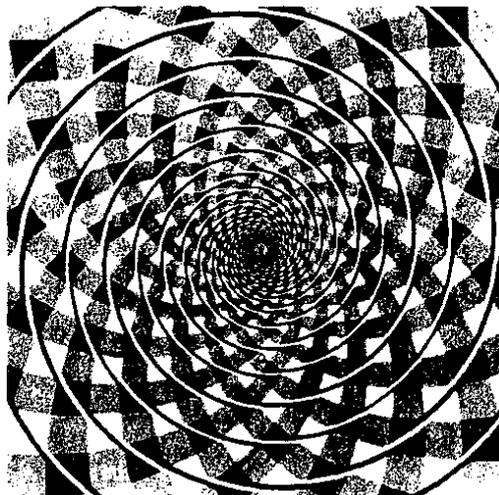
Es muy interesante que, en inglés, por ejemplo, se utilice la expresión *human visage*, que no se refiere a la visión sino a la totalidad del rostro humano. Los ojos están ubicados en un lugar tan central, son tan expresivos, tan coloridos, tan “florecientes”, que la totalidad de la cara deriva su nombre de ellos. No es tan extraño, pues, que los ojos estén ubicados en el medio de la cara. Por supuesto, podrían haber estado en algún otro lugar, por ejemplo encima de la cabeza. Eso quizás habría sido más conveniente.

Tal vez allí es donde nosotros los habríamos colocado. Pero, no, están justo en el medio, simplemente porque tenemos una cara y porque el alma humana se expresa en la cara. Rara vez nos enamoramos a través de la oreja o de la nariz. Es posible, sin duda, pero no tan probable. Nos encontramos alma con alma, directamente, por vía de los ojos. El ojo es en verdad nuestro espejo, la representación directa del alma humana. También lloramos o parecemos felices con los ojos, pues allí es donde nos encontramos con las emociones más elementales. Una música hermosa puede provocarnos lágrimas en los ojos, ¡pero no secreción en los oídos!

Y, sin embargo, este es sólo un aspecto del ojo humano. Hay algo más. Observen las ilustraciones. En una, pueden ver un jarrón negro. ¿O acaso ven dos caras blancas? Uno se confunde. Con un poco de práctica se puede jugar con esto. En un momento se lo ve de una manera y al siguiente, de otra. Esto se debe a que tenemos “brazos suprasensibles”, que “agarran” la ilustración primero de una forma y luego de la otra.



En la otra ilustración vemos una espiral hacia adentro. ¿Pero es una espiral? ¿Con qué nos encontramos si seguimos las líneas? En realidad, son los círculos más perfectos que podríamos imaginar. Existen cientos de trucos como éste, que denominamos *ilusiones ópticas*. Por desgracia los ojos pueden ser engañados. No es posible engañar a los otros



sentidos de la misma manera. Se puede convencer a un niño de tomar una píldora amarga si se la recubre con azúcar, pero si la mastica demasiado tiempo, no hay caso, la sentirá amarga. Al gusto no se lo puede engañar. Pero el ojo es fácilmente engañable. Podemos mirar la ilustración todo el tiempo que queramos, pero no lograremos ver círculos en lugar de una espiral. ¿Cómo es que podemos errar tanto al usar nuestros ojos? Es así porque, en los ojos, *pensamos*. Por eso es que los animales en estado salvaje nunca se confunden. Cuando los animales se asocian con las personas, pueden comenzar a hacer cosas extrañas y a equivocarse, pero en estado salvaje, un animal nunca se equivoca –porque nunca piensa. Sólo el hombre piensa sobre las cosas, y debido a que el pensar ocurre especialmente asociado con el ojo, las ilusiones son posibles sólo a través del ojo. Con el pensamiento le agregamos lo que esperamos ver a aquello que en verdad vemos y, en consecuencia, tenemos ilusiones ópticas. Quizás sería mejor hablar de comprensión ilusoria.

Este es el otro aspecto del ojo. Por un lado, es un sentido emocional y, por el otro, un instrumento científico.

Hemos estado estudiando una serie de sentidos. ¿Por qué podemos hablar sobre ellos? Porque los hemos estudiado por medio de los ojos. No podemos hablar sobre el ojo por medio del olfato; pero sí podemos hablar sobre el olfato por medio de la visión. El ojo es el órgano sensorial que contiene todas las demás habilidades sensoriales. Mantenemos el equilibrio por medio de los ojos –mucho más que los animales. En la niebla, un piloto nunca sabe hacia dónde se dirige a menos que mantenga la vista en los instrumentos. De lo contrario no sabe si el avión está volando en línea recta o ladeado, si está descendiendo o ascendiendo. Pero un perro parado junto a él, sí lo sabe –se lo puede ver inclinado, respondiendo a la fuerza de la gravedad. El ser humano no tiene esa sensibilidad. Una persona ciega normalmente no puede caminar a lo largo de una viga que se balancea, mientras que un gato ciego no se diferencia en esto de uno que tenga vista. Ambos gatos pueden caminar por las cornisas más estrechas. Lo hacen por medio de órganos físicos totalmente distintos. Pero es evidente que el hombre también tiene un órgano de equilibrio en el ojo. Tenemos cuatro músculos para mover los ojos, más dos adicionales, denominados músculos polea, arriba y abajo, que están directamente relacionados con el sentido del equilibrio. Los usamos para ver si las cosas están niveladas o no. Es la manera que tenemos de determinar nuestra posición, a lo que ya me referí antes en conexión con el órgano del equilibrio, que está relacionado directamente con el ojo. Así como la capacidad de equilibrio funciona también a través de los ojos, lo mismo ocurre con el sentido de la temperatura, al que me referiré en breve. Hablamos de colores cálidos y fríos. También hablamos de colores dulces y colores sucios. En este caso, nos referimos al sentido del gusto. El sentido del movimiento, también está claramente conectado con el ojo –ningún sentido tiene tanta movilidad como el ojo. Cuando vemos un triángulo, lo estamos caminando con los ojos. Siempre estamos caminando con los ojos. Al mismo tiempo, con el sentido vital sentimos si lo que vemos es agradable o no. Y cuando nos encontramos unos a otros de

manera personal, lo cual tiene que ver con el sentido del Yo, nuestros ojos desempeñan un gran papel.

Es obvio que hay sólo un concepto que se ajusta al ojo –concepto que podemos acompañar con un gesto –y es que el ojo es *el sentido que todo lo abarca*.

¿Qué constelación astral pertenece al ojo? No puede ser otra que la Virgen (*Virgo*, ♍), la mayor constelación del zodiaco. La Virgen garantiza que nos encontremos inmediatamente con la cualidad interna de las cosas. Y con esto, se expresa en realidad el secreto de todo lo que tiene que ver con el ojo. Lo que al principio expresé de manera mucho más burda con la imagen de la manifestación (de la naturaleza), puedo ahora señalar con el signo de la Virgen. Y es que cuando la naturaleza, o el cosmos, revela su cualidad interna sobre la tierra, lo hace desde el punto de vista femenino. Esto indica la fascinante totalidad de este sentido; la Virgen es el alma del mundo.

Y así pasamos ahora al *sentido térmico* o *de la temperatura*. Se trata de un territorio totalmente distinto. Quisiera empezar con un ejercicio. Para este ejercicio, quiero que llenen un cuenco con agua helada y otro cuenco con agua bastante caliente. Y en el medio, coloquen un cuenco con agua tibia. Ahora pongan la mano izquierda en el agua fría y la mano derecha en el agua caliente, y déjenlas un rato allí –dos minutos por lo menos. Luego, pongan ambas manos en el cuenco de agua tibia. Sentirán una sensación muy extraña. Si nunca antes lo han hecho, les ruego que lo hagan varias veces para apreciar la experiencia cabalmente. ¿Y qué es lo que sucede? La mano izquierda, que sale del agua fría, encuentra caliente al agua tibia, mientras que la mano derecha, que sale del agua caliente, la encuentra fría. Esto es algo que al científico le resulta intolerable, por lo que prefiere usar un termómetro. Sin embargo, lo extraño es que el termómetro reacciona de la misma manera que el ser humano. Cuando coloco un termómetro en agua fría, el mercurio asciende hasta, digamos, los 4 grados, mientras que un termómetro colocado en el agua caliente registrará 50 grados más o menos. ¿Qué sucede cuando coloco los dos termómetros en el cuenco de agua tibia? El termómetro que ha estado en el agua fría sube, y el que estaba en el agua caliente baja, hasta que al final ambos alcanzan la misma marca. El primer termómetro reacciona como diciendo “El agua tibia no está *tan* fría”, y el segundo termómetro lo hace como diciendo “El agua tibia no está *tan* caliente”. Y lo mismo sucede con nuestras manos. Tenemos que ser pacientes por unos momentos, hasta sentir que ambas están a la misma temperatura.

¿Qué es lo que estoy queriendo señalar aquí? Lo que he tratado de demostrarles es que podemos experimentar la temperatura sólo cuando existe un *flujo*. Cuando algo en el exterior tiene la misma temperatura que nosotros, no tenemos sensación de “caliente” o de “frío”. Algo tiene que ocurrir entre nosotros y el mundo para que sintamos la temperatura. Tiene que haber flujo. Cuando, por ejemplo, tomo el picaporte exterior de una puerta en el invierno, hay calor que fluye de mí al picaporte. Yo transmito calor. Y en tanto que transmito calor, siento el picaporte frío. Podemos calentar algo en nuestras manos hasta que esté igual de caliente que ellas. En ese punto, sentimos el objeto sólo con el sentido del tacto –no con el sentido térmico. Ya no sentimos la temperatura. A la

inversa, podemos tomar un objeto caliente, y el calor fluye desde el objeto a nosotros. Se trata simplemente de un proceso de la física. Pero ustedes han venido a esta conferencia porque quieren saber cómo es que podemos sentir esto. ¿Qué fuerzas usamos para sentir esto? ¿Y de qué se trata esta sensación, esta experiencia interna, cuando percibimos algo como frío o caliente, cuando tomamos conciencia de algo frío o caliente? Me gustaría expresarlo de la siguiente manera: el frío nos hace contraer, mientras que con el calor queremos tener el mayor espacio posible. El frío tiene un efecto escalofriante, mientras que el calor evoca el estado anímico opuesto; el calor tiene un efecto entusiasmante, estimulante. El calor contiene un estímulo. ¿Por qué es así? ¿Qué hay detrás de esto? ¿Qué tipo particular de misterio es este?

Ya he expresado que en la visión de los colores emerge el alma interior –el alma se da vuelta de adentro hacia fuera. Pero hay algo aún más elemental, más simple que esto. Pues ¿qué se necesita en primer lugar para hacer una observación –ya sea de color, de sonido, de gusto o de olor? ¿Cuál es la primera condición para tener una impresión sensorial? Abrir y cerrar. Y cuando hemos abierto algo, cuando hemos abierto los ojos, por ejemplo, ¿vemos algo? ¿Observamos algo? No, primero necesitamos *atención*. ¿Recuerdan cuando les dije en la primera conferencia que, en realidad, es bastante tonto estudiar los sentidos uno después del otro, ya que todos funcionan en conjunto? Hasta ahora no me he referido a otra cosa sino al sentido térmico en todos los sentidos. Tenemos que *querer* observar algo, *querer* oír algo.

Imagínense sentados ante una ventana, dormitando. No están mirando, no están prestando atención, hasta que de pronto ven una vaca corriendo por la calle con la cola en el aire. ¡Esto es algo que ustedes tienen que ver! De repente son todo atención. Y es eso lo que se necesita para poder observar: *interés*. Este es el secreto del sentido térmico.

Entonces ¿qué es lo que hacemos con el sentido térmico? Hacemos sólo una cosa en nuestra alma: queremos encontrarnos con el mundo. Tenemos interés por el mundo. Ahora bien, el mundo puede responder de dos maneras. Cuando estamos interesados, cuando nos abrimos, o bien recibimos algo en respuesta o no recibimos nada. Cuando no recibimos nada, sentimos el frío, pero cuando recibimos algo, tenemos una sensación de calor. Este es el secreto de sentir el calor, es decir, que nuestra atención, nuestro interés, nuestra absorción, recibe una respuesta. Nos sentimos incluidos. ¿Acaso no necesitamos calor de nuestros semejantes? ¿Podemos dejar a alguien afuera en el frío? Siempre radiamos interés y esperamos ser correspondidos con calor.

Rudolf Steiner llamó a éste el primer sentido del hombre, aunque inicialmente estaba ubicado en otro lugar, es decir, en la parte superior de la cabeza. Todos hemos oído hablar del “tercer ojo”. Este tercer ojo, sin embargo, no es un ojo. Se lo puede encontrar todavía en los reptiles, como los lagartos. Está ubicado en la parte superior del cerebro, debajo de una abertura del cráneo (fontanela). Tiene un aspecto muy similar al de un ojo primitivo. Y sucede que algunos animales inferiores pueden observar el infrarrojo con este órgano. El infrarrojo es calor. Es decir, se trata de un órgano del calor. En el

hombre, fue en una época un órgano con el cual buscaba los lugares más confortables para vivir. En el transcurso de la evolución, este tercer ojo ha sufrido una regresión hasta convertirse en una pequeña glándula, la epífisis o glándula pineal. Originariamente, también en los humanos la glándula pineal estaba ubicada en la parte superior de la cabeza. Y todavía es así en el estado embrionario. Luego el cerebro crece sobre ella. Pero al principio, la glándula pineal todavía está ubicada bien arriba, debajo de la fontanela –la abertura en el cráneo aún transparente del embrión.

La ciencia no sabe realmente qué pensar del sentido de la temperatura. No se comprende cómo funciona este sentido, ni dónde está ubicado. Antes se pensaba que tenemos puntos de calor y puntos de frío en todas partes. Pero los investigadores se contradicen unos a los otros. Un día informan que hay una cantidad tal de estos puntos, pero al día siguiente, después de nuevos experimentos, resulta que hay muchos más. Hay muchas teorías diferentes sobre este tema. Yo creo que hay una teoría que es la correcta, y es una que he oído solamente una vez en mi vida. Es la siguiente. Debajo de la piel tenemos varias capas muy finas de capilares sanguíneos. También debajo de la piel hay un gran número de inexplicables terminaciones nerviosas. Se trata de nervios comunes, sin ningún aparato especializado en sus terminaciones. Estos, en mi opinión, son los nervios de la temperatura –nervios que simplemente detectan que los capilares sanguíneos le sacan calor a la piel o se lo dan. Estos son los nervios menos complicados, ya que el proceso menos complicado del alma humana tiene lugar aquí. El alma humana desea mostrar interés y espera que algo aparezca. No tiene un instrumento específico para hacerlo, pero utiliza los “nervios del interés”. ¿Se acerca algo? Sí. Esta es la esencia del calor: sí, estamos involucrados, somos aceptados por el universo, podemos participar, nos estimulan, nos despiertan el entusiasmo. Y podemos expresar exactamente lo mismo a la inversa, psicológicamente: no dejamos que alguien quede afuera en el frío; sentimos calor con un fin. Esto es lo que sondeamos en la naturaleza con nuestro interés. Es el sentido arquetípico, que tiene una presencia importante en todos los demás sentidos. La esencia misma de todo nervio es, en realidad, que irradia interés, para ver qué viene en respuesta.

En antroposofía, a este “cuerpo del interés” lo llamamos el *cuerpo astral*. El cuerpo astral es interés puro. Es característico del reino animal –y del humano. Representa el estar interesado, el sentir curiosidad, el querer investigar todo en este mundo. Esto es lo que expresa un nervio, cuando no es especializado, cuando no tiene un aparato adicional. Probablemente resulte difícil de visualizar que, al principio, se trataba de un órgano separado –el tercer ojo, que luego desapareció o, por lo menos, sufrió una regresión. Pero, aunque casi no quede nada, hay algo importante que permanece, retraído debajo de la gran masa del cerebro. Debido al retraimiento de este órgano, su capacidad reaparece en todos los nervios. Se ha sacrificado a sí mismo. Y de esa manera, según Rudolf Steiner, todos los sentidos han sido creados a partir del sentido del calor. Es un sentido arquetípico, que se sacrifica a sí mismo para permitir que todos los demás sentidos sean creados a partir de él como especializaciones. Pueden ver qué

maravilloso proceso es éste –que algo desaparezca, y reaparezcan doce nuevas versiones, por así decirlo, incluido el propio sentido original.

Si profundizan en la antroposofía, encontrarán que en la obra de Rudolf Steiner se hace referencia a la importancia de la glándula pineal, glándula a la que la ciencia natural no le encuentra explicación; todo lo que absorbemos con los doce sentidos, se vuelve a juntar en la glándula pineal. Todo se reúne allí. No voy a extenderme sobre esto aquí –tendría que introducirme muy profundamente en la literatura antroposófica. Por ahora, acepten mi palabra.

¿Qué signo del zodiaco tiene relación con el sentido de la temperatura? Probablemente puedan adivinar. Está íntimamente relacionado con el León (*Leo*, ♌). Este es el ser, el ser animal, que consiste únicamente de entusiasmo, de interés. No podemos nunca llegar a ser realmente humanos sin haber observado detenidamente a los leones y los gatos. Si pudiéramos entregarnos a sus movimientos, si pudiéramos movernos con la gracia de un gato cuando enrolla la cola a su alrededor, advertiríamos cuán cálido, vital, eurítmico, esto es. No hay ninguna rigidez en estos animales, en ninguna parte. ¡Traten de mover una uña! No pueden hacerlo. Pero los leones y los gatos tienen tal vitalidad que pueden mover hasta las garras. Esta radiante calidez, este resplandor de interés, está presente hasta en la polaridad de la materia muerta. Ningún otro animal puede disfrutar de su entorno tan auténticamente, tenderse en cómoda holganza, ronroneando, o ser tan expresivo en su mansedumbre, o en su crueldad, sus gruñidos, su rugido aterrador, su acecho silencioso y furtivo, su súbito salto, la manera grácil de estirarse, sentarse, trepar. Todo desde las garras a la punta de la cola está bajo control. Esta es también la imagen del León en el cosmos.

Esto es todo lo que quería decir sobre el sentido del calor, el sentido de la temperatura.

Capítulo 5

El oído

Como en ocasiones anteriores, comenzaré recapitulando los sentidos que hemos tratado hasta ahora. Iniciamos este ciclo de conferencias con los cuatro sentidos típicamente asociados con el cuerpo: el tacto, el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el del equilibrio. El tacto nos hace conscientes de nuestra naturaleza corporal; el sentido vital nos trae a la conciencia el hecho de que estamos llenos de procesos vitales, de que tenemos una constitución, de que estamos sanos o enfermos; el sentido del movimiento propio nos hace notar el grado de control que tenemos sobre nuestro cuerpo físico, la capacidad dinámica con la que nos expresamos a través de nuestro cuerpo, con la que nos podemos mover; y, por último, sobre el equilibrio, dije que el ser humano en su totalidad está constituido como un ser de equilibrio. Así como con el tacto abandonamos el mundo, con el equilibrio reingresamos a él. Sólo podemos mantener el equilibrio con referencia al mundo.

Después de estos sentidos relacionados con el cuerpo, hablamos extensamente sobre los cuatro bien conocidos sentidos del alma –el del olfato, el del gusto, el de la vista y el de la temperatura. En estos cuatro sentidos ustedes encontrarán una suerte de reiteración de la manera en que funcionan los sentidos relacionados con el cuerpo. En el sentido del olfato nos encontramos con algo seco (cuando estamos resfriados no podemos oler nada), algo como una sombra, algo que ha muerto, por así decirlo. El aroma de una planta, por viva que la planta esté, no es, después de todo, más que una emanación, una secreción material. Hemos visto cómo el olor nos afecta de manera agresiva, a lo que, a nuestra vez, reaccionamos bastante agresivamente. El olor afecta a nuestra naturaleza instintiva, y reaccionamos ante él instintivamente. Se podría decir que tiene una naturaleza en cierta medida volitiva. Con respecto al gusto –esta curiosa función de umbral que posee el ser humano –expliqué que se trata, en realidad, del sentido que más se ha degenerado en el hombre porque, cada vez más, percibimos solamente si algo es agradable al paladar o no, mientras que en otros tiempos (como debe volver a ocurrir en el futuro) el gusto era el medio para determinar si algo es o no bueno para nuestra constitución –si algo es saludable o no, lo mismo que hacemos con el sentido vital, sólo que con el gusto queda librado en mayor medida a nuestra propia elección si desarrollamos esta capacidad o no.

Si sólo tuviéramos estos dos sentidos relacionados con el alma, es decir, el olfato y el gusto, seríamos, desde luego, bastante abstraídos, como si viviéramos en un trance. Solamente a través del ojo se nos abre el mundo. El ojo es un órgano increíble, que capta todo con una mirada. Esto nos permite ver el mundo como una totalidad. El concepto de belleza, por ejemplo, nunca podría surgir en el ser humano si éste no tuviera ojos. Les expliqué como el color revela la naturaleza interior del mundo. A través del color, se hace visible el alma del mundo. Por medio del color nos

encontramos con el alma del mundo. Y así como nosotros mismos somos seres que viven entre la luz y la oscuridad –así como, dentro de nosotros mismos, nos volcamos al exterior hacia la luz y al interior hacia la oscuridad –de la misma manera el color se despliega entre estas dos polaridades. Cualquiera que piense en el amarillo, siente inmediatamente que ese color tiene que ver con la luz, mientras que el azul y el negro son representativos de la oscuridad. Goethe nos enseñó mucho sobre este tema. También encontramos la relación entre el color y los estados de ánimo en la sabiduría del lenguaje. Hablamos, por ejemplo, de colores alegres y de colores sombríos. Esto resulta imposible con el gusto. ¿A quién se le ocurriría decir algo como “Estas zanahorias tienen sabor alegre” o hablar de “cebollas sombrías”? No, nos encontramos aquí ante un ámbito en el que el alma se muestra directamente, en el que nuestra alma se pone al descubierto. No manifestamos estados de ánimo solamente como resultado de experiencias de vida; el color afecta al alma misma. Lo que sea que se nos revela, lo sentimos directamente como alegre o triste.

En antroposofía, se denomina a esto el *alma sensible*. Una denominación aún mejor sería *alma del ánimo*, ya que tiene que ver con los estados de ánimo. ¿Acaso no experimentamos siempre un estado de ánimo particular con respecto a diferentes cosas? ¿Y no es esto así especialmente cuando estamos viendo? Ahí es donde realmente estamos ante el alma del ánimo, ante lo que hacemos en nuestra alma con relación al alma del mundo.

Así como el olfato tiene un carácter volitivo, y el gusto, debido a su naturaleza más íntima, es más emocional, la visión lleva asociada una especie de proceso de pensamiento, que se pone en acción ni bien abrimos los ojos. Siempre pensamos “a través” de los ojos. No seríamos seres pensantes si no tuviéramos ojos. En este contexto, me referí a las ilusiones ópticas. Estas son posibles sólo porque hay pensamiento actuando dentro de la visión. Por favor, no vayan a sacar la conclusión de que los ciegos no pueden pensar. Estamos hablando del principio general de los sentidos, es decir, que ciertos sentidos –como, en este caso, la visión –les han sido conferidos a la humanidad con un propósito. No podríamos ser seres pensantes si a la humanidad no se le hubiera conferido la capacidad de la visión.

Traten de prestar atención a lo que piensan. ¿Acaso no está en su mayoría relacionado con impresiones visuales? Les he demostrado que incluso cuando hablamos sobre el olfato o el gusto, “vemos” a nuestra nariz o nuestra boca frente a nosotros. Nos resulta extremadamente difícil eliminar a los ojos, simplemente porque somos seres pensantes. Toda la ciencia es en cierta forma un mundo de visión. ¡Podemos usar un signo igual: conocimiento = visión (*).

(*) N.del T.: *visión* en el sentido de *comprensión*. En la versión en inglés aparece el término *insight*, que tiene la idea de penetrar algo y comprenderlo, y está formado por las palabras *in* (dentro) y *sight* (visión, vista). Para conservar, en español, la línea del argumento se ha empleado el término *visión*.

Y, por último, nos encontramos con el sentido de la temperatura –octavo en esta serie. Aunque me referí a este sentido en octavo lugar, el sentido de la temperatura es, en realidad, el primer sentido que le es dado al hombre. Puesto que es debido al sentido térmico que podemos encontrarnos con el mundo. Esto es algo que el hombre tiene en común con los animales. Las plantas no pueden observar nada. Sólo el animal y el ser humano pueden observar, y eso se debe a que quieren encontrarse con el mundo por propia voluntad. A esto se lo llama el cuerpo astral. En el cuerpo astral (el cuerpo del alma) nos encontramos ante el sentido de la temperatura. El animal, sin embargo, está motivado sólo por sus impulsos básicos, y por lo tanto, no es consciente del hecho de que puede observar, de que se está encontrando con el mundo. El hombre, en cambio, sí tiene conciencia y, en consecuencia, es consciente de su participación en el mundo. Y la participación en el mundo se expresa en el sentido de la temperatura. Podemos decir que el calor expresa la participación, el tomar parte (cuando nuestro interés, aparentemente, ha encontrado respuesta), y el frío expresa la exclusión (nos han dejado afuera en el frío). Con esto hemos expresado el aspecto más elemental, arquetípico, del alma humana. El hombre siempre quiere conectarse con el mundo que lo rodea irradiando calor y recibiendo calor.

Muchos de ustedes quizás piensen que *el oído* también pertenece a la categoría de los sentidos anímicos. Espero poder dejar bien claro en lo que sigue que, en lo que respecta al oído, entramos a un mundo fundamentalmente diferente.

Quisiera comenzar con la siguiente pregunta: ¿Cómo se produce el sonido? Traten de imaginar que nunca en la vida han oído sonido alguno. Han visto de todo –hasta una hermosa campana de bronce –pero no saben que existe el sonido, y que esta campana de bronce tiene algún otro propósito aparte del ornamental. Y entonces, cuando ya son adultos, ocurre que golpean esta campana por primera vez. Y por primera vez oyen su sonido. ¿Qué les sucedería? Probablemente se sentirían bastante conmocionados. Y se preguntarían cómo es posible que esta cosa que siempre han visto simplemente como un objeto de hermoso brillo, resulta también ser un objeto de hermoso sonido. ¿Lo creerían si les explicaran que se trata simplemente de algunas “vibraciones”, que pueden ser calculadas con precisión y representadas en un gráfico? Estoy seguro de que no le encontrarían ningún sentido, pues ¿qué tendría esto que ver con la esencia del sonido que ustedes estarían oyendo?

¿Qué se necesita para que algo resuene? Cuando uno golpea un trozo de arcilla húmeda, no resuena. No; tiene que ser algo duro, terrestre, para que resuene al golpearlo. Pero esta no es la única condición para producir sonido. ¡Si golpeamos un pedazo de roca metálica que aún esté en el suelo, tampoco suena demasiado, ¿no?! Mientras algo esté firmemente atascado en la tierra, no resuena. Lo que necesitamos para producir una verdadera resonancia es algo bastante duro, muy terrestre, que ya no esté sumido en la tierra. Sólo lo terrenal que ha sido separado de la tierra resuena. Tenemos que levantarlo, liberarlo, de su estado de ligazón con la tierra. Los metales son el mejor ejemplo. Sólo cuando el metal ha sido endurecido especialmente en la fundición y se le han eliminado todas las impurezas terrenas, y luego lo dejamos flotar en el aire, es que

se pueden producir bellos tonos. Supongamos que fuera posible dejar que el metal endurecido y purificado flotara en el aire, sin estar sujeto a ningún lugar. Podríamos, entonces, al golpearlo, producir la resonancia más bella. Y, por supuesto, al golpearlo se genera una vibración, un movimiento.

Hay algo extraordinario sobre este movimiento vibratorio. Todos sabemos que la tierra gira. Esto fue confirmado por medio del enorme péndulo en el Panteón de París. El movimiento de este péndulo no es constante. Su velocidad cambia continuamente. Desde el punto más alto hacia abajo, primero acelera y luego desacelera, hasta que se detiene momentáneamente al llegar de nuevo al punto más alto, para luego acelerar y desacelerar en su oscilación de regreso. El movimiento, por lo tanto, está él mismo en movimiento.

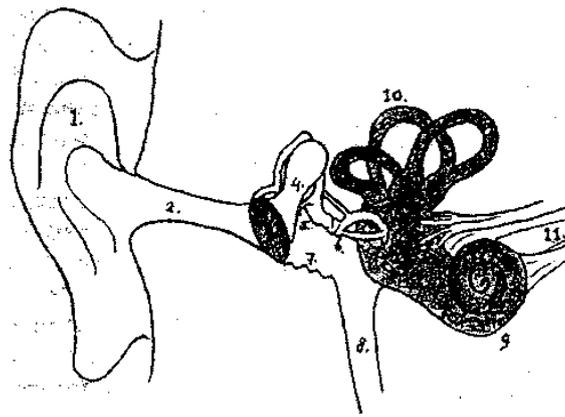
Por otra parte, este movimiento móvil se orienta hacia el universo. El plano vertical en el que el péndulo oscila es constante en relación con el universo. Sin embargo, debido a que la tierra gira en el universo, parece que la dirección del péndulo cambiara. Pero es la posición de la tierra la que cambia. (*)

Esto es lo que ocurre con los movimientos, las vibraciones, del sonido. Se trata de movimientos móviles (como el del péndulo, que, de manera similar, se ha “soltado de la tierra”), que se orientan hacia el universo. Cuando captamos esta imagen de algo terrenal que ha dejado de serlo y emite un super-movimiento, una vibración orientada al universo, comenzamos a entender algo acerca del sonido. La materia es llevada a una condición que es lo opuesto de su estado natural. Esto es lo que quería demostrarles. Es la única manera en que podemos realmente comenzar a comprender algo sobre el milagro del sonido, es decir, que el sonido sólo se crea cuando liberamos de la tierra algo duro, algo muy terrenal, que por sí mismo jamás puede moverse, y lo ponemos luego en un super-movimiento que ya no está orientado hacia la tierra.

Ahora que sabemos cuál es la naturaleza del sonido, se nos presenta la pregunta: ¿cómo funciona el instrumento que percibe el sonido –el oído?

El oído consta de tres partes: el oído externo, el oído medio y el oído interno. El oído externo está formado por el pabellón auricular, el conducto auditivo externo y el tímpano. En el oído medio hay tres huesecillos: el martillo, el yunque y el estribo. Un tubo va desde el oído medio hasta la boca, la así llamada trompa de Eustaquio, que se tapa cuando estamos resfriados. Por último, el oído interno consiste en la cóclea, que está conectada a los tres canales semicirculares –el órgano del equilibrio del que hablamos antes.

(*) N. del T.: Se puede ver una demostración en Wikipedia: http://es.wikipedia.org/wiki/Péndulo_de_Foucault



Oído externo

1. Pabellón auricular
2. Conducto auditivo
3. Tímpano

Oído medio

4. Martillo
5. Yunque

6. Estribo

7. Cavidad timpánica
8. Trompa de Eustaquio

Oído interno

9. Cóclea
10. Tres canales semicirculares
11. Nervios

Corte del órgano de la audición

El oído consta de tres partes: el oído externo, el oído medio y el oído interno. El oído externo está formado por el pabellón auricular, el conducto auditivo externo y el tímpano. En el oído medio hay tres huesecillos: el martillo, el yunque y el estribo. Un tubo va desde el oído medio hasta la boca, la así llamada trompa de Eustaquio, que se tapa cuando estamos resfriados. Por último, el oído interno consiste en la cóclea, que está conectada a los tres canales semicirculares –el órgano del equilibrio del que hablamos antes.

El órgano de la audición comienza su desarrollo en la superficie, como la mayoría de los otros órganos de los sentidos. Al principio se produce una pequeña hendidura en la piel, en la zona del así llamado arco branquial, a partir de la cual también se desarrollan los aparatos respiratorio y digestivo. Esto ocurre en una fase temprana del desarrollo embrionario, cuando los ojos se encuentran recién en el comienzo de su formación a los costados de la cabeza. Pero los ojos gradualmente se trasladan hacia delante, mientras que la ubicación de los órganos de la audición se traslada hacia atrás. Las orejas terminan, por lo tanto, en un lugar diferente a aquel en que comenzaron. Mientras tanto, la hendidura en la piel se transforma en una vesícula llena de fluido, de la cual, en una etapa posterior, se han de formar los tres canales semicirculares del órgano del equilibrio. De modo que nuestro oído interno se forma gradualmente a partir de una pequeña superficie de piel en el exterior. Mientras se van formando, las vesículas se trasladan más profundo bajo la piel y se transforman en la cóclea y los tres canales semicirculares. Lo que al principio era piel termina bien adentro en el hueso petroso en

la base del cráneo. Esto ocurre solamente en el hombre. Cuando se observa el cráneo de un animal, incluso el de un mamífero, se puede ver que en ningún caso se logra la misma profundidad: el oído interno cuelga en algún lugar debajo del hueso petroso. Solamente en el hombre está protegido bien adentro del hueso más duro de todo el cuerpo.

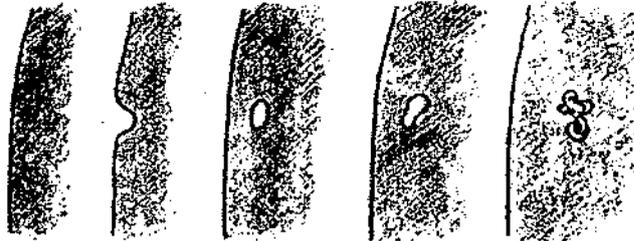


Diagrama del desarrollo del oído interno

Ahora que hemos visto cómo el oído interno se desarrolla a partir de algo en la superficie que se traslada hacia el interior bien adentro, continuará con los huesecillos del oído medio. Estos huesecillos se forman porque, entre otras cosas, una parte de la mandíbula se retrae y luego se transforma en los huesos del oído, junto con lo que posteriormente se convertirá en el hueso de la lengua. Quizás el siguiente ejemplo los ayude a visualizarlo mejor: al igual que un avión, en el momento del despegue, retrae el tren de aterrizaje, así la mandíbula se retrae para metamorfosearse en los huesecillos del oído.

Por último, el oído externo se desarrolla a partir de protuberancias en la piel, que crecen para formar el pabellón auricular externo.

Así pues, el oído también tiene un desarrollo peculiar. Mientras que en el caso de los ojos era el cerebro el que avanzaba y “florecía” en la superficie, el oído se forma como resultado de algo ubicado primero en el exterior, que se traslada hacia adentro -se hace interno -donde, en conjunto con la mandíbula, forma el órgano de la audición.

En la universidad donde estudié medicina, uno de los profesores solía decir, con referencia a la ascendencia de los animales superiores, entre los que incluía al hombre: “En este momento, oímos con la parte con la que solíamos comer”. Lo decía en broma, pero es totalmente cierto, y no hay contraste mayor que el que existe entre el comer y el oír. Esto, además, encierra el secreto de la “internalización”. ¿Se dan cuenta ustedes de que el respirar y el comer son las dos funciones que permanecen activas hasta el final? Las últimas cosas que un ser humano puede hacer son tragar y respirar. Estas funciones están cuidadosamente protegidas pues el comer y el respirar son las fuentes de la vida para el ser humano. Y esta es la parte del cuerpo a partir de la cual se desarrolla el oído; desde aquí se retrae y luego adopta una función totalmente diferente.

Ahora les tengo que explicar un nuevo movimiento –uno que tal vez constituya un concepto totalmente nuevo para ustedes. Puedo caminar cada vez más rápido o caminar cada vez más lento, hasta que, en determinado momento, me quedo quieto. Pero ¿pueden ustedes imaginar un movimiento que sea aún más “quieto” que el quedarse quieto? Es decir, algo (por ejemplo, el maxilar) se mueve rápido al principio, y luego más lentamente, hasta que cesa todo movimiento y se queda en reposo. Cuando extrapolamos esta secuencia más allá del estado en que el objeto está en reposo, podemos quizás visualizar cómo llegamos a un punto en el que dicho objeto está *siendo movido*. En otras palabras: más quieto que quieto es el ser movido, así como poseer menos que nada significa estar endeudado (es decir, ser propietario con signo negativo). Nuestros huesecillos del oído, en realidad, *son* movidos. Desde la parte más instintiva del cuerpo, en la que a través del respirar y el comer luchamos por sobrevivir, y en la que están ubicados los músculos más fuertes de todo el cuerpo, algo se retrae, y se vuelve tan quieto, se mete tan adentro al buscar aislamiento en nuestro hueso más duro, alcanza tal reposo, que permite el *ser* movido. Incluso los pequeños músculos adheridos a los huesecillos de nuestros oídos tienen el propósito de atenuar el movimiento inducido si éste se volviera demasiado fuerte.

Continuaré ahora con el oído externo. Ya he dicho que se trata tan sólo de algunas protuberancias que se desarrollan para formar el oído externo. Lo extraño es que la oreja humana (al igual que la de los monos y los simios antropomorfos) se enrosca hacia adentro en lugar de estar ubicada sobre la cabeza como un par de apéndices con aspecto de embudo, como en el caballo, por ejemplo. ¿Por qué es esto así? ¿No sería más práctico el embudo? Cuando alguien no articula con claridad o cuando el sonido es bajo, tenemos que hacer un embudo con la mano para oír mejor. Sin embargo, yo opino que aunque quizás oiríamos mejor, nunca podríamos escuchar si nuestras orejas estuvieran construidas como embudos. Si prestan atención, observarán que los caballos no escuchan sino que “ven” con sus orejas; debido a que no pueden escuchar, pueden todavía mover sus orejas. Esta capacidad no se da en el hombre. Aunque existen numerosos músculos en el pabellón externo del oído, el hombre no puede mover sus orejas y, de ninguna manera, puede apuntarlas hacia delante.

Y ahora podemos comenzar a comprender algo del espíritu humano. El espíritu humano es más elevado que el alma humana. El alma tiene que ver con el reaccionar ante el mundo y el “hacer” en el mundo. A través del espíritu podemos hacer algo *acerca de nosotros mismos*. Lo extraordinario del oído es que proviene de la esfera en la que el ser humano se esfuerza por hacer todo a través de su propia actividad, pero se ha retraído de tal actividad. Es debido al proceso de superar lo instintivo que el hombre puede internalizar. Pues el internalizar es un proceso. Es por esta razón que el oído debe comenzar en el exterior y atravesar un proceso de internalización. Si el oído comenzara en el interior no habría internalización. El ser humano tiene que pasar por este desarrollo. Lo grande de la embriología como ciencia es que nos permite ver cómo se desarrollan los diversos órganos. Así como el ojo se desarrolla sobre la base de la curiosidad y, debido exclusivamente a esa curiosidad, se encuentra con el mundo de la

superficie que se extiende ante él, el desarrollo del oído sigue su curso comenzando en lo externo y metiéndose más y más profundo en lo interno.

Ahora bien, tengo algo más que decir sobre esta naturaleza interna. Ustedes saben que el hueso siempre tiene médula. La médula es la fuente de vida del hombre, desde el punto de vista metabólico; es lo que mantiene viva a la sangre. Ahora bien, en el hueso petroso, en el que se ha refugiado el oído, sucede algo extraño. En determinado momento vemos, en la embriología, cómo una multitud de células van a este hueso petroso para “comer” la médula –nuestra fuente de vida. El más “sagrado espacio” es devorado y se convierte en un espacio muerto, parecido a una caverna. Podemos reconocer el mismo proceso en esto. Pues este hueso está vivo al principio, pero luego se le quita toda esa vida. Se crean cavidades. Ustedes dirán: obvio, pues se necesitan cavidades resonantes. Es cierto, pero lo que yo encuentro tan interesante es que esas cavidades bien podrían haber sido creadas desde el comienzo, sin que este proceso de remoción de vida tuviera ninguna importancia. Pero no, al estudiar atentamente la embriología, encontramos el significado detrás de todo esto.

Así, la embriología nos enseña que nuestro órgano de audición cumple con su propósito fielmente, es decir, el ayudarnos a liberarnos de lo instintivo. Pues ¿qué es un instinto? Es algo que nos ata a la tierra. De modo que, así como el metal debe ser removido de la tierra, liberado de su estado de ligazón con la tierra, para producir sonido, también el órgano que ha de recibir el sonido debe liberarse de la tierra, de lo instintivo. Ustedes comprenderán, entonces, que con el oído penetramos mucho más profundamente en la realidad que con los ojos, que, después de todo, sólo perciben la superficie de las cosas. Nuestro sentido de la temperatura ya llega un poco más profundo. Siempre puedo engañar a los ojos, pero con el sentido de la temperatura esto ya es más difícil de lograr. Con el sentido de la temperatura no nos encontramos meramente ante el exterior de las cosas, sino que sentimos cómo es algo casi de lado a lado. Sin embargo, la temperatura es aún dependiente del entorno. En el frío, observamos que un objeto tiene una condición diferente de la que presenta en un entorno cálido. Pero cuando oímos algo, oímos realmente lo que ese algo *es*. Dándole un golpecito a una copa de vino, podemos oír si es de cristal. Los conductores de ómnibus en Italia tienen un pequeño plato de mármol junto a la caja registradora, en el que dejan caer las monedas para determinar si son verdaderas. En el sonido se pone de manifiesto la verdadera voz de las cosas, su naturaleza interior más profunda. La plata tiene un sonido particular; otros metales suenan diferente. El cristal tiene un sonido límpido mientras que el vidrio suena totalmente distinto. Con el oído penetramos profundamente en la naturaleza interior de la materia porque nos volvemos más quietos que quietos, y renunciamos a todo deseo terrenal.

Y sin embargo, en ninguna otra parte del ser humano encontramos que ocurra nada tan mecánico como las vibraciones del sonido. En ninguna otra parte se deja entrar tan profundamente al mundo exterior. En ninguna otra parte existe un tamborileo como el de los huesecillos del oído. Pero no oímos ningún tamborileo. ¡Oímos un sonido! ¿No es ese un gran misterio? Un proceso puramente mecánico obra en nosotros. Podemos

medir todo lo relativo al sonido con gran precisión. Podemos grabarlo. Podemos cuantificarlo. Es de lo más terrenal. En ninguna parte penetra lo terrenal tanto como aquí, pero oímos algo totalmente no terrenal. Esto es lo incomprensible. No oímos 87 o 493 vibraciones. Oímos un tono.

Debo aquí introducir un nuevo término para clarificar algo más que se nos presenta en el proceso de internalización: el término *borrar*. ¿Qué es esta internalización, en realidad? Es un fenómeno de borrado. Voy a aclarar esto con el siguiente ejemplo. ¿Qué sucede cuando leemos? ¿Leemos cada letra por separado? No, si lo hiciéramos estaríamos deletreando, como lo hacen los niños pequeños cuando están aprendiendo a leer. Tenemos que borrar los caracteres individuales, estas marcas negras con sus formas especiales sobre el papel, para poder leer el todo. A propósito, la lectura es algo en lo que el oído juega un papel importante. En verdad “oímos” la palabra, aun cuando leamos en silencio. En épocas pasadas, la gente siempre necesitaba leer en voz alta como lo hacen hoy los principiantes.

Así como el proceso que lleva del deletrear a la lectura es un proceso de borrado, podemos decir, con respecto al oído, que borramos las vibraciones sonoras. Nunca oímos una vibración, en realidad, la eliminamos. Borramos todo lo terrenal, y esto es posible porque el órgano de la audición se ha liberado de su aspecto instintivo; el oído se ha internalizado.

Si aprendemos a verlo de esta manera, comenzamos a comprender muchas cosas sobre el oído. Ahora ustedes se darán cuenta, además, de que se puede borrar no sólo las vibraciones acústicas (esto siempre lo hacemos automáticamente, de todas maneras), sino también los tonos individuales. Se puede tocar un do y un sol para hacer una cuarta. Uno puede tocar dos notas en el piano. ¿Y qué sucede? Uno las borra y sólo oye el intervalo. Cuando uno oye un intervalo, uno ya no oye el primer tono y el tono que le sigue, por separado. De esta misma forma se oye una melodía. Una melodía nunca es una secuencia de tonos. Si uno oyera una serie de tonos, ya no oiría una melodía. La melodía es algo que surge de entre los tonos. Y para poder oírla, uno tiene que borrar los tonos individuales.

¿Están comenzando a ver que no estamos aquí ante una cualidad del alma? Hemos ingresado verdaderamente al reino espiritual. Por esto es que la música está tan íntimamente relacionada con la matemática. También en la música podemos expresarlo todo con números. Con el color no se puede hacer esto. El color no se puede definir por medio de fórmulas matemáticas, pero el sonido sí. Podemos contar cuántas vibraciones acústicas hay en un intervalo. Podemos expresar la relación dentro del intervalo de manera precisa, en números. Pues la matemática es, en realidad, un oír interior. Es espíritu.

¿Qué constelación estelar se relaciona con lo que hemos estado diciendo sobre el oído? Cuando les dé la representación simbólica del signo para este sentido, es probable que les resulte más o menos obvio por qué el oído está relacionado con el Cangrejo (*Cáncer*, ). Pues este símbolo implica que donde un mundo termina, otro mundo comienza.

¿Cuáles son los dos mundos de Cáncer? Para explicar esto, tendré primero que referirme a algunos conceptos generales que tienen que ver con la *espiral* como forma.

Cuando observamos el universo, vemos gigantes nebulosas en espiral con miles de estrellas. ¿De dónde viene todo esto? ¿De dónde vienen estas estrellas visibles? Bien, la ley arquetípica de lo visible es que lo visible es siempre creado a partir de lo invisible. Todo lo que ha sido creado ha surgido de lo invisible. Por lo tanto, nuestras estrellas y nebulosas visibles también han surgido de lo invisible. Es sólo la mitad visible lo que observamos, la cual se ha separado de lo invisible. *Toda creación, en realidad, es aquello que ha sido liberado de la fuente primordial, de tal modo que el elemento creativo se transforma en la creación.* Esta es la forma más breve de expresar el origen del universo.

El Cangrejo tiene poder sobre la materia de una manera peculiar. Se despoja de la piel varias veces durante su período de crecimiento. Disuelve las sustancias duras de su coraza y las sublima volviéndolas piedrecillas en su estómago. Más tarde, estas piedras son disueltas nuevamente y transportadas a la nueva piel para la construcción de un nuevo caparazón.

El proceso del macrocosmos que acabo de describir también ocurre en el microcosmos, en nuestro vientre, en nuestro intestino. Nuestro sistema intestinal también es una espiral. En la embriología se puede observar que nuestro intestino comienza como un simple tubo, que en determinado momento empieza a formar curvas, de manera que terminamos con una espiral. Pues bien, todos saben que el tener un intestino largo es útil. Pero, ¿por qué tiene que ser una espiral? ¿Qué es lo que esto expresa? ¿Qué significa? ¿Qué sucede en el intestino? Ya me he referido a esto en conexión con el gusto. Comemos el macrocosmos, comemos algo proveniente del mundo, que tiene que desaparecer completamente. Tiene que ser enteramente absorbido. Tiene que perder su estructura original pues nada de la materia exterior ni cosa que tenga que ver con ella, ninguna de sus propiedades, pueden entrar al ser humano de manera directa. Tiene que ser totalmente destruida. El macrocosmos es reducido a cero, por así decirlo, para luego ser asimilado; se lo adapta a la sustancia interna. Todo lo que sea extraño ha de ser removido. El macrocosmos, pues, se convierte en nuestra propia sustancia, y esto sólo es posible por medio de una espiral. La espiral intestinal expresa el final del mundo exterior y la creación, por parte del ser humano, de un mundo propio.

Ahora también comprenderán por qué la cóclea del oído está construida en espiral. No puede ser un zigzag, una línea o un círculo. Tiene que ser una espiral, ya que ésta es la expresión del hecho de que aquí el mundo muerto, mecánico, termina, y que el elemento espiritual es liberado de la materia. En el signo de Cáncer reconocemos este movimiento de la cesación de una condición y la consecuente creación de otra condición nueva y opuesta. En el zodíaco, este signo está ubicado en el punto opuesto a Capricornio, el signo del equilibrio.

Ven ustedes cómo tenemos que hacer enormes desvíos para hacer comprensibles algunos hechos simples. Es un misterio para el estudioso de las ciencias naturales por

qué el órgano del equilibrio y la cóclea tienen el mismo origen. Desde el punto de vista exclusivo de las ciencias naturales, nunca podemos explicar qué tiene que ver el equilibrio con el oído. Sólo observando claramente el desarrollo del ser humano –para lo cual la embriología resulta útil, puesto que la creación microcósmica del individuo es un reflejo de la creación macrocósmica de la humanidad –es que podemos lograr una comprensión del hecho de que nuestro oído y nuestro equilibrio hayan sido creados a partir de la misma protuberancia. Se debe a que son polos opuestos. Con nuestro órgano del equilibrio nos conectamos con la tierra –nos orientamos en el espacio terrestre. Sólo cuando tenemos una orientación terrena, podemos ser elevados de este espacio terrenal. ¿Y cómo somos elevados? ¿Cómo podemos entrar de nuevo al reino del espíritu, al cosmos? ¡Escuchando! ¡Con nuestro oído! Tenemos que eliminar nuestro equilibrio externo para adquirir equilibrio interno. Podemos considerar el escuchar música como un “salir de caminata” usando nuestro equilibrio interior –el equilibrio entre alto y bajo, lento y rápido. Si este equilibrio no está presente en una pieza musical, decimos, con razón, que hay un desequilibrio en la música.

Pues bien, todos podemos experimentar que cuanto más nos reclinamos en un asiento, cuánto más nos recostamos, y cuanto menos conservamos nuestro equilibrio y, por ende, cuanto menos sentimos nuestro cuerpo, mejor podemos oír la belleza de la música. El que cabecea siguiendo el ritmo de la música, no está realmente oyendo mejor. Todo lo contrario. En realidad, tenemos que hacer menos que nada. Sólo podemos oír bien cuando eliminamos nuestro órgano terreno, nuestro órgano del equilibrio. Pero para comenzar, hemos de tener tal órgano.

En la siguiente parte de la conferencia, el Dr. Soesman hizo una demostración con diferentes instrumentos musicales. Obviamente no es posible ofrecerle al lector la misma experiencia que vivió el público en la sala de conferencias. Sin embargo, se ha tratado, en los párrafos siguientes, de dar una idea clara de lo que el orador trató de transmitir a sus oyentes.

¿Cuál es la esencia misma de la música? La música consiste sólo en tres cosas: el tono correcto, la correcta longitud tonal, y el volumen correcto. Eso es todo. Estas son tres dimensiones internas; así como tenemos tres dimensiones externas en el equilibrio: la altura, el ancho y la profundidad.

Voy a demostrar a través de algunos ejemplos con qué intensidad nuestro cuerpo es afectado por la música. Todos conocemos el sonido que produce alguien al raspar una uña contra el pizarrón. Suena horrible. Es insoportable. Lo “oímos” con la piel. Sentimos como nos cripa la piel. No oímos esto con los oídos, en absoluto. En un ejemplo extremo como éste, nos damos cuenta de varias cosas: observamos que este tipo de sonido no entra dentro de nosotros, sino que permanece en la superficie. Si, en cambio, escuchamos una hermosa pieza en el violín, la sentimos en un lugar distinto. El sonido del violín, si es puro, está realmente relacionado con los sentimientos. No se queda en la superficie de la piel, sino que penetra bajo ella como si nos estuviera acariciando allí. Así es como les habla a los sentimientos. Y no es ninguna coincidencia

que un violín desafinado, de sonido chirriante, sea tan similar al de la uña que raspa el pizarrón. El efecto en nuestro cuerpo es similar.

Otro ejercicio que podemos hacer con el violín es tratar de sentir lo que sucede con el sonido en nuestro cuerpo cuando oímos una escala ejecutada desde lo bajo hasta lo alto. Notamos, especialmente cuando estamos parados, que los tonos van trepando por nuestro cuerpo como una enredadera que crece.

Así como sentimos el sonido del violín debajo de la piel, hay otros instrumentos que sentimos en otros lugares. Si, por ejemplo, alguien toca un xilofón de madera, y tratamos de concentrarnos realmente en el efecto que el sonido tiene sobre nuestro cuerpo, notamos que este sonido llega más profundo que el del violín. Penetra casi hasta el esqueleto. Esto no ocurre con el xilofón de metal, que es fundamentalmente diferente al de madera. El sonido del golpe sobre la madera afecta a nuestros huesos mucho más que el sonido del golpe sobre el metal. A este último lo “oímos” más en los músculos, como un masaje. Mientras que la madera nos da la impresión de haber tocado fondo en nuestro interior, en nuestros huesos, sentimos el sonido del metal en la sangre que fluye a través de nuestros músculos.

El sonido de la flauta también opera en nosotros a un nivel más profundo. Y sin embargo, es diferente de los instrumentos de percusión de madera y de metal. La flauta afecta específicamente a nuestro organismo respiratorio. Así como el violín nos acaricia la piel, la flauta afecta a nuestro sistema respiratorio.

Otros instrumentos de viento, el cuerno, o la trompeta, les resultan a muchas personas más difíciles para conectarse. Estos instrumentos también afectan al sistema respiratorio, pero llegan más profundo, entran al lugar donde el aire es procesado –a la sangre, al corazón –, quizás la imagen de un ángel tocando la trompeta pueda ilustrarlo. Al tocar la trompeta, habla el corazón del ángel.

¿Y qué partes del cuerpo serían afectadas por el arpa y la lira? ¿Existe algún instrumento que tenga un sonido tan tierno y sentido como el arpa o la lira? ¿Existe algún otro instrumento que sea en realidad tan calmante, tan balsámico? Es que los sonidos del arpa y de la lira son percibidos por los nervios. Si tuviera que existir algún requisito para una terapia musical de las alteraciones nerviosas, tendría que ser que fuera una terapia basada en la lira. Así de benéfico, de sanador, puede ser el sonido de la lira.

El propósito de estos ejercicios no es que ustedes aprendan a escuchar conscientemente con diferentes partes del cuerpo. En verdad, es necesario olvidarnos completamente de esto cuando realmente queremos escuchar. Sin embargo, como ejercicio, es interesante pues, como he tratado de demostrar con estos instrumentos musicales, el sonido es captado primero de manera física, luego de lo cual (y, de nuevo, esto afortunadamente ocurre de manera inconsciente la mayor parte del tiempo) lo borramos para “dar el salto” al mundo espiritual. Con el oído, pues, el *elemento social* es introducido a nuestra

cultura. Nos eleva más allá de nosotros mismos porque primero nos afecta físicamente. En verdad supera lo físico, lo borra.

¿Qué fuerzas usamos para esto? Cuando recorremos la lista de los sentidos, parece que no quedara nada. Hemos visto con qué enormes poderes contamos en relación con los sentidos “inferiores” –el tacto, el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el equilibrio. También hemos visto que todas las fuerzas del alma les han sido asignadas a los cuatro sentidos anímicos –el alma consciente y la voluntad en relación con el olfato, el alma racional (*) y el sentimiento en relación con el gusto, el alma sensible y el pensamiento en relación con la vista, y nuestro interés, nuestra atención, en relación con el sentido de la temperatura. ¿Qué nos queda para el oído? ¡No queda nada!

Rudolf Steiner afirma que el ser humano no puede oír por sí mismo, que otros seres tienen que ayudar. Podemos oír porque recibimos ayuda de las almas de los ángeles. Oímos a través de las almas de los ángeles en vez de a través de la nuestra. Esto se debe –y tal vez suene duro – a que somos demasiado egoístas. El elemento verdaderamente social, de verdadero desprendimiento, de verdadero amor, aún no está presente en el hombre. Llevará mucho tiempo para que éste se desarrolle. Desde luego que a menudo tratamos de ser sociales y de actuar de manera amorosa. Los seres angélicos, en cambio, lo hacen normalmente. Siempre actúan de manera absolutamente desinteresada como protectores del hombre. Por ello es que son los ángeles los que obran en nosotros dentro de este sentido verdaderamente social, verdaderamente espiritual –el sentido del oído.

Rudolf Steiner dijo algo muy curioso sobre nuestro órgano de la audición: que aunque el sentido de la temperatura fue el primer sentido del hombre, el oído había estado presente aun antes del comienzo. Nos encontramos, pues, ante un sentido “imposible”, que existía aun antes de la creación. Ya les he explicado que todo lo que es creado es, de algún modo, separado, liberado del cosmos como materialización. En consecuencia, en el oído tenemos la gran paradoja de un sentido que es enteramente terrenal, y funciona de manera completamente terrenal, y que, sin embargo, está construido directamente con sustancia celestial, con los ángeles (seres de las jerarquías celestiales, ubicados directamente por encima del hombre) que operan sobre él. El sonido es una realidad. No es una apariencia, no es una imagen, como en el caso de la vista, sino la realidad misma. Uno nunca danzará ante una pintura, pero es difícil mantenerse quieto con la música. La música nos toca en los músculos y en los huesos. Es una fuerza dinámica, y debido a su

(*) N.del T.: He empleado aquí la denominación *alma racional* por ser la más comúnmente usada en español. En la versión en inglés de esta obra, aparece como *intellect or mind soul* ; otros autores la llaman *comprehension soul*. El caso es que Rudolf Steiner la llama, en alemán, *Verstand oder Gemüt Seele*, denominación difícil de traducir. *Verstand* es *entendimiento, razón, intelecto, juicio*. *Gemüt* no tiene equivalente preciso ni en español ni en inglés. En español generalmente se lo deja de lado. El diccionario da como traducción de *Gemüt*: *ánimo, alma, temperamento* y en inglés *mind, y feeling*. Consultando con un hablante de alemán, creo que una interpretación posible sería *alma del entendimiento o de la sensibilidad* (sensibilidad en el sentido de capacidad de apreciación).

origen celestial, también se puede convertir en el poder más demoníaco. Los demonios saben exactamente por dónde agarrar al ser humano, y es por ello que lo hacen a través de la música. No existe nada que pueda ser tan demoníaco como la música, pues ella encarna los poderes más elevados, y es difícil para el ser humano tomar conciencia de esos poderes y resistirse a ellos cuando son demoníacos.

Así pues, encontramos en el oído la esencia del elemento social: algo que ha sido retenido, que no se ha vuelto terrenal, sino que ha permanecido celestial, que está presente en el hombre de manera incipiente en el acto de oír. El oír siempre significa renunciar a nosotros mismos y entregarnos a algo o a alguien más. Por el momento somos todavía incapaces de hacer esto con nuestras propias fuerzas. En toda comunión que se produce con cada relación entre dos personas, se necesita siempre ayuda y protección de los ángeles guardianes.

Por último, quisiera llamarles la atención sobre lo siguiente. Vivimos en una época en la que todo tiene que ser registrado, para toda la eternidad. Todo tiene que ser almacenado en una “memoria”, tiene que ser “momificado”: fotografías, películas, cassettes, etc. Nuestro materialismo lo arroja todo a una gran pila, todo es permisible: no hay distinción entre imagen y sonido.

Sin embargo, por medio de la ciencia espiritual, podemos descubrir que hay una gran diferencia entre aquello cuya imagen registramos y aquello que grabamos como sonido. Una imagen es siempre una apariencia. El sonido es real. Nada que sea imagen tiene influencia sobre los muertos. Es distinto con el sonido y, en particular, con la voz humana. Cuando grabamos, nos aferramos por la fuerza a algo que es pasado. La música y el habla son eternamente recreadas en el tiempo. Cuando íntimamente nos damos cuenta de esto, podemos también comprender que el “prender” a voluntad la voz preservada, magnéticamente “enlatada”, de alguien no es una cuestión sin importancia. Es algo que retarda el desarrollo de aquellas almas que han regresado al mundo espiritual para continuar allí. En cambio, revivir algo en nuestra memoria, usando nuestras propias energías, es muy positivo, no importa cuán imperfecto sea. Unirse con el espíritu requiere un sentido de responsabilidad más profundo.

Capítulo 6

El sentido del lenguaje, el sentido del concepto (*) y el sentido del Yo

Esta vez tendremos que concluir. En el primer encuentro, les dije que íbamos a hablar sobre el primer capítulo de la antroposofía. En todo este tiempo ustedes ya habrán descubierto en qué se han metido con esa idea de “primer capítulo”. Yo les advertí que este primer capítulo lo abarca todo. Les puedo decir ahora que cualquiera sea el capítulo de la antroposofía que ustedes tomen, siempre abarca todo. Esto es lo novedoso y lo especial de la antroposofía. No se basa en el reduccionismo. Por el contrario, aun cuando nos dediquemos a un pequeño componente, sólo podemos entenderlo desde la totalidad que todo lo incluye. Esta totalidad no es nunca comprensible a partir de un detalle aislado. A menudo se da por sentado que podemos entenderlo todo a partir de los pequeños átomos. No es así. Para comprender al pequeño átomo, al pequeño componente, necesitamos una visión abarcadora del mundo.

La última vez hablamos sólo del oído. Traté de explicar que, en cuanto al oído, nos encontramos frente a un *sentido social*, un *sentido espiritual*. Hablamos sobre cómo surge el sonido y sobre la audición del sonido. Vimos cómo nuestro órgano de audición se ha desarrollado a partir de una pequeña porción de la superficie corporal y una pequeña parte del hueso maxilar. Traté de explicar lo que esto significa, en su esencia. Ahora sabemos dónde en nuestro cuerpo “oímos” el sonido de diferentes instrumentos musicales, y cuál es la mejor manera de escuchar música: ignorar el cuerpo lo más posible. Hemos aprendido que, aunque sabemos que existen vibraciones sonoras, esto *no* es lo que oímos. En realidad, no prestamos atención a estas vibraciones para llegar al tono mismo, que revela el carácter más íntimo de la materia. En consecuencia, podemos lograr una comprensión mucho mayor de la materia escuchando música que mirando a través de un microscopio. La ciencia también ha descubierto esto, aunque desde una perspectiva totalmente diferente. Ustedes saben que los elementos químicos están ordenados en la así llamada tabla periódica. Se ha descubierto que se puede categorizar a todos los elementos según un cierto ritmo, un ritmo musical, una especie de escala, en la cual siete elementos se ubican en cierto orden y el octavo tiene propiedades similares al primero, y así siguiendo. A esto se lo conoce como la tabla periódica de Mendeléiev.

(*) N.del T.: también llamado *sentido del pensamiento* –ver pág. 95 más adelante.

También pudimos entender por qué el órgano del equilibrio y el de la audición están ubicados tan cerca uno del otro, por qué son creados a partir de un origen común. Y, por último, les expliqué cómo, en el futuro distante, podremos, a través del oído, desarrollar un sentido social y actuar de manera verdaderamente social, mientras que, en el presente tienen que ayudarnos en esto los seres angélicos –ellos, en realidad, “dirigen” nuestro oído.

Esta noche quiero referirme a los últimos tres sentidos: el sentido del lenguaje, el sentido del concepto y el sentido del Yo. Estos tres sentidos fueron descubiertos por Rudolf Steiner. Desde entonces, otros también los han descrito. Por ejemplo, hay un estudio detallado del sentido del Yo en el tratado sobre “el fenómeno humano” de Buitendijk. Pero Rudolf Steiner fue el primero en mencionar estos tres sentidos. Y puesto que son nuevos y desconocidos, se requiere un esfuerzo especial para explicar lo que realmente son. Aún no está la terminología. Esto siempre sucede con lo nuevo. Las palabras no funcionan demasiado bien. Uno tiene que leer entre líneas para captar lo que se quiere decir.

Cuando uno oye que el sentido del lenguaje o del habla significa que oímos el lenguaje, que notamos que alguien habla un idioma, uno puede pensar: “Es absolutamente obvio que lo oímos, después de todo, tenemos un órgano para la audición.” Sin embargo, Rudolf Steiner demostró que hay una gran diferencia entre escuchar música y oír hablar un idioma. Es fundamentalmente diferente. Un idioma no es un tipo complicado de música –no es una especie de arreglo musical, tal que, cuando pronunciamos una cierta secuencia de tonos, queremos decir esto o aquello. Rudolf Steiner señaló que el sentido del lenguaje difiere tanto del sentido del oído como el de la temperatura difiere del de la vista, por ejemplo, o el olfato del gusto. Oír música, o tonos, o el elemento musical, es básicamente diferente a oír un idioma. Basta probar lo siguiente: prender una radio que reciba muchas estaciones y sintonizar una en la que pasen música que nunca antes hayamos oído. Luego, sintonizar una estación en la que se oiga un idioma que no conozcamos para nada. Aunque no conozcamos ni la música ni el idioma, sabemos inmediatamente que una es música y lo otro idioma. Lo oímos en el acto. Si esto es lo que oímos, ¿cuál es, entonces, la diferencia? Esta es una pregunta difícil. Siempre nos resulta fácil explicar las similitudes. Un gato y un perro son ambos animales de cuatro patas. Eso es fácil de explicar. Pero ¿cuál es la diferencia entre un perro y un gato? Podríamos hablar horas sobre ello. Lo mismo ocurre con la música y el lenguaje.

¿Qué es lo que sucede en el alma cuando oímos música, y qué sucede cuando oímos un idioma? Notamos que algo sucede, pero ¿podemos describirlo y explicarlo? En primer lugar, no tiene nada que ver con el hecho de que un lenguaje pueda ser complicado – esto no lo oímos para nada. La música también puede ser bien complicada, en especial si se trata de música de una cultura totalmente diferente, o de música moderna. Y aun así, oímos que se trata de música. ¿Qué es, entonces, el lenguaje?

Bien, algunas personas probablemente dirán: “¿Acaso el lenguaje no es también música? ¿Es que no hablamos del elemento musical del lenguaje?” Es cierto. Distinguimos un idioma del otro porque el elemento musical es diferente. Pero este elemento musical no está en primer plano. Cada idioma es musical en cierta medida, pero aun así no es música. Hay un secreto mucho más profundo detrás del lenguaje. Podemos componer música. Pero hacer un idioma viviente es imposible. Se lo ha intentado, con el Esperanto, por ejemplo, pero el resultado es totalmente artificial. A pesar de que, según sus “creadores”, la estructura del Esperanto es lógica, simple, más práctica que todos los idiomas vivientes, nunca será un idioma verdadero. Es un típico no-idioma. No es más que un montón de concordancias. Esto se debe a que el lenguaje no es una concordancia musical complicada, sino algo de orden enteramente diferente. Alguien que puede hacer música no necesariamente es un lingüista creativo. Hay gente que tiene facilidad para los idiomas, y otros que tienen talento musical. Ambas cosas no se dan juntas necesariamente. No se puede decir que las personas con talento musical tienen facilidad para aprender a hablar idiomas extranjeros. Con frecuencia, los músicos tienen sensibilidad para las matemáticas, aunque parezca extraño, pero la facilidad para los idiomas y la facilidad para la música son diferentes “facilidades”.

Si de verdad quiero oír un idioma, debo primero suprimir, ignorar, la música que hay en él. No le debo prestar atención al elemento musical. Resulta muy interesante probar hacer esto, así como fue interesante tratar de oír un instrumento musical en algún lugar del cuerpo. Si uno quiere tener en claro cuál es el elemento musical de un idioma, y quiere compararlo con el de otro idioma, sólo puede hacerlo prestándole especial atención. Y entonces ya no oye *qué* se dice, sino *cómo* se dice. En la forma corriente de escuchar, incluimos al elemento musical, pero no lo registramos conscientemente. Tenemos que ignorarlo para llegar al idioma en su forma pura. *El lenguaje es lenguaje.*

Uno no puede meter mano en un idioma. Y si no, basta probar con introducir una nueva palabra al vocabulario. Resulta muy difícil y rara vez tiene éxito. Una palabra nueva simplemente surge en el idioma. De pronto está “en uso”. Con frecuencia ni siquiera sabemos de dónde provino.

Es bien conocido que han existido ciertos reformadores del idioma. El idioma alemán se debe en gran parte a Lutero, quien poseía una habilidad lingüística especial. El italiano es en gran medida atribuible al Dante, quien verdaderamente le dio forma. Sólo muy pocas personas, sólo los artistas muy talentosos, son capaces de dar forma a un idioma. Esto se debe a que la sabiduría del lenguaje pertenece a un mundo diferente, que no se puede equiparar con el mundo del elemento musical. ¿Cuál es pues este mundo especial, al que entramos una vez que hemos eliminado el elemento musical?

Sabemos que el lenguaje está compuesto por vocales y consonantes. Ustedes me podrán decir: “¿Acaso no es lo mismo que en la música, no hay allí elementos similares?” Les voy a demostrar que no es así. Con los elementos del lenguaje podemos hacer algo que jamás se puede lograr con los tonos en el piano. Por ejemplo, la nota A en el piano es completamente fija. Tiene determinado número de vibraciones. Es fija y por ello la

hemos denominado “A”. La quinta nota nos lleva más arriba en la escala y la denominamos “E” (*). La música es fija de tal manera que cada tono tiene su lugar. En cambio con la letra A, la vocal, puedo hacer algo bien extraordinario. El tono de la vocal no es fijo. Puedo pronunciar la A con voz grave de bajo, o la puedo decir con voz aguda y chillona. Siempre será A. Hasta puedo cantar una melodía con la vocal A. Nunca se transforma en E. Puedo mantener la A en todos los tonos. Puedo cantar una vocal y, con un poco más de esfuerzo, también una consonante. Puedo tararear la N en distintos tonos. Es decir, puedo cantar los elementos del lenguaje en forma separada. No puedo hacer lo mismo con los elementos de la música tomados individualmente.

¿De qué otra manera podemos cantar, o hacer, melodías? Podemos hacerlo con un violín, o una flauta, o un piano. Por cierto, podemos hacer melodías con todos los instrumentos musicales cuando producimos diferentes tonos. De modo que, en realidad, los valores de las diferentes vocales y consonantes son comparables a los valores de los diferentes instrumentos. Podemos hacer con una vocal o una consonante lo mismo que con un violín. Esto pertenece a un orden superior al de la música. Cuando escuchamos un idioma, la palabra “planta”, por ejemplo, no le prestamos atención a su cualidad musical. Podemos deletrearla: p-l-a-n-t-a, o podemos decirlo con voz grave o aguda. Podemos cantarla, con una composición de tonos musicales. Pero algo incomprensible sucede en todos los casos: ignoramos en todo momento el elemento musical, mientras que al mismo tiempo estamos, de hecho, oyendo una secuencia de instrumentos musicales, uno después del otro. Imagínense oír una guitarra, luego una flauta, después un violín, y a continuación una trompeta, todos en rápida sucesión. Como música, sonaría horrible. Y, sin embargo, esto es lo que oímos en el lenguaje. En el lenguaje, sólo oímos un instrumento después del otro.

Una vez conocí a alguien que también lo describió de esa manera. Se trataba del educador y escritor inglés A. C. Harwood. Durante un viaje, estaba recostado en la cama de un hotel, muerto de cansancio, tratando de dormirse. Justo cuando estaba por lograrlo, algunas personas entraron a la habitación contigua a la suya. En consecuencia, no pudo dormirse y se vio forzado, por así decirlo, a escuchar a estos otros huéspedes que hablaban, encontrándose él en un estado de agotamiento y somnolencia. Las personas hablaban un idioma que él no conocía; no entendía lo que decían. Oía su lenguaje en su forma pura, como fenómeno, y estaba tan cansado que su intelecto estaba inactivo. ¿Qué fue lo que vivenció Harwood? Él lo expresó mucho mejor de lo que yo jamás he podido: “Fue como escuchar un aire, tocado en una serie de instrumentos sucesivos, aunque por supuesto la transición no era abrupta, sino orgánica.” (A.C. Harwood, *The Golden Blade*, 1953)

(*) N.delT.: En los sistemas de notación musical alemán e inglés, A = La y E = Mi

Ahora, al oír esta aseveración, ustedes pueden ver cómo, en estado de somnolencia, alguien vivenció exactamente lo mismo que yo les he tratado de explicar en detalle. Lo que resulta evidente es que al oír un idioma tenemos la extraordinaria habilidad, que va más allá del mero oír, no ya de ignorar las vibraciones y tonos individuales para oír un intervalo, sino incluso de ignorar la totalidad del elemento musical –la totalidad de la música. Y cuando apreciamos esto con claridad, vemos que las vocales y las consonantes no son sino manifestaciones de un orden superior, son instrumentos cósmicos. Somos capaces de hilvanar toda una secuencia de estos instrumentos en un todo. Esto pertenece, por cierto, a un orden mucho más elevado que el mero oír tonos, oír una melodía de tonos. Aquí nos encontramos ante una melodía de instrumentos, uno después del otro, conformando un idioma.

Este sentido del habla, o sentido del lenguaje, como también lo denominó Rudolf Steiner, es el opuesto directo del sentido del movimiento propio. He explicado que el sentido del movimiento propio es la habilidad de observar, de participar en, de vivenciar los propios movimientos. Ahora bien, ¿qué es lo que en realidad hacemos cuando participamos en nuestros propios movimientos? Existen dos tipos de movimiento: movimientos de adaptación y movimientos emocionales, de expresión. Todos los movimientos que se adaptan a un instrumento son movimientos de adaptación, como por ejemplo los que realizo cuando hago carpintería o cuando manejo un auto. Incluso cuando señalo algo, me adapto a mi dedo en su calidad de puntero. Los movimientos emocionales, de expresión, son los que empleamos para expresarnos. Estos movimientos son los gestos mímicos que hacemos, como, por ejemplo, gestos de sorpresa, susto, miedo, o alegría.

Tal vez ustedes puedan advertir de qué manera el tomar un objeto, el manejar un instrumento, se puede comparar con el usar las consonantes. Las consonantes son comparables con los instrumentos. Son los elementos estructurales del lenguaje. Son el esqueleto. En un dialecto, por ejemplo, son principalmente las vocales las que cambian. Las vocales son, en particular, las que se pronuncian de manera diferente. Podemos notar que las consonantes están mucho menos sujetas al cambio. Las consonantes son más o menos las mismas en los distintos idiomas, pero a menudo las vocales se pronuncian de modo totalmente diferente. Así, pues, las vocales pueden compararse con nuestros movimientos de expresión, nuestros movimientos emocionales, nuestros sentimientos.

¿Por qué es tan importante considerar la diferencia entre los dos tipos de movimiento y su relación con las consonantes y las vocales? Es importante para darnos cuenta de que podemos oír, entender, el lenguaje al dejar de lado nuestras propias expresiones, nuestras propias emociones, a las cuales podemos observar como movimientos por medio del sentido del movimiento propio. Sólo podemos escuchar cabalmente, oír las vocales de alguien, cuando no hablamos al mismo tiempo, o hacemos ruido o nos dedicamos a otra cosa. Es necesario hacernos a un lado, eliminarnos, ignorarnos. Podemos, por lo tanto, borrar el elemento musical del lenguaje, borrándonos a nosotros mismos. Y sólo cuando nos borramos a nosotros mismos, cuando nos hacemos a un

lado, nos sacrificamos, podemos observar en otra persona los elementos emocionales y formativos del lenguaje. Lo que importa no es que nosotros mismos hablemos un idioma, sino que no nos prestemos atención y dejemos que el otro hable el idioma.

Ya he mencionado que nosotros no formamos al lenguaje. Lo forman seres cósmicos superiores, a través de nosotros. Son los arcángeles los que hacen esto. Los arcángeles, a diferencia de los ángeles, no se ocupan del desarrollo de la individualidad. Cada ser humano tiene su propio ángel, pero no su propio arcángel. Los arcángeles forman grupos de seres humanos, grupos lingüísticos, dentro de los cuales nos sentimos en casa, dentro de los cuales nos criamos. Hay que verlo de esta manera: cuando escuchamos un idioma, lo escuchamos en realidad a través del ser de un arcángel, quien guía a un grupo de personas, por así decirlo, y los forma en el lenguaje, aunque no tan directa e individualmente como lo hacen los ángeles. El lenguaje es, pues, un elemento formativo. En un idioma con muchas consonantes, como el checo, por ejemplo, podemos oír incluso en la estructura del idioma a un ser diferente del de un idioma con muchas vocales. Todo el proceso formativo llega muy profundo en el ser humano. Y tiene mucho que ver con el idioma con el que ha crecido.

Sumergiéndonos en el lenguaje de esta manera, podemos entrar directamente al mundo del arcángel. Entonces debemos abandonarnos completamente. Tenemos que hacer a un lado nuestras propias emociones, y no prestar ninguna atención a nuestros propios instrumentos, sólo prestar atención a los instrumentos de los dioses, de los arcángeles, que son los espíritus del idioma o de los pueblos, y están separados de nosotros un nivel más que los ángeles. Si somos receptivos a esto, nos damos cuenta de que no nos resulta tan difícil hablar de estos sentidos suprasensibles, espirituales. Vemos con claridad que, en lo que respecta al habla, comenzamos con la audición –ya que sin oídos no podemos escuchar el lenguaje –y luego borramos lo que oímos y sentimos: ¡ese es el lenguaje!

El lenguaje es una majestuosa transición orgánica de un instrumento al siguiente. Estos instrumentos son primordialmente los sentimientos y los elementos creativos del espíritu del idioma, del arcángel, que ha establecido una conexión con nosotros.

Continuaré ahora con el *sentido del concepto*. Con esto, Rudolf Steiner quiso señalar que existe otra cosa más allá del oír el lenguaje, más allá de la habilidad de reconocer el lenguaje. Se trata de la capacidad de entender, de comprender, de hacerse una imagen de lo que se dice. Sólo cuando tenemos el dominio de un idioma – y esto no se aplica sólo a la lengua materna –éste se vuelve transparente para nosotros cuando lo oímos. Podemos ver lo que encierra. Podemos seguir lo que se dice. Es una experiencia maravillosa. Nos damos cuenta inmediatamente de que un tipo de percepción totalmente diferente entra a nuestra conciencia. Las palabras se nos vuelven conceptos.

En su obra filosófica *La filosofía de la libertad*, Rudolf Steiner dijo que no podemos expresar un concepto en palabras. Basta con tratar de explicar qué es un concepto, por ejemplo. No se puede realmente expresarlo en palabras. Las palabras sólo indican que existen cosas llamadas conceptos.

Lo interesante es que nunca podemos decir exactamente lo que queremos decir. ¿Por qué no? Porque tenemos un concepto de algo. Tenemos una idea sobre algo. ¿Y dónde está esa idea? ¿En el lenguaje? No. Existe en un plano más alto. Pero el problema es que necesitamos al lenguaje cuando queremos pasarle esa idea a alguien más. Tenemos que decidir si queremos decirlo en inglés, en francés, en holandés o en alemán. Y a veces un solo idioma no es suficiente. Entonces tenemos que tomar prestado de otro idioma. Tenemos que usar una palabra de otro idioma. En inglés, por ejemplo, no hay una palabra para el vocablo alemán *Gestalt*. Y el alemán no tiene palabras para expresar la frase inglesa “team work”. Esta es una expresión inglesa que no se puede traducir al alemán. A veces, también, hay pobreza lingüística en determinado campo y uno no puede expresar cierto concepto en su propio idioma. Los antropósofos saben esto muy bien, ya que Rudolf Steiner, que trató de transmitir sus visiones, conceptos y pensamientos lo más claramente posible, lo hizo en alemán, y a veces resulta difícil poner estos conceptos en otro idioma. Con seguridad ustedes habrán encontrado este problema en otras áreas también. Uno quiere expresar algo que tiene ante sí en la mente con toda claridad, una idea que uno comprende cabalmente, y, sin embargo, no puede encontrar las palabras. Intuimos que hay algo más detrás de las palabras, algo que no puede ser expresado en palabras. Y si, de todas formas, lo expresamos, terminamos en una confusión al estilo Torre de Babel. Hemos elegido cierto lenguaje, pero la idea no tiene lenguaje. Es inexpressable. Podemos decir “mesa” en varios idiomas, el que gusten. ¿Pero qué *es* una mesa? ¿Qué es la idea “mesa”? Es algo que habita en un mundo silencioso. Las ideas viven en un mundo silencioso. Y es una experiencia extraordinaria tomar conciencia de que somos capaces de borrar las palabras también. Ya que hay que tener en cuenta el hecho de que nadie puede jamás expresar *exactamente* lo que quiere expresar. Sólo entendemos a alguien cuando también borramos lo que dice. Tenemos que ignorar al lenguaje. Entonces nos encontramos no con “mesa”, “table” o “Tisch”, sino con la idea misma.

Como ustedes ven, más y más cosas se van borrando. En primer lugar hay que tener, por supuesto, buena audición, en la que las ondas acústicas, las vibraciones, se borran para poder oír. Les dije que los seres angélicos son los que trabajan en nosotros en relación con este órgano sensorial social. Sin embargo, necesitamos subsiguientemente la asistencia de seres de una jerarquía aún más alta, los arcángeles, para borrar el elemento musical del lenguaje de modo de poder oír el lenguaje mismo. Y podemos ir aún más lejos. En determinado punto podemos entender un idioma borrando al idioma mismo. El lenguaje se vuelve así transparente para nosotros y, en consecuencia, nos elevamos al mundo de las ideas detrás del mismo. Entonces penetramos directamente a la percepción que el otro tiene. Esto se logra borrando el lenguaje.

Ahora bien, el sentido del concepto es el opuesto del sentido vital –el sentido que empleamos para percibir nuestra propia constitución, para percibir si nos sentimos mal o cansados, si sentimos dolor o hambre, si nos sentimos lánguidos o llenos de energía. Observamos nuestro propio cuerpo vital, nuestra constitución. Con el sentido del concepto, en cambio, penetramos hasta las ideas. Nos damos cuenta de que esto no tiene

absolutamente nada que ver con nuestra constitución. Todo lo contrario, cuando alguien tiene algo que decir sobre su mundo de ideas, no depende del estado de salud que lo que se diga sea cierto o no. No podemos decir: “Oigan, hoy los ángulos del triángulo no suman 180° porque tengo una migraña terrible.” No. Para entrar a este silencioso mundo de las ideas, tenemos que olvidarnos de nuestro sentido vital. No obstante, necesitamos un sentido vital bien desarrollado, ya que sólo se puede sacrificar algo cuando hay algo para sacrificar.

¿Qué es lo que en realidad aprendemos a través de nuestro sentido vital? Aprendemos sobre los padecimientos y las tribulaciones de la vida. Ya he señalado que en verdad agradecemos el tener que esforzarnos, y aceptamos de buen grado el sufrir dolor de vez en cuando. Nunca podríamos penetrar hasta la verdad si nunca hubiéramos sufrido dolor. Es de extrema importancia que el sentido vital sea bien formado en la juventud. Si consentimos demasiado a nuestros hijos, nunca sufrirán dolor y, en el futuro, carecerán de sentido para la verdad. Es típico de las épocas de holgura y prosperidad que haya tendencia a una falta de sentido de la verdad. Entonces nos encontramos con cosas por el estilo de lo que les voy a referir ahora, tomado de un manual moderno. A los niños se les debe decir: “...y ahora querrán saber de dónde provienen ustedes. De un huevo. Ustedes también han sido un huevo. Así sucede con todas las personas y los animales.” En mi opinión, una cosa así desgarrar el alma. Pues ¿saben ustedes lo que esto está diciendo? Es más o menos lo mismo que decir: “Papá está bajando del auto, Papá también ha sido un auto.” Y esta descabellada falsedad ha de ser presentada, según el autor de dicho libro, en el primer año de la escuela. ¡Porque esta es la verdad! El autor piensa que la cigüeña es un disparate, pero no así que los niños hayan sido huevos.

La verdad sólo surge en las situaciones en las que hay abundancia de sufrimiento y pena. Es allí donde el ser humano desarrolla un sentido de la verdad. No estoy diciendo: vamos, causémonos ahora mucho sufrimiento así podemos descubrir la verdad. De ninguna manera. Pero si me preguntan dónde surge la verdad en el alma humana, es siempre donde ha habido mucho sufrimiento. Por algo se dice que la sabiduría es pena cristalizada. También es muy importante dejar que el niño pase por experiencias que lo pongan a prueba, como tener que esperar la comida de vez en cuando, o tener que hacer cosas que no le gustan, o no conseguir siempre lo que quiera. No podemos aprender a desarrollar un sentido de la verdad, a comprender a alguien, a descubrir el mundo de ideas del otro, si nunca hemos sentido dolor en nuestro interior. Sólo cuando hemos aprendido sobre el dolor físico por medio de nuestro sentido vital, es que podemos borrar este sentimiento, esta experiencia, y sentir dolor cuando alguien no dice la verdad. No estoy hablando de la verdad moral. La autora del manual en cuestión tiene buenas intenciones, ciento por ciento. No se propone engañar a los niños. Lo dice con absoluta convicción —una convicción cristiana, casi se diría. Pero lo que dice es doloroso porque no hay en ello ninguna verdad. Va contra la lógica más elemental. Desafortunadamente, cada vez menos personas tienen sentido de la verdad, algo que, en realidad, debemos desarrollar cada vez más.

Cuando hablamos del mundo de las ideas, ¿a qué mundo nos referimos en verdad? ¿Qué es este mundo en el que se borra todo lo que es audible externamente, donde las palabras no existen, donde el lenguaje carece de importancia, donde sólo existen conceptos? Debe de ser un mundo en el que los espíritus del lenguaje tampoco tienen importancia. Sobre esto, Rudolf Steiner dice que le debemos el sentido del concepto a un ser superior que obra a través de las personas brindándoles apoyo. Así como los ángeles nos ayudan a percibir el sonido, y los arcángeles nos ayudan a distinguir el lenguaje, nos encontramos aquí con el *Espíritu de la Humanidad*. Estamos aquí, en realidad, en relación directa con el *Cristo*.

Sería bueno detenerse a pensar sobre esto –que cuando el mundo se vuelve completamente silencioso en el mundo de las ideas, nos conectamos unos con otros a través de aquello que es universalmente humano. Encontramos algo en nuestro interior que nos conecta a todos unos con los otros, algo que no puede ser expresado en palabras, sino que está detrás de la expresión, y que vive en todos nosotros en forma de ideas, de conceptos. Y en esta vida de conceptos encontramos el primer puente hacia el Cristo. Aquí es donde nos encontramos con el Cristo como ser cósmico, como una tercera dimensión más allá de los ángeles y de los arcángeles. No quiero decir que lo hagamos de manera sentimental, sino de una manera que se dirige a las cosas que tenemos directamente frente a nosotros, cosas sobre las que podemos tener una comprensión en común.

El sentido del concepto surge, pues, a través de dos cosas: borrar el sentido vital y simultáneamente sacrificar algo de nosotros mismos. Se puede decir que el sentido del concepto funciona a través del sentido vital, pero absteniéndose de usar este último. Este es un concepto difícil. Siempre nos inclinamos a pensar que cuando algo *no* se dice, no está allí, desaparece. Pero decirle “no” a algo en el aquí y ahora significa que, del otro lado, se abre un sentido. Espero que puedan captar esto más o menos; obviamente, estamos aquí tratando sobre algo que es muy difícil de poner en palabras. Lo que quiero decir es que cuando no hablamos sobre algo, ese algo lo mismo está allí; aunque lo desestimemos, lo neguemos, lo ignoremos, sigue existiendo en otro lugar. Toda falta de reacción de un lado tiene una reacción contraria en el otro. Una vez que nos familiarizamos con esta idea, comenzamos a darnos cuenta de cómo la práctica durante la juventud –el hacer el esfuerzo para lograr algo, el dar algo de uno mismo – siempre suscita, más adelante, otro tipo de capacidad, una capacidad para el sacrificio, que, en el sentido vital, puede alcanzar el punto en que el ser humano puede gradualmente llegar a conocer al ser que une a las personas cuando ellas se escuchan unas a otras. En relación con esto, podemos apreciar un aspecto positivo de nuestra cultura: que existe una gran avidez no sólo por leer y estudiar, sino también por formar grupos de personas. A la gente le gusta conversar, más aún, ¡le gusta entablar interminables debates! Hay una motivación profunda detrás de esta tendencia y es que queremos escuchar *detrás* de las palabras de cada uno, pues es allí, en efecto, donde nos encontramos con el representante de la humanidad, el Cristo. Esto es posible para todos nosotros si ponemos en acción a nuestro sentido vital y a nuestro sentido del concepto.

Esto está conectado con el Toro (*Tauro*, ♉). ¿Se dan cuenta ustedes de qué es lo milagroso acerca del toro, de la vaca o de los bovinos en general? Se trata de animales muy fuertes, de los cuales todo es utilizable: la carne, el cuero, el pelo, los cuernos. Hasta el estiércol es utilizable. Y si no, traten de mencionar alguna parte del bovino que no sea utilizable en la vida cotidiana. En síntesis, el toro es el animal de sacrificio por excelencia. Esto es lo que contiene este signo del zodiaco en concordancia con el sentido del concepto. En verdad nos encontramos aquí ante el sentido que sacrifica todo lo que está presente en el ser humano, por así decirlo. A diferencia del sentido vital, este sentido no se ocupa exclusivamente de nuestro propio ser, de nuestra constitución, advirtiéndonos cuando algo anda mal. No. Es el sentido que nos permite hacernos totalmente a un lado para descubrir lo que alguien más dice, lo que alguien más quiere decir. El gran sacrificio –del que el Toro es el signo –está contenido en el sentido del concepto. Es por ello que se ha convertido en el elemento unificador para todos nosotros.

Y ahora voy a volver al sentido del habla por un momento, puesto que ahora puedo decirles por qué el sentido del habla se relaciona con los Mellizos (*Géminis*, ♊). ¿Qué es lo que hacemos cuando escuchamos a alguien? Por medio del lenguaje, tratamos de penetrar su mundo de ideas. Y durante la conversación, es posible notar cómo uno, en su capacidad de oyente, puede a veces captar la idea del otro tan bien que logra encontrar las palabras adecuadas mucho mejor que el mismo hablante. Uno puede completar las palabras del hablante tan acertadamente como para que éste diga: “Sí, la forma en que tú lo has dicho es en realidad como yo lo quería decir.” Cuando escuchamos a alguien, podemos a veces ver el esfuerzo por hacer audible el mundo inaudible. Este es un elemento creativo. Cuando oímos a alguien hablar, es posible notar cómo su creatividad está en acción, tratando de bajar a la tierra un mundo más elevado. Esto tiene que ver con la constelación de los Mellizos. A menudo vemos a los Mellizos representados como dos niños jugando. Esta es realmente una manera muy apropiada de representar a esta constelación, ya que se trata del signo zodiacal del ser humano creativo. Y sólo los niños son realmente creativos. Incluso en la adultez, es únicamente el niño interior el que es creativo.

La filosofía es también una forma de juego. Es un juego creativo –el muy serio juego de encontrar las palabras exactas para expresar una idea. La filosofía y la poesía están íntimamente relacionadas. El filósofo pone su creación en términos filosóficos y el poeta, en forma poética. El poeta también lucha. Tiene el mismo problema. Hay algo elevado a lo que hay que darle, a través del lenguaje, una manifestación terrenal. Lamentablemente, hay que elegir un idioma específico para la poesía. Quizás, con el tiempo, el arte del movimiento llamado eurytmia nos dará una experiencia del habla sin lenguaje. Quizás, se hará al idioma, y a la idea que hay detrás, tan explícitos, tan reales, que comenzaremos a vivenciar el “lenguaje silencioso”. Por ahora no hemos llegado tan lejos.

Después del sentido del lenguaje y del sentido del concepto –o del pensamiento–, nos queda, por fin, un último sentido a considerar, el *Sentido del Yo*. Rudolf Steiner no quiso decir con eso que uno pueda llamarse a sí mismo “yo” o que pueda percibirse a sí mismo como individuo, sino que uno percibe a alguien más como un “Yo”, percibe que otra persona, con la que habla o con la que trata, es un individuo. Sabemos que cuando alguien habla, no sólo oímos sonido. Tampoco oímos únicamente que alguien hable un determinado idioma. Ni siquiera lo que quiere decir lo dicho es lo único que oímos. También percibimos que es *ella* –o *él* –quien quiere decir algo a través de lo dicho, al menos si hemos desarrollado en algo nuestro sentido del Yo. Pues existe una gran diferencia entre una persona y otra diciendo la misma cosa. Esta es una experiencia muy singular, pero enormemente importante. Desafortunadamente, en nuestra época esta capacidad está siendo más y más ignorada. Ya no se considera tan importante *quién* dice algo. Mientras alguien diga la verdad ya se lo considera un gran logro, no importa quién sea el que diga la verdad. Pero esto es en verdad lo único que realmente cuenta. Pues es muy difícil decir algo original. Y con demasiada frecuencia resulta que lo que dicen las personas es una repetición de lo que alguien más dijo –puede incluso ser una repetición distorsionada. Es muy importante, por lo tanto, saber quién dice qué, y si lo dice por propia convicción. Si es así, incluso una verdad de muchos siglos puede adquirir un nuevo significado; en cambio, una verdad no descubierta personalmente por el que la dice –una verdad que se toma de otra fuente y sólo se repite –nunca puede ser muy inspiradora. Por ello es que debemos aprender a volvernos sensitivos a este órgano de percepción, a este sentido para percibir la individualidad de alguien. Puede suceder que, cuando alguien diga “Esto es lo que vamos a hacer”, nuestra reacción sea que de ninguna manera lo vamos a secundar, pero cuando lo dice alguien más, simplemente no podemos dejar de sumarnos.

El misterio que podemos experimentar con respecto al sentido del Yo es: ¿Quién está detrás de las palabras, detrás de la idea? A menudo nos sucede de preguntarnos si algo que se ha dicho contiene un trasfondo político o si se lo ha dicho con sinceridad. ¿El que lo ha dicho es sincero? ¿Podemos confiar en él, sí o no? Esto es algo que podemos descubrir por medio del sentido del Yo. Pero tenemos que asegurarnos muy bien de no dejar que nuestro sentido del Yo sea aniquilado por la propaganda política, o por las medias verdades que a menudo propalan los medios, o por la publicidad, los eslóganes o las promociones, o por los desmesurados encomios o la información tendenciosa de los diarios, etc. Si estamos alertas en cuanto a esto, podemos tomar conciencia de que, aunque todos tienen cierta tarea que cumplir en la vida y tienen que usar determinado lenguaje y determinadas ideas para llevarla a cabo, tenemos que penetrar hasta el Yo de quienes están al frente para descubrir si debemos dejarnos guiar o si nos están vendiendo un buzón. Para esto necesitamos el sentido del Yo. El sentido del Yo está presente en todos, aunque se encuentre bajo ataque permanentemente.

Cuando hablamos con alguien, nos damos cuenta inmediatamente de que el otro es un Yo, una individualidad. Sabemos que no estamos hablando con un muñeco o con un animal. Nos encontramos de Yo a Yo. Basta pensar en lo diferente que resulta que nos

pise el pie una persona o que lo haga un perro. Hay mucha diferencia. Nos sentimos molestos cuando otra persona nos pisa el pie. Cuando lo hace un perro, no nos molestamos; el perro no sabe lo que hace. Por supuesto que no lo sabe. No tiene Yo. En cambio la persona, sí. Siempre tendemos a notar con más intensidad que el otro tiene un Yo durante una pelea o desacuerdo. Durante una pelea no existe ninguna duda al respecto. Mientras coincidimos con alguien, podemos darnos el lujo de prestarnos más atención a nosotros mismos, a nuestras propias ideas; pero, ni bien entramos en conflicto, indefectiblemente nos encontramos con el Yo del otro. Y es que solamente otro Yo nos puede hacer enojar o sentir insultados. Esto es lo peculiar de los sentidos; con frecuencia los notamos con mayor agudeza como resultado de experiencias negativas.

He dicho que en el lenguaje nos encontramos ante vocales y consonantes. Cuando pronuncio una palabra, por ejemplo, “planta”, hay una secuencia orgánica de diferentes instrumentos, uno después del otro, enlazados en un hermoso sonido orgánico. Cuando percibimos una idea, una idea inexpresable –no la palabra “planta” sino la idea “planta” –, ¿qué es lo que en verdad percibimos? Bien obvio, ¿no es cierto? Toda una partitura musical, una hermosa sonata. Y la idea detrás de “mesa”, “table”, “Tisch”, “tafel”, es otra partitura –de nuevo, un mundo diferente. Cada idea es en sí misma un mundo completo. Necesitamos una imagen mental aún más absurda que para penetrar el mundo del lenguaje. No sólo oímos una secuencia de instrumentos. No. Es como si oyéramos una secuencia de distintas composiciones: una pieza de Mozart, una pieza de Beethoven, una pieza de Gounod. ¿Y qué hacemos cuando alguien pronuncia una oración? Una oración consiste en muchas composiciones, reunidas ellas mismas en una composición, puesto que dicha oración no consiste en palabras separadas, en ideas separadas, sino que es una totalidad orgánica. Es verdaderamente asombroso cómo, en una oración, esas composiciones se pueden oír una detrás de la otra a un ritmo increíblemente rápido –obviamente, el tiempo es aquí irrelevante. Es como una serie de conciertos, por así decirlo, la composición de un super-concierto en el cual se reúne todo. Espero que puedan captar el sentido de esta imagen, pues con ella espero poder ilustrar que cuando escuchamos a alguien, cuando nos encontramos con el Yo de otra persona, cuando usamos nuestro sentido del Yo, llegamos en realidad hasta el “director de orquesta” de todas estas composiciones que son ejecutadas para nosotros.

El sentido del Yo funciona ignorando los tonos cuando alguien habla, ignorando su uso de determinado idioma, ignorando incluso lo que dice, pero siendo perceptivo al hecho de si sostiene con sinceridad lo que dice, si de veras su ser quiere decir lo que dice, o si, en realidad, no quiere decir lo que dice. Así como hay colores hermosos y colores feos, también experimentamos un elemento demoníaco cuando el que habla no tiene plena convicción en lo que dice, cuando traiciona la causa. Este es el elemento yoico del otro. Tenemos que hacer un sacrificio mucho mayor para percibir esto que el que hacemos para el sentido del concepto. Para ello tenemos primero que usar nuestro sentido del tacto, sentido que es opuesto al del Yo. Dije que en el sentido del tacto, nos cerramos al mundo. Con el tacto no penetramos al mundo, sino que confrontamos al mundo, al

mismo tiempo que nos encerramos detrás de un muro. Esto es lo que se necesita, pues para penetrar el Yo del otro, no hemos de comenzar desde el vacío. Primero hemos de “vestirnos” apropiadamente. Y esto lo hacemos con el sentido del tacto, que nos coloca dentro de nuestra propia armadura. Y con el sentido del Yo tenemos que deshacer esto nuevamente. No lo hacemos conscientemente, por supuesto. Eso es imposible, puesto que, aunque digamos “yo” y nos sintamos como un “Yo” en nuestro cuerpo físico, definitivamente nuestro Yo no se ha encarnado de verdad. Lo sentimos como si lo hubiera hecho; incluso lo sentimos como si estuviera dentro de nosotros, pero esto se debe únicamente a nuestro sentido del tacto. El Yo no es algo que ocupa nuestro cuerpo como una morada, con límites definidos. Eso es una tontería. Lo sentimos de esa manera sólo porque nuestro sentido del tacto conecta a nuestro Yo con nuestro cuerpo. Y lo que tenemos que hacer es soltar la conexión con nuestro propio Yo, olvidarnos de él. De esa manera nos encontramos con el Yo de la otra persona. Y puesto que esto no ocurre conscientemente, es espontáneo. No es necesario ser adultos para que esto ocurra. Los niños pequeños se encuentran con el Yo de otras personas inmediatamente, a través del contacto visual –con la madre, y con otros de su entorno. Pero sí tenemos que preservar y alimentar esta capacidad, por lo cual el tacto tiene tanta importancia.

En mi primera charla, expliqué que no es lo mismo que el bebé sienta el pecho de su madre o la mamadera. Me referí a la intimidad del tacto y cómo, debido a ella, ponemos distancia entre nosotros y el mundo, cómo nos hace confrontar al mundo, pero, al mismo tiempo, con la profunda convicción de tener una conexión con el mundo.

Este elemento profundamente religioso, este elemento trascendental, tiene que ver con el tacto. Todo aquello con lo que el niño se encuentra a través del tacto tiene para él, en ese mismo momento, una profunda verdad. De ninguna manera es lo mismo que el niño use pulóveres de lana o de acrílico. No es lo mismo que este pulóver haya sido tejido por la abuela o que venga de una fábrica. Hay una enorme diferencia. Porque, aunque este último pueda verse mejor, no tiene ni una hebra de amor o de calor en su trama. Todo lo que el niño experimente a través del tacto sienta las bases para el sentido del Yo. Hace una gran diferencia que el niño juegue con juguetes de plástico o con materiales vivos, como la madera.

Ustedes descubrirán que nos volvemos materialistas ni bien nos adentramos en la antroposofía. Sólo entonces llegamos a ser verdaderos materialistas, en el sentido en que aumenta nuestra capacidad de discernir con respecto a la materia. Rudolf Steiner no era alguien que nos introdujera sólo al mundo de los ángeles y los arcángeles. Él señaló que es en el elemento terrenal, en la materia, donde están contenidos los secretos más profundos. Esto es, sin dudas, lo último que llegaremos a entender: la materia, nuestro fundamento.

La materia es, en realidad, de suma importancia para el niño. ¿Con qué toma contacto el niño? Sólo en la medida en que los responsables de su crianza le hayan prestado atención a esto, será el niño capaz de penetrar a través de las ideas hasta el ser interior de los demás cuando llegue a la adultez, cuando se yerga en el mundo como individuo

independiente. Sólo podemos tener estos encuentros, esta penetración hasta el ser de los otros, borrando un sentido del tacto bien desarrollado. Hemos de borrar completamente el hecho de que somos individualidades. Y debido a que ya no nos dirigimos hacia nuestro propio interior, es que podemos abrirnos paso hacia el otro. Nos abrimos paso a través de toda la naturaleza física del otro. Cuando percibimos el Yo del otro, ya no vemos más el cuerpo físico. Esto ocurre no sólo por medio de nuestro oído; con frecuencia, también lo podemos ver inmediatamente en la mirada de alguien.

Espero que ahora puedan apreciar por qué tenía que tratar a los sentidos como una composición. No es posible tratarlos en forma aislada o en una secuencia arbitraria –así como tampoco es posible tocar música sin saber dónde están las notas en el teclado. Un estudio no sistemático de los sentidos es inútil; todo tiene una asombrosa coherencia. No desarrollamos el sentido del Yo teniendo mucho contacto con otras personas, viendo a personalidades importantes o mirando a la gente por televisión mucho tiempo. No. El sentido del Yo se desarrolla porque hemos aprendido a diferenciar entre la lana, el algodón y los pulóveres sintéticos. No hace mucho tiempo atrás todo el mundo sabía que el sentido del tacto es de inmensa importancia para los bebés. La manera en que se vestía a los niños era una cuestión a la que se tomaba con gran cuidado, y que el niño se viera lindo no era lo importante. Por eso es que se les ponía a los bebés enteritos que les embolsaban las piernas. Esto los ayudaba a empujar con sus piernitas. Y cuando lo hacían, sentían en los hombros la presión de los breteles. De modo que un enterito de este tipo no debe ser demasiado grande. Esta clase de prenda tiene mucho más sentido para un bebé que, por ejemplo, los “simpáticos” pantalones de denim, anchos y con bocamanga. Hoy en día la ropa para niños se ha vuelto una cuestión social –creada mayormente por los propios padres –, cuando lo importante es, realmente, saber lo que es bueno para el desarrollo del niño.

En sus conferencias sobre los sentidos, Rudolf Steiner describió cómo de veras nos ponemos a la defensiva interiormente, como resistimos interiormente al Yo de otra persona, cuando hablamos con alguien o escuchamos a alguien atentamente. Esto se debe a que sentimos que el otro –cuyo Yo es tan importante como el nuestro, ya que también es un ser humano –ataca a nuestro propio Yo; toma posesión de él, en cierta forma. En la octava conferencia del ciclo *El Estudio del Hombre*, que diera en 1919 para el cuerpo docente de la primera Escuela Waldorf en Stuttgart, en ocasión de su fundación, Steiner dijo: “Cuando nos encontramos frente a otro, ocurre lo siguiente. Por un breve momento observamos al otro; el otro causa una impresión en nosotros. Esta impresión tiene sobre nosotros un efecto perturbador internamente; sentimos que el otro, que de hecho es del mismo tipo que nosotros, parece atacarnos. Como resultado, inmediatamente tomamos una posición defensiva, resistimos el ataque, interiormente nos volvemos agresivos hacia el otro. Luego nuestra agresividad disminuye y cesa por completo; como resultado, el otro puede una vez más causar una impresión en nosotros. Esto nos da tiempo para aumentar la agresividad e, internamente, volvemos a hacer un gesto agresivo. La agresividad vuelve a disiparse, y el otro puede causar una nueva impresión, etc. Esta es la interacción que ocurre entre dos personas cuando se percibe el

Yo del otro: rendirse al otro – resistencia interior; rendirse – resistencia; simpatía – antipatía; simpatía – antipatía. No estoy aquí hablando de sentimientos, sino solamente de la percepción del otro. El alma vibra en simpatía-antipatía, simpatía-antipatía, simpatía-antipatía.”

Podemos entender cómo debemos estar siempre alerta en nuestras relaciones con los demás. Los líderes de las sectas saben esto. Y hacen mal uso de este conocimiento tomando posesión del otro en el instante en que el Yo del otro se halla momentáneamente débil. Es por eso que, a menudo, los líderes de las sectas le temen tanto a que sus seguidores tengan demasiado contacto con el mundo exterior. Temen que se vuelva a despertar en ellos el sentimiento natural del ser humano de no soportar que otro tome posesión total de él, que se sumerja totalmente en él. Las conversaciones y la interacción con los otros debe ser siempre una batalla interna positiva con esos otros. La percepción del Yo de los otros es un proceso muy alerta. Es algo en lo que siempre es necesario estar completamente despierto espiritualmente, una capacidad que se adquiere primero de manera física, por medio de un sano desarrollo del sentido del tacto, que, subsiguientemente, es borrado.

Este es el principio del Carnero (*Aries*, ♈). La constelación del Carnero presenta una imagen de la gran batalla que tenemos con el otro, sin perder de vista al otro. Es la batalla en la cual nos enfrentamos con el otro una y otra vez, absorbiendo al otro y volviéndolo a borrar para recobrar espacio interior, para prepararnos nuevamente para volverlo a enfrentar, al mismo tiempo que dejamos libre al Yo del otro. Así es como debe ser en la conversación. En la conversación, nunca debemos entrar en trance, nunca perder nuestro Yo, pues esto no sería sano. A la inversa, nunca debemos convencer a nadie por la fuerza, ya que así como nuestro propio Yo debe permanecer libre, hemos de dejar libre el Yo del otro.

Y esto me trae de inmediato a los dos grandes errores que cometemos continuamente. Por un lado, nos dejamos seducir continuamente por eslóganes publicitarios sensacionales, etc. Y, por el otro, continuamente tratamos de imponer a los demás nuestras opiniones o convicciones. Ambas cosas son tremendos ataques contra el Yo –en un caso, contra nuestro propio Yo y, en el otro, contra el Yo de alguien más. Con frecuencia estamos tan convencidos de tener razón que no consideramos la opinión de los otros; no les permitimos juzgar por sí mismos. Ustedes todos conocen cuán a menudo ocurre en reuniones y congresos que se llegue a determinada conclusión y que, en la siguiente reunión, se la ignore completamente. Bueno, ¡esto es una bendición, absolutamente! El juicio sensato es una cuestión muy difícil. Dondequiera que la gente se reúna, surge un juicio. Y es que aun cuando haya habido una reunión en la que se llegó a una conclusión de gran peso, una conclusión sólida (en especial si había muchas personas presentes), aun así uno entabla discusiones en los pasillos, uno se encuentra con otros, uno vuelve a reflexionar sobre el tema, uno se lo lleva al sueño, o, mejor dicho, pasa una noche desvelado pensando sobre el mismo, y al día siguiente lo ve todo distinto, pues uno se ha encontrado con una persona con un Yo. Esto cambia su opinión. Y eso es algo muy sano. Pues, en lugar de decidir no volver a tratar el tema,

simplemente porque ya se ha llegado a un acuerdo, un acuerdo que debe ser respetado, es importante que las personas hagan uso de su sentido del Yo.

Sin embargo, ustedes pueden apreciar cómo podemos, una y otra vez, ser arrollados por la opinión de otro, por el Yo de otro. Este es el otro costado, y requiere el principio del Carnero. Tenemos que atravesar el muro, pero luego debemos retraernos nuevamente y permitir que otros encuentren su lugar dentro de nosotros. Este es por encima de todo el principio del Carnero.

¡Como ustedes pueden ver, nuestros sentidos superiores necesitan un considerable desarrollo!

Para terminar, quiero dejarles algo como ejercicio, un ejemplo con el que pueden entretenerse. Nuestros sentidos son *capacidades* de nuestro ser. Y con esto quiero decir que se trata de capacidades que están activas dentro de nosotros, capacidades que podemos desarrollar. A lo largo de nuestro desarrollo (y esto comienza ya en el estado embrionario), estas capacidades se activan especialmente en determinadas partes de nuestro organismo. La capacidad para la visión, por ejemplo, crea al ojo como “instrumento”, y la capacidad para la audición crea al órgano auditivo.

Cuando escuchen a una orquesta, prueben, después de un rato, de prestar atención sólo a la flauta. ¿Realizan esto con los oídos? Desde luego se necesitan los oídos para esto, pero ¿qué sentido tiene la capacidad de concentrarse sobre determinado aspecto? La vista, por supuesto. Sólo podemos prestarle especial atención a la flauta, sólo podemos oír en particular a la flauta, cuando “miramos a través de nuestros oídos”. Esta es una capacidad que tenemos los humanos: comenzar a usar un sentido en un lugar distinto a aquél en el que normalmente funciona.

Así pues, también podemos “oír” con los ojos. Podemos observar, en una galería de arte, la manera en que la gente mira los cuadros. ¿Saben lo que hacen las personas cuando quieren asimilar la belleza de una pintura? No la miran directamente, de frente, sino que se alejan algunos pasos y giran la cabeza hacia un lado y el otro, y prefieren que haya silencio. Lo hacen así porque quieren asimilar la armonía de la pintura, o, desde luego, su disonancia. Quieren “oírla”. Si pudiéramos hacer esto sólo con los ojos, ¿por qué habríamos de alejarnos para mirar? ¿Por qué habríamos de girar la cabeza, girar el oído hacia la pintura? En realidad, queremos oír, con los ojos, cuán armonioso es el conjunto. Y esto lo hacemos todos los días. Ni bien entramos al reino de la belleza, no podemos observarlo sólo con el alma. Necesitamos un sentido espiritual. Tenemos que oír. “¿Tiene esta pintura algo que decirme?” “¿Qué idioma habla?” “¿Cuál es el pensamiento que hay por detrás?” Este es el tipo de preguntas que buscamos contestar.

Quizás ustedes conozcan *El Sembrador*, la hermosa pintura de Van Gogh. Se ve mitad atmósfera, mitad tierra. En el horizonte está el sol. Y este sol, de alguna manera, brilla sólo vía la cabeza del sembrador. Sea como fuere, podemos ver cómo la cabeza del sembrador “brilla”. ¿No es una composición genial? ¿No es espléndida la idea que subyace: que el hombre sólo puede sembrar en la tierra si está conectado con el sol?

Esta es una composición que casi garantiza que se ponga en funcionamiento nuestro sentido del concepto. También vivenciamos cómo oímos a la pintura en cuanto percibimos la armonía. Así es como los sentidos se realzan unos a otros tan maravillosamente.

Podría dar muchos ejemplos como éste. Les expliqué cuán importante es desarrollar primero el olfato exteriormente para percibir el bien y el mal. Quizás ustedes coincidirán conmigo en que, hoy en día, casi siempre tenemos que taparnos la nariz cuando miramos libros ilustrados para niños. Cuando vemos todas esas caricaturas que se les infligen a los niños ¿no huele horrible? ¿No les parece que todas estas cosas que los niños absorben con los ojos deben ser desastrosas para sus sentidos del olfato y del gusto? ¿Y la basura de la televisión, como los dibujos animados, por ejemplo? Ya ni siquiera notamos cuántas imágenes grotescas se suceden velozmente en la pantalla, acompañadas por un gravísimo mal uso de la voz humana. Esta falta total de conciencia es el resultado del hábito formado durante años y de una especie de narcosis.

Los niños, incluso aquellos menores de un año, son expuestos a esto como algo “educativo” – ¡hay que avanzar con los tiempos, ¿no es así?!

Lo más nefasto son las series. Con seguridad, toda persona sensata sabe que es la repetición –un mismo cuento repetido durante un mes –lo que constituye el verdadero alimento para el niño. Lo irónico es que, por esa razón, a los niños les gustan tanto los anuncios publicitarios. ¡Al menos ahí hay algo de repetición!

¿Cómo es que la gente puede engañarse con que este aparato tiene algo que ver con la educación? Y en las fiestas infantiles, incluso en salones pequeños, se considera que es necesario tener un micrófono –si no, no es “in”.

Sería de suma importancia que realmente tomáramos a nuestros sentidos como maestros y permitiéramos a un sentido obrar a través de otro. Esto nos permitiría internalizar el sentido del olfato, por ejemplo, con el cual determinamos si algo es limpio o sucio. Algo de esta capacidad podría entonces ser utilizado en otros sentidos. Sólo entonces podríamos aprender a descubrir que un dibujo puede ser brillantemente ingenioso y, no obstante, absolutamente inmoral y de mal gusto.

Justificadamente estamos preocupados por la contaminación de la tierra, el aire y la atmósfera. Lamentablemente, la contaminación de los sentidos todavía no es un concepto reconocido. Ojalá que estas consideraciones ayuden a que sí lo sea.

Espero haberles dejado tarea para el resto de sus vidas, y que, en su realización, el principio rector sea un profundo respeto por los doce sentidos.

Sinopsis

En las páginas que siguen, se han representado en forma esquemática algunos de los principales puntos de las conferencias.

<i>Grupos</i>	<i>Doce sentidos</i>	<i>Signos zodiacales asociados</i>	<i>Experiencia</i>	<i>Fuente espiritual</i>
Sentidos físicos (Dirigidos al propio cuerpo físico)	1. <i>Tacto</i>	Libra (♎)	Cuerpo físico	...
	2. <i>Sentido vital</i>	Escorpio (♏)	Cuerpo etérico (vital)	Hombre espíritu
	3. <i>Sentido del movimiento propio</i>	Sagitario (♐)	Cuerpo astral (Formas expresivas -y adaptativas)	Espíritu vital
	4. <i>Equilibrio</i>	Capricornio (♑)	Yo (oponiéndose a la gravedad)	Yo espiritual
Sentidos anímicos (Relación del hombre con el mundo)	5. <i>Olfato</i>	Acuario (♒)	Materia física (Directo) (Instintos)	Alma consciente (Volición) (Moralidad) (Juicio: bueno/malo)
	6. <i>Gusto</i>	Piscis (♓)	Sustancia etérica (vital) (Disuelta) (Fluida)	Alma racional/de la comprensión (Sentimiento) (Cualidad) (Juicio: saludable/no saludable)
	7. <i>Vista</i>	Virgo (♍)	Sustancia astral (Sol, luz)	Alma sensible (Pensar) (Libertad de elección)
	8. <i>Sentido de la temperatura (del calor)</i>	Leo (♌)	Atmósfera/aire/calor	Sentido arquetípico/astralidad (Calor/interés)
Sentidos espirituales, sociales (dirigidos hacia el interior, revelan elemento latente)	9. Oído	Cáncer (♋)	Físico (Materia sólida)	Ángeles (Elemento social)
	10. Sentido del lenguaje (del habla, de la palabra)	Géminis (♊)	Éter (Constitución del espíritu del otro)	Arcángeles
	11. Sentido conceptual (sentido del pensamiento)	Tauro (♉)	Astral (Sol interior, la verdad del otro)	Cristo (Espíritu de la humanidad)
	12. Sentido del Yo	Aries (♈)	Yo (el Ser del otro)	...

Los doce sentidos como seis polaridades

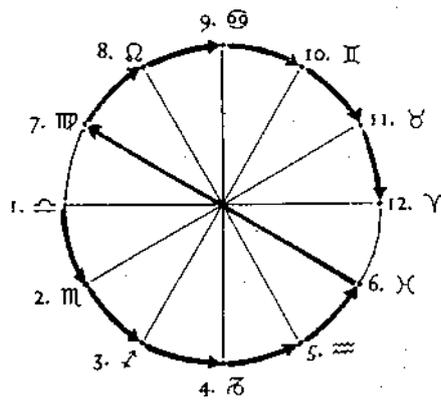
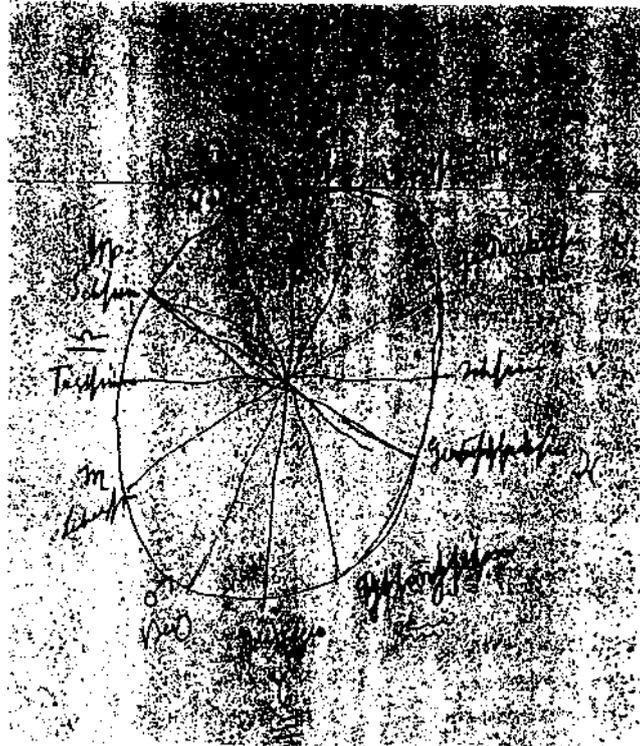
1. TACTO Definir nuestros límites	12. SENTIDO DEL YO Atravesar los límites del otro
2. SENTIDO VITAL Crecimiento y deterioro de nuestra propia constitución	11. SENTIDO DEL PENSAMIENTO Verdad/falsedad en el espíritu del otro
3. SENTIDO DEL MOVIMIENTO PROPIO Manejarnos/expresarnos a través del cuerpo	10. SENTIDO DEL LENGUAJE Cómo el otro maneja/expresa el espíritu: a través del lenguaje
4. EQUILIBRIO Orientación gravitacional	9. OÍDO Elevarse hasta el espíritu de la materia

5. OLFATO Vacíarnos y ser llenados (materialmente)	8. SENTIDO DE LA TEMPERATURA Verternos al mundo con nuestro interés (no materialmente)
6. GUSTO Controlar lo ponderable: lo que forma nuestro cuerpo (microcosmos)	7. VISTA Experimentar lo imponderable (efecto de la luz solar) en el macrocosmos

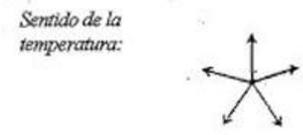
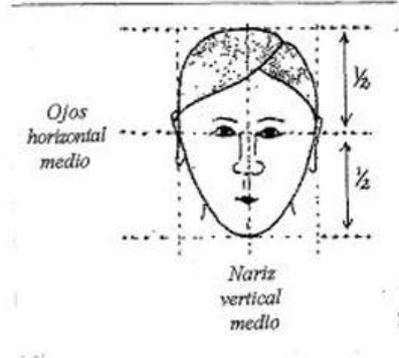
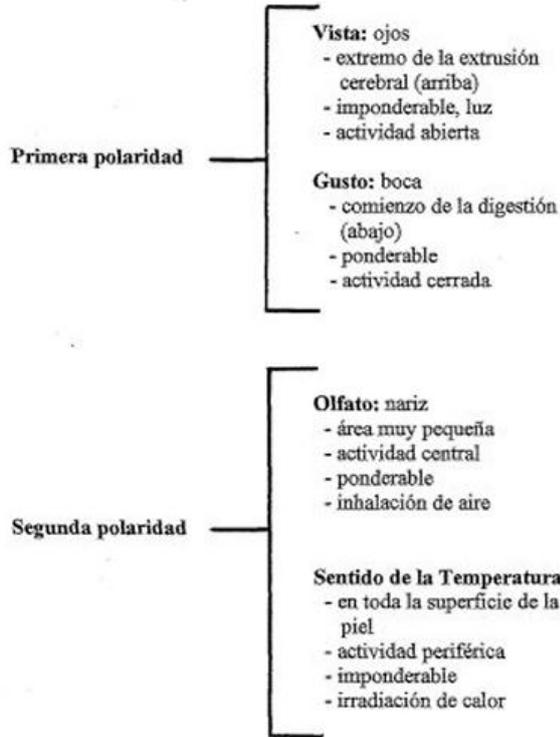
Se pueden reconocer estas seis polaridades en un dibujo que aparece en un cuaderno de Rudolf Steiner:

- Los cuatro sentidos físicos son opuestos a los cuatro sentidos espirituales.
- Los cuatro sentidos del alma se oponen entre sí en pares.

A través de la comprensión de estas seis polaridades, podemos también hacernos una imagen clara de la relación entre los doce sentidos y los doce signos del zodiaco, especialmente cuando colocamos los signos del zodiaco en un círculo respetando sus relaciones mutuas. A continuación aparece una reproducción del dibujo de Rudolf Steiner (tal como fuera publicado en *Beiträge zur Rudolf Steiner Gesamtausgabe, nr. 58/59, 1977*) y, debajo, un diagrama más acabado basado en dicho dibujo.



Las dos polaridades de los cuatro sentidos del alma

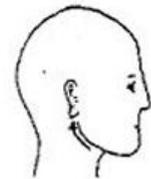


El oído como primer sentido espiritual

Oído

Proceso de internalización (proceso social) durante el desarrollo:

- hacia atrás
- hacia adentro
- se queda quieto
- a partir del sistema metabólico/de las extremidades (maxilar) y el sistema respiratorio (arco branquial)



Apéndice I

Recobrando el sentido

John Davy

Todas las mañanas me despierto. Esta frase simple describe un proceso misterioso –y en mi caso, gradual. Yo me despierto primero a los sonidos –el canto de las aves, el periódico al ser metido dentro del buzón, un niño que juega a los trenes en la habitación contigua. Luego viene la conciencia del calor (o del frío, si las frazadas se han caído al suelo), y de la posición y del peso; un calambre, si he estado en mala posición, el placer de moverme y estirarme. A veces, los olores vienen a continuación –especialmente si abajo están friendo tocino –y quizás una incipiente conciencia de hambre. Sólo entonces puede que abra los ojos, algo encandilado al principio, paulatinamente comenzando a “ver”. Levantarme de la cama, lavarme, afeitarme, vestirme, el desayuno y las primeras conversaciones del día continúan con el proceso.

Algunas mañanas, puedo sentirme totalmente presente a los pocos minutos de despertarme; otros días, con mayor reticencia, puede pasar un buen rato después del desayuno antes de que me sienta totalmente capaz de enfrentar al mundo. Pero cualquiera sea el modo en que se produzca esta extraordinaria metamorfosis de la conciencia, como viene sucediendo con regularidad y sin falta desde el día en que nací, ella marca una entrada diaria a la vida en la tierra, a todas las relaciones consientes con la naturaleza y con otras personas.

El despertarse está profundamente relacionado con una esfera de la naturaleza humana que, por familiar, es muy fácil pasar por alto –los sentidos y las percepciones que ellos nos ofrecen. Si queremos despertar a alguien, prendemos la luz, lo llamamos, lo tocamos, lo sacudimos por el hombro, o, como último recurso, le hacemos chorrear agua sobre la cara con una esponja. En otras palabras, estimulamos sus sentidos de la vista, el oído, el tacto y el movimiento, el calor y el frío. Le hacemos “recobrar los sentidos” –a veces con cierta brusquedad. Dondequiera que estemos durante el sueño, los sentidos nos bajan a la tierra a una conciencia de nosotros mismos habitando nuestros cuerpos y observando el mundo que nos rodea.

Una vez despiertos, y si empezamos a prestar mayor atención al rol de los sentidos en la vida diaria, vemos que ellos son esenciales para el pensamiento, el sentimiento y la acción. La mayoría de nuestros pensamientos tienen un contenido derivado de experiencias sensoriales pasadas –recuerdos y cosas similares. Nuestros deseos demandan satisfacción a través de los sentidos (las personas normales no se contentan con imaginar un bife o una sinfonía; insisten en probar uno y escuchar la otra, en la realidad). Nuestras acciones y destrezas físicas dependen de saludables sentidos del equilibrio, del movimiento y del tacto (como lo puede dolorosamente descubrir el borracho, cuyos sentidos están desquiciados por el alcohol). Un sentido dañado o destruido puede incapacitar mucho más que la pérdida de un miembro.

Si reflexionamos sobre estas experiencias, dejando de lado todas las teorías sobre los órganos sensoriales y sobre la percepción sensorial que podamos haber aprendido, podemos llegar a darnos cuenta de que a lo largo de nuestras horas de vigilia, los sentidos nos proporcionan una suerte de *alimento* –contenido para nuestros

pensamientos, sensaciones para nuestros sentimientos, un soporte esencial para nuestras acciones. El alimento físicamente más contundente que necesitamos para vivir adecuadamente en nuestros cuerpos y sobre la tierra es la comida que le proporcionamos a nuestros estómagos y sistema digestivo. Un segundo y más delicado tipo de alimento es el aire que inhalamos hacia nuestros pulmones para que la sangre se abastezca de oxígeno. Sin un suministro adecuado de cualquiera de estos dos tipos de alimento, nos debilitamos y podemos morir. Pero a través de nuestros sentidos, que están conectados a nuestro cerebro por medio del sistema nervioso central, recibimos un alimento aún más delicado. Recibimos, por así decirlo, “luz” –la luz del día. Sin este alimento no podemos despertarnos debidamente.

En preparación para los vuelos espaciales tripulados, se realizaron en Estados Unidos experimentos con voluntarios que fueron sometidos a una casi total “privación sensorial”. Flotaban en agua a la temperatura de la sangre, inmóviles, envueltos en silencio, con antiparras que no les dejaban ver luz alguna, o sólo una luz tenue, difusa, y guantes para disminuir el tacto. La mayoría de los voluntarios se quedaban enseguida dormidos al principio. Pero luego se despertaban y, en algunos casos, se sentían gradualmente invadidos por fantasías descontroladas, alucinaciones o percepciones alteradas de sus propios cuerpos (por ejemplo, sentir que un pie o una pierna había adquirido un tamaño enorme y se alejaba flotando del resto del cuerpo). Estos experimentos demostraron de manera vívida cuán esencial es el libre fluir de la experiencia sensorial normal para una saludable conciencia en el estado de vigilia.

Una mayor exploración de nuestra propia experiencia sensorial nos muestra que este “alimento” nos llega en forma de variadas y distintas sensaciones, las cuales tienen—antes de que comencemos a tejer pensamientos a su alrededor—la naturaleza de “actividades” puras: calor, color, sonido, movimiento, etc. Cada una de estas cualidades de actividad tiene variaciones dentro de sí misma (experimentamos todo un abanico de colores, de tonos, etc.), pero ofrece un campo o modo de experiencia bien diferenciado (definido fisiológicamente, desde luego, por el funcionamiento de determinado órgano sensorial o conjunto de órganos). Si contemplamos los sentidos de esta manera, podemos empezar a entender lo que Rudolf Steiner quiso decir cuando describió a los sentidos como “manantiales” ⁽¹⁾. Estos manantiales están repletos de lo que yo he denominado la “luz del día”, que proviene de fuentes que están fuera de nuestra experiencia directa en estado de vigilia ⁽²⁾. El ser humano, dice Steiner, abreva en estos manantiales para satisfacer las necesidades de su alma, de su vida interior.

Steiner describe a continuación, tanto aquí como en otras obras y conferencias, que existen en realidad doce de estos “manantiales” que fluyen hacia el interior de nuestras vidas en estado de vigilia, doce modos diferenciados de experiencia sensorial, o más simplemente, que tenemos doce sentidos. De algunos de ellos, como el sonido, la vista, el calor, etc., tenemos plena conciencia. De otros, somos apenas conscientes a menos que algo ande mal, en particular el equilibrio y el movimiento (que los textos generalmente denominan sentidos propioceptivo y kinestésico). Algunos no son ni siquiera reconocidos hoy en día.

Los doce son: tacto, vida, movimiento, equilibrio, olfato, gusto, vista, calor, oído, pensamiento, palabra y “Yo”. De ellos, ocho son claramente reconocidos en los textos modernos. Un noveno, el sentido de la “vida”, no está tan claramente definido, pero, en términos de Steiner, es responsable de nuestras sensaciones de “bienestar” corporal

general (o de malestar), así como del componente físico del sentido del dolor ⁽³⁾. Los últimos tres: “palabra”, “pensamiento” y “Yo” (con lo que Steiner se refiere a la percepción directa del “Yo” de otro ser humano), no aparecen en ningún texto. Más abajo ampliaré sobre ellos.

Hasta aquí he descrito a estos doce manantiales como proveedores de una suerte de alimento para nuestra sana conciencia en el estado de vigilia. Pero ahora debemos reconocer que los sentidos también causan problemas que han tenido profundas consecuencias sobre la vida humana a través de la historia. Estos problemas son de dos clases principales: problemas de moralidad y problemas de conocimiento.

En el Oriente, y en épocas pasadas, los hombres le daban mucha importancia al rol de los sentidos en la conducta moral. Los sentidos pueden tentar a la gratificación excesiva, al egoísmo, al excesivo “apego” a los placeres de este mundo. Una y otra vez, han surgido enseñanzas ascéticas y puritanas instando a los hombres a “purificar” los sentidos o inclusive a negarse a ellos –o mejor dicho, negarse a la satisfacción de aquellos deseos que sólo pueden ser apaciguados temporalmente con la ayuda de los sentidos. Se les ha dicho con insistencia que los placeres de este mundo son vanos, ilusorios, y que desvían al alma de su verdadero camino, que debería ser ir en pos de un mundo Divino e inmaculado, apartándose del mundo de la vigilia.

En la actualidad, sólo débiles ecos de tales debates morales existen en las culturas científicas, aunque muchas personas probablemente se sientan vagamente culpables luego de excesos con la comida, la bebida, el sexo o el estilo de vida opulento. Pero la cuestión sigue aún entre nosotros, bajo una forma inesperada y todavía poco reconocida. Se encuentra, en realidad, en el problema del crecimiento económico y de la lucha por “estándares de vida más altos”.

Por supuesto que hay millones de personas que luchan por un estándar de vida más alto por sencillas razones de salud, fortaleza y un mínimo de dignidad humana. Pero en los países “avanzados”, un enorme número de personas consume cantidades de alimentos, bienes y servicios muy superiores a las necesarias. El producto que esencialmente ofrecen muchas industrias de bienes de consumo consiste en experiencias sensoriales; y los verdaderos consumidores son los insaciables apetitos humanos que las acompañan, magnificados por la publicidad y sofisticadas formas de estimulación. Cuando a los vendedores se les enseña “no vendan el churrasco, vendan el crepitar de la grasa en la plancha”, se está reconociendo que los verdaderos consumidores son nuestros sentidos (el oído, junto con la vista, el gusto y el olfato), y no nuestros estómagos (en los que estamos más o menos inconscientes, salvo cuando tenemos indigestión).

Lo que un maestro oriental en épocas pasadas podría haber llamado apego excesivo al yo y a la ilusión terrenal, nosotros podríamos denominar adicción: el ser esclavo de apetitos y sensaciones que se han descontrolado, de modo que ya no somos más alimentados y nutridos, sino que nos volvemos dependientes y enfermos. La misma frase “esclavo de” expresa algo que sabemos por experiencia directa: que nuestro verdadero yo no está en igualdad con estas sensaciones y deseos, sino que está sometido y atrapado por ellas. Puede haber monstruos al acecho en nuestros manantiales, que pueden arrastrarnos al fondo y ahogarnos.

El segundo problema en el que los sentidos tienen gran participación es el del conocimiento. He dado por sentado que los sentidos nos permiten “conocer al mundo”, que nos traen la verdadera luz del día. “Ver para creer”, decimos. Si no estoy seguro de poder “creerle a mis ojos”, me puedo dar un pellizcón para asegurarme de que estoy despierto y no soñando. Si resulta que sí estoy bien despierto, entonces la implicancia es que puedo y debo creerle a mis ojos.

Sin embargo, los maestros y las religiones orientales han sostenido con frecuencia que lo que los sentidos revelan es Maya –ilusión, un velo que cubre una realidad diferente. Bajo distinta forma, esta cuestión ha reaparecido en la ciencia y la filosofía de la época actual, con la creencia de que la realidad última es diferente a lo que los sentidos le revelan a nuestra conciencia normal. No vemos los átomos, las partículas o las ondas de las que supuestamente está compuesto el universo. Las experiencias transmitidas por los sentidos son consideradas “subjetivas” y, por ende, no se debe confiar ingenuamente en ellas. En tiempos muy recientes, la noción de que nuestros sentidos más que revelar esconden una realidad más profunda también ha sido reflatada en conexión con las experiencias inducidas por las drogas. Bajo la influencia de la mescalina, Aldous Huxley creía que las “puertas de la percepción”, que normalmente están cerradas, comenzaban a abrirse.

Existe, al mismo tiempo, un problema social más amplio, una suerte de acompañante del problema del crecimiento y el consumo excesivo, que se conoce bajo el nombre de “alienación”. En términos muy generales, esta palabra se utiliza para designar una especie de soledad y aislamiento interior, una sensación de estar “fuera de contacto” con el mundo, como un extraño entre extraños que nunca se pueden encontrar realmente, y en los que tal vez no se deba confiar plenamente. En la vida política, el problema de la confianza se ha agudizado en los últimos años, y con frecuencia hay una sensación cada vez mayor de discrepancia entre la “imagen” pública de las personas y la “realidad” privada, escondida –quizás fundamentalmente inaccesible –bajo una máscara.

Tales problemas aluden a una suerte de enfermedad o trastorno en la esfera de la percepción sensorial, cuya verdadera función, como hemos visto, es la de conducirnos hacia una sana conciencia durante la vigilia, en la que “recobremos el sentido” –los sentidos –y podamos así vivir en el mundo como es debido. La “alienación” indica una especie de estado de ensueño que persiste en la vigilia, un inacabado “poner los pies sobre la tierra”, mientras que la avidez y la adicción señalan el extremo opuesto, en el cual nos convertimos en frenéticos consumidores de experiencias sensoriales para satisfacer insaciables impulsos y deseos.

Estos problemas sociales señalan la necesidad de algún tipo de terapia para los sentidos, terapia que habrá de necesitar de una comprensión más profunda de los doce campos de la experiencia sensorial que describe Rudolf Steiner. “*El Yo –señaló Steiner –se mueve dentro del círculo de los doce sentidos como el sol se mueve entre los signos del Zodíaco.*” Podemos advertir esto en forma directa en la simple capacidad de “prestar atención” a una u otra forma de experiencia sensorial –estar especialmente despiertos en nuestro oído, por ejemplo, o en el sentido del olfato. Cuando estamos profundamente concentrados en una forma de experiencia sensorial, las demás se retiran a un segundo plano, pero si prestamos atención sucesivamente a los diversos sentidos que Steiner describe, descubriremos que el círculo presenta muchas diferenciaciones –tiene una estructura y una anatomía complejas.

Un tipo de diferencia que señaló Rudolf Steiner ⁽⁴⁾ es la que existe entre los seis sentidos más “interiores” –tacto, vital, movimiento, equilibrio, gusto, olfato –y los otros seis que tienden más a sacarnos hacia fuera de nosotros mismos, por así decirlo –vista, calor, oído, palabra, pensamiento, “Yo”. En los cuatro primeros del primer grupo, nos encontramos claramente ante percepciones de nuestros propios cuerpos. El *tacto* nos define el límite corporal de la piel; el *sentido vital*, la armonía o desarmonía del contenido de nuestro cuerpo; el *sentido del movimiento* nos permite tener conciencia de los movimientos de los músculos y las articulaciones; el *equilibrio* nos permite percibir cómo está colocado nuestro peso en el espacio. Cuando estamos atentos a las sensaciones que estos sentidos nos transmiten, nos volvemos hacia el interior, hacia nuestros propios cuerpos. Aquí rara vez nos aqueja la desconfianza en nuestras propias percepciones. Usamos al tacto como una especie de prueba absoluta de realidad; y uno nunca discute una sensación de molestia corporal –si no nos sentimos bien, no hay lugar para la duda.

Tampoco cuestionamos la confiabilidad de nuestros sentidos del movimiento y del equilibrio. Aquí, muy especialmente, encontramos certeza y seguridad en la relación con nuestros propios cuerpos.

El gusto y el olfato comienzan a relacionarnos con aspectos de la naturaleza fuera de nuestro propio organismo. No obstante, estos sentidos funcionan sólo cuando aspiramos delicados vapores hasta lo profundo de la nariz, o disolvemos algo en la lengua. También reaccionamos a los sabores y los olores de manera particularmente personal; los segundos evocan recuerdos y asociaciones personales, los primeros con frecuencia están asociados con marcadas preferencias personales. El “gusto” de una persona en cuanto a comida, bebida, ropa, literatura, etc., es una cuestión muy individual.

A través de estos seis sentidos estamos fuertemente ligados a nuestros propios cuerpos, y en el gusto y el olfato, somos “consumidores” de productos de la naturaleza. Es a través de estos sentidos, especialmente, que somos propensos a los excesos en la “sensualidad” y la gula. Pero, por otro lado, el sano funcionamiento de estos sentidos es la base para una conciencia sólida, “realista”, en el estado de vigilia. Y es a través de estos sentidos que conocemos más directa e íntimamente, por conocerlas en nuestro propio cuerpo, las “cualidades primarias” de la tierra –peso, movimiento, solidez, etc. En la temprana infancia, cuando aprendemos a manejar nuestros cuerpos y a movernos en el mundo físico, son estos sentidos en particular los que nos asisten en el aprendizaje para convertirnos en ciudadanos de la tierra.

Toda nuestra orientación comienza a cambiar con los sentidos de la vista (que en este contexto debe entenderse más específicamente como sentido del color), y del calor. Aquí experimentamos una suerte de “respiración” con el mundo circundante, y las certezas de los sentidos más orientados hacia el cuerpo comienzan a disolverse. El calor y el color son citados en los textos más difundidos como prueba de que toda percepción sensorial es “subjetiva”. Si salimos a un ambiente templado desde una habitación fría o desde una habitación calurosa, el mismo aire exterior nos parecerá cálido o fresco. De modo que no podemos confiar en nuestros sentidos –nos señalan. Esto prueba ser una absoluta tontería cuando nos damos cuenta de que estos sentidos nos muestran *relaciones* –y las muestran con gran precisión. Nuestro sentido del calor en verdad nos dice si estamos perdiendo o ganando calor de nuestro entorno, o de algún objeto que estemos tocando. La percepción del color también nos ofrece una experiencia del color

como relación entre el tono de un objeto y la iluminación ambiente (por eso es que, cuando compramos ropa, tratamos de verla no sólo bajo la luz artificial sino también a la luz del día).

Estos dos sentidos son una especie de puente a un mundo que no somos nosotros mismos (“nosotros mismos” en tanto y en cuanto nos identificamos con los perceptos de nuestro organismo). Con el oído, como frecuentemente lo describía Rudolf Steiner, comenzamos a entrar a una suerte de “interioridad” de lo que nos rodea.

Vemos un florero en una habitación. Tal vez no sea evidente para el ojo si está hecho de metal, arcilla o piedra –pero si le damos un golpecito con el dedo, lo sabremos en el acto. El sonido nos permite oír directamente adentro de la materia de la cual está fabricado (este hecho es bien aprovechado en la ingeniería, donde se utilizan vibraciones ultrasónicas para detectar fallas en las estructuras metálicas, siguiendo el mismo principio que hace que una grieta en una campana sea inmediatamente audible como tono defectuoso). El ojo nos muestra a un pájaro o a una vaca desde afuera; pero los sonidos emitidos por estos animales transmiten algo de sus alegrías y sufrimientos interiores. Lo más trascendental es, por supuesto, el ingreso a la “interioridad” de otro ser humano que empieza cuando éste abre la boca y habla.

El oído, según lo describe Steiner, es el primero de cuatro sentidos que desempeñan el papel más crucial en las relaciones humanas. Los otros son el sentido de la palabra, el del pensamiento y el del “Yo”. Steiner a veces describía a estos sentidos como una especie de dar vuelta del revés a los cuatro sentidos “corporales”: el sentido del equilibrio, el del movimiento, el vital y el tacto. Este es un tema sobre el que se requerirá mucha investigación en el futuro, y todo lo que aquí puedo hacer es señalar algunos fenómenos que me parecen interesantes para profundizar.

El sentido de la audición, como todos sabemos, está anatómicamente asociado, en el oído, con el sentido del equilibrio. Pero no me interesa aquí tanto la anatomía y la fisiología de estos sentidos sino explorar y comparar las experiencias sensoriales en sí mismas. Vale la pena notar aquí que el sentido del equilibrio nos conduce a la seguridad en la postura dentro del espacio físico, mientras que el oído nos conduce decididamente “fuera de nosotros mismos” a un tipo de “espacio” completamente diferente, que es esencialmente “ingrávido”: podemos apreciar esto con mayor fuerza cuando escuchamos música. Si pudiéramos confiar en nuestros sentidos, nos daríamos cuenta de que una sinfonía no está *en* las ondas que surcan el aire de la sala de concierto, sino que percibimos la música *a través de* esas ondas, y con la ayuda de nuestros oídos podemos penetrar directamente en una realidad de la cual las ondas del aire son meramente portadoras y no causa.

El sentido de la palabra –o más precisamente el sentido de los sonidos del habla –nos revela la “escultura”, los gestos, realizados por la laringe, la lengua y los labios del hablante, que modelan un flujo de sonido dándole forma de vocales y consonantes. Con estas formas, el hablante compone una especie de “danza” –algo que está entre el gesto y la música –una secuencia de sonidos que es característica del idioma específico que esté usando. Al percibir este aspecto del lenguaje, con el sentido de los sonidos del habla, estamos trabajando con el sentimiento más que con el pensamiento, y, por cierto, podemos disfrutar de los sonidos de idiomas de los cuales no entendemos ni una palabra. La entonación personal y los sentimientos del individuo también se filtran

dentro de los sonidos del habla, y nos “mueven” de diversas maneras. Con la ayuda de nuestro sentido de los sonidos del habla, danzamos un poco internamente con las palabras que oímos, utilizando un sentido del movimiento metamorfoseado que se ha apartado de nuestros propios movimientos para aprehender el movimiento, así como también el color, el ánimo y la “emoción” en el habla de otra persona.

Es importante entender que el sentido de los sonidos del habla no tiene mucho que ver con el significado conceptual que estos sonidos puedan tener (salvo en lo que se refiere a algunas palabras que transmiten algo de su significado en los sonidos mismos*). Para discernir los pensamientos transmitidos por las palabras, necesitamos el sentido del pensamiento. ¿Cómo podemos tratar de entender a este sentido como una suerte de puesta al revés del sentido vital? Este último tiene que ver con la percepción de la armonía o la desarmonía de nuestros procesos orgánicos. Estos procesos son esencialmente ritmos organizados. Con el sentido vital percibimos cómo el flujo de procesos temporales rítmicos está bien organizado o mal organizado.

El medio físico a través del cual los pensamientos son transmitidos también es una secuencia de movimiento organizado. Ésta puede ser el diseño u organización –la *secuencia* de movimiento –del flujo de sonidos del habla. O bien puede ser la secuencia de gestos-movimientos realizados por un hábil mimo (que sea capaz de transmitir pensamientos muy complejos de esa manera). Aquí nuevamente es importante entender que el *sentido* del pensamiento no nos da el *contenido* del pensamiento, sino sólo el vehículo físico, el flujo de movimientos vitales organizados del habla o del gesto, dentro del cual puede penetrar un contenido. Nosotros mismos buscamos interiormente el contenido –los conceptos que pertenecen a los sonidos y a la secuencia organizada del flujo de lenguaje percibido. (Esta distinción vale para todos los sentidos; ellos nos dan perceptos que carecen en sí mismos de “significado” hasta que nosotros encontramos los conceptos correspondientes.)

Podemos así comenzar a entender el sentido del pensamiento como una percepción de la “forma vital” de los pensamientos mismos que alguien trata de comunicarnos, aprehendida por un sentido vital vuelto hacia fuera desde su inmersión en el flujo organizado de los procesos vitales de nuestro cuerpo para aprehender la “vida del pensar” de otra persona.

Por último, y quizás esto sea lo más difícil de todo, está la búsqueda de una clara conciencia del sentido del “Yo” de otra persona. Cuando usamos la palabra “tacto” estamos indicando que en el encuentro entre dos personas hay una suerte de tocarse de manera delicada, no física. Pero no es fácil llegar a una mayor conciencia de lo que es

(*) N.delT.: se dan aquí ejemplos de palabras en inglés que sugieren el significado a través del sonido mismo: *sting*, *rush*. En inglés es común este tipo de palabras (monosilábicas y onomatopéyicas), no así en español. Las onomatopeyas puras no son ejemplos adecuados, pues en ellas todo el significado está transmitido por el sonido (*zas*, *pum*, *etc.*). Tal vez ejemplos válidos podrían ser *chocar/choque* o *frío*. ¿Se les ocurre algún otro?

en realidad la percepción. Puede ser útil recordar el primer encuentro con alguien enseguida después de ocurrido. Habrá recuerdos de lo que se dijo, del aspecto físico, de reacciones emocionales, etc. Pero si se deja todo esto de lado y uno se pregunta qué es lo que queda, puede que se conserve una impresión que se puede describir como una “forma de fuerza”, como si uno hubiera “tocado”, muy tenuemente, la *voluntad* esencial de la persona que acaba de conocer.

Es en particular con estos tres sentidos que los problemas de la veracidad y la ilusión se hacen más agudos (más aún porque su misma existencia no es, en general, reconocida). Tales problemas se presentan ya con la vista y el oído: normalmente no decimos “No podía creer a mi equilibrio”; pero sí decimos con frecuencia que no podíamos creer a nuestros ojos o a nuestros oídos.

Sin embargo, es mucho más seria la “alienación” que lleva a la duda y a la desconfianza en todo encuentro humano. Muchas personas han de recordar vívidamente súbitos momentos de tal duda, probablemente alrededor de los nueve años, cuando los niños comienzan por primera vez a sentirse separados, solos y quizás también rodeados de extraños. Tales momentos pasan, pero a menudo vuelven con fuerza en la adolescencia. Lo saludable de esto es una aguda percepción de la integridad o de su ausencia en los que los rodean, y un fino olfato para lo que es “trucho” (sólo que no es el olfato, sino los sentidos del “Yo”, del pensamiento y de la palabra los que están especialmente involucrados). Pero si este despertar a la separación se hace extremo, puede conducir al cinismo, la desconfianza crónica y a la incapacidad, en la adultez, de “hacer contacto” con otros seres humanos –contacto que depende de un funcionamiento adecuado de los sentidos de la palabra, del pensamiento y del “Yo”.

Es probable que algunos elementos de gratificación o de ilusión puedan tocar a cada uno de los doce sentidos. No obstante, parece claro que el aspecto problemático de los sentidos que más preocupaba al Oriente –el apego y el enredarse en el “ego” y en la existencia terrenal –surge principalmente en conexión con los seis sentidos corporales, los que se centran en el individuo. En Occidente, hemos adquirido gran confianza en la ciencia de los cuerpos, en la comprensión de la masa, el movimiento, la posición, etc., con certeza matemática. Es una certeza que nace del desarrollo de una seguridad interior en nuestros propios cuerpos, al comienzo de la infancia, cuando aprendemos a pararnos, caminar y manipular los objetos de nuestro entorno. (Ciertas líneas de investigación sobre desarrollo infantil están comenzando a revelar algo que Steiner señaló hace más de cincuenta años: que el aparentemente abstracto pensamiento matemático que surge más tarde, ya está funcionando profundamente, aunque de manera inconsciente, en los niños pequeños que están aprendiendo a conocer el mundo de los cuerpos.) Al mismo tiempo, tenemos una gran incertidumbre acerca de toda realidad que esté fuera de nuestra capacidad de tocar, pesar, medir y manipular –a tal punto que podemos desterrarlas al inaccesible reino de “las cosas en sí” (como Kant) o, en el caso de realidades espirituales, a un reino sólo accesible para la fe.

La división en la esfera de los doce sentidos se refleja en la ruptura entre “ciencia y religión” y el surgimiento de un tipo de conocimiento empírico y manipulador que opera con “las leyes de la naturaleza”, pero está vacío de leyes *morales*.

No es sorprendente, por lo tanto, que sea el Occidente, en particular, el que haya producido una sociedad consumista, centrada en el cuerpo, que saquea la tierra para saciar apetitos alterados, mientras que al mismo tiempo experimenta un creciente vacío de vida moral y de relaciones humanas, y una profunda incertidumbre sobre el significado de la existencia.

Más arriba mencioné la necesidad de una “terapia” de los sentidos. Creo que podemos comenzar a encontrar el camino si nos encaramos a toda de la esfera de los sentidos con una nueva mirada, no de manera dualista, sino como una estructura trimembre. Rudolf Steiner a menudo también clasificaba a los sentidos de esta forma, cuando hablaba de cuatro sentidos “volitivos” (tacto, vital, movimiento, equilibrio), cuatro sentidos “del sentimiento” (olfato, gusto, vista, calor), y cuatro sentidos “espirituales” (oído, palabra, pensamiento, “Yo”).

En las recomendaciones de Steiner sobre tres fases principales para la educación –jardín de infantes, escuela primaria y escuela secundaria –podemos entrever un extraordinario cultivo de los doce sentidos. Él quería que el pre-jardín y el jardín de infantes estuvieran llenos de actividades prácticas –hornear, limpiar, lavar, fabricar cosas con materiales simples –pero actividades plenas de reverencia y cuidado hacia las sustancias y las cosas del entorno. Aquí las cualidades de las sustancias, materiales y mobiliario son de gran importancia –quizás más que en cualquier otra etapa.

Los niños pequeños, solía decir Steiner, están completamente unidos con toda la esfera de sus percepciones sensoriales, la cual presenta menos diferenciación que en los adultos. Debido a esto son profundamente imitativos –todo lo que los rodea les produce una profunda impresión interior. Los niños pequeños no tienen la posibilidad de “alienarse” de su entorno (salvo en el caso de trastornos trágicos como el autismo y otros por el estilo). Así pues “imitan” las cualidades de las cosas que los rodean, de modo que es crucial que éstas sean “honestas”. Un objeto que sea de alguna forma mentira –que sea falso de algún modo, o hecho de materiales divorciados de la naturaleza –le comunica al niño una suerte de inmoralidad a través de los sentidos. Las tradiciones y los instintos del verdadero *trabajo artesanal* son necesarias por sobre todas las cosas en la creación del ambiente para nutrir los sentidos de los niños pequeños. Los niños, dijo Steiner alguna vez, deben poder sentir en esta etapa “el mundo es *bueno*”. Esta es la fuente de la genuina seguridad y certeza interior en el mundo, más adelante en la vida, y del nacimiento del verdadero ser moral creativo del individuo que opera en la voluntad.

En la escuela primaria, desde los seis a los catorce años, hay una gran exigencia sobre el maestro de grado. Él o ella debe esforzarse para ser por sobre todo un *artista*. Puesto que la vida emocional de los niños es despertada de otra manera, con un sentido para lo teatral, para la batalla entre el bien y el mal, para la belleza y la fealdad. Se necesitan aquí todas las artes, y también aquí se encuentran las más firmes y amplias posibilidades para la nutrición y terapia de los doce sentidos en su totalidad. Las artes plásticas –escultura, modelado, trabajo en madera, etc. –involucran en especial a los sentidos volitivos, pero también establecen un vínculo con la vida del sentimiento. Las artes relacionadas con la música y el lenguaje (incluyendo al teatro y la poesía) involucran especialmente a los sentidos espirituales del oído, la palabra, el pensamiento y el “Yo” pero, nuevamente, englobándolos en la esfera del sentimiento. En un lugar muy central

se ubica la pintura, el arte que vive con el color, pero en el cual actúan sutilmente nuestros sentidos del gusto, el olfato y el calor.

Es sobre todo en esta etapa cuando se puede crear una especie de puente de modo que el niño aprenda a respirar libremente entre sí mismo y el mundo circundante. Y es en las artes dónde radica la terapia más crucial para reanimar y sanar a los sentidos. En la escuela primaria, dijo Steiner, el niño debe sentir “el mundo es *hermoso*”.

En la escuela secundaria, los alumnos se enfrentan con un nuevo tipo de desafío. Se encuentran con los maestros de un modo distinto, como “conocedores”, como “científicos” en el verdadero sentido, especialistas en diferentes campos del conocimiento. La tarea aquí es exponerles el mundo del modo en que éste vive en la experiencia y el entusiasmo de los adultos. En la adolescencia comienza una percepción más objetiva; las esferas de la percepción sensorial y de la vida interior empiezan a diferenciarse y, entre otras cosas, los alumnos comienzan a mirar más objetivamente a sus maestros y a sus padres, y a darse cuenta de que de ninguna manera son perfectos. Pero los adolescentes están siempre en la búsqueda de percepciones genuinas a través de los sentidos espirituales de la palabra, el pensamiento y el “Yo”, en la búsqueda de la verdad en los seres humanos que los rodean.

La confusión de imágenes falsas y de música violenta o caótica con la que nuestra cultura agrade a los adolescentes en esta época es un ataque directo sobre los sentidos, pero en especial sobre los sentidos espirituales que son los más cruciales para construir una verdadera comprensión entre hombre y hombre. Aquí nuevamente debemos recurrir a todas las artes en busca de terapias, pero quizás especialmente al teatro, la poesía y el canto.

Una comprensión más profunda acerca de los sentidos también abrirá el camino a una nueva ciencia, en la cual se podrá confiar en los sentidos pues se los conoce en sus diferentes funciones y cualidades. En la escuela secundaria, serán de gran ayuda para los adolescentes los profesores que les puedan señalar un camino de observación cuidadosa y exacta de los fenómenos naturales. En relación con esto, Steiner a menudo destacaba el camino seguido por Goethe, que le permitió a este último descubrir la “Ur-plant”, la planta arquetípica presente formativamente en las plantas a su alrededor –una Idea percibida en la realidad. Este es el camino para sanar y superar la alienación. En la escuela secundaria, dijo Steiner, los alumnos deben llegar a sentir “el mundo es *verdadero*”.

Comencé este ensayo explorando el rol de los sentidos en el despertar –un nacimiento desde el vientre del sueño a la luz del día. Crecer entraña un nacimiento y un despertar similares, para los cuales el hogar y la escuela proporcionan un vientre. Si los seres humanos han de despertar a sí mismos en el mundo, necesitan la libertad de una sana esfera de los doce sentidos. Contribuir a esto es una de las tareas centrales de la educación iniciada por Rudolf Steiner. Pero es una tarea que necesita continuar durante toda la vida. En términos prácticos, esto significa trabajar en pos de un ambiente en el que se entrelacen la “bondad” de los oficios, la belleza de las artes y la verdad de las ciencias.

El nacimiento de nuestra verdadera humanidad depende pues de la correcta alimentación a través de los “manantiales” de nuestros sentidos de manera tan esencial como lo es el aire que respiramos y la comida que ingerimos. Pero también es necesario

que seamos conscientes de los “monstruos” que acechan en estos manantiales. Ya he mencionado aquellos que nos esclavizarían en la gula y la adicción y nos encadenarían permanentemente al mundo de los cuerpos. Pero también están los monstruos que nos alienarían, nos abstraerían de la realidad y nos llevarían a vagar en nuestros propios mundos de fantasía interior por no poder encontrar una relación segura con el mundo circundante y con las demás personas, o por no querer bajar a la tierra.

En todo el espectro de las artes, que (como hemos visto) pueden penetrar a todos nuestros sentidos, podemos comenzar a establecer una relación más viva y entrelazada entre las diferentes esferas de la percepción, de la misma manera que el arco iris tiende un puente entre el cielo y la tierra. Es necesario que introduzcamos algo del realismo y la certeza que naturalmente nos dan los sentidos corporales al mundo de nuestros sentidos espirituales, mientras que éstos deben prestar algo de su “no egoísmo” a los sentidos volitivos.

A través de nuestros cuatro sentidos anímicos estamos conectados muy especialmente con el mundo de la naturaleza: con el color, el calor del sol, los sabores y olores de las plantas y los animales que nos alimentan. Hemos desarrollado una civilización que, en su conocer, está divorciada de la naturaleza, y en su hacer, está destruyendo a la naturaleza. La terapia debe comenzar con un sentido de gratitud y asombro hacia el alimento que nos da la naturaleza, a través de nuestros doce sentidos, para poder despertar a nosotros mismos y a nuestras responsabilidades en la tierra.

1975

De Hope, Evolution and Change, John Davy, Hawthorn Press, 1983

-
- (1) En *Anthroposophie: ein Fragment* (Rudold Steiner Nachlassverwaltung, 1970). Aún no traducido.
 - (2) Podemos objetar que oímos los trinos “saliendo de un pájaro”. Pero esa es una interpretación agregada por el pensamiento a la sensación misma. El precepto en sí es simplemente “dado” con el sólo despertar y abrirse a la experiencia sensorial, como lo son todas las percepciones sensoriales. Para una discusión en profundidad de este punto crucial, ver la *Filosofía de la Libertad* de Rudolf Steiner (*Philosophy of Freedom*, Rudolf Steiner Press, 1964).
 - (3) Es extremadamente difícil, y tema de gran debate científico en la actualidad, desentrañar los componentes fisiológicos y psicológicos de la experiencia del dolor.
 - (4) *Man as a Being of Sense and Perception*, tres conferencias, Dornach, Julio, 1921. (Rudolf Steiner Press; agotado).

Sobre el Autor

Albert Soesman (1914), médico holandés de orientación antroposófica. Fue clínico de cabecera en La Haya hasta su retiro en 1983. Paralelamente a su carrera médica, dictó innumerables cursos y conferencias y se abocó a investigar el tema de los doce sentidos. Su investigación sobre los sentidos se basa en la obra de Rudolf Steiner y constituye una contribución original a la psicología espiritual.